

La Mujer en la Iglesia



Santa Catalina de Sena

Santa Catalina



Catalina de Siena, sigue siendo actualmente uno de los personajes más atractivos de la Historia. Nacida hace 600 años, es la gran mujer de la utopía evangélica. Pacíficadora de la sociedad de su tiempo, es hoy, para nosotros/as, ejemplo de amor, coraje y tenacidad; de claridad intuitiva y fuerza transformadora en la Iglesia.



Índice

- I. VIDA: Nacimiento
Siglo y lugar
Ambiente familiar, social y económico
Relación con un acontecimiento de la época.
Ejemplo sociedad estamental
Proyecto de vida. Mujer.

- II. RELACIÓN CON LA IGLESIA
Conflicto con el Papado
Compromiso de Catalina con la Iglesia (¿y tú?)
Doctora de la Iglesia y Patrona de Europa

- III. VALORES DOMINICANOS EN SANTA CATALINA
Fortaleza
Voluntad
Tesón
Sensibilidad
(Lc. 10, 21; Mt 11, 25 – 26; 1ª Cor 1, 26 – 29; Rom 12, 8)

- IV. APLICACIÓN A LA VIDA

- V. VOCABULARIO
Carisma
Mística
Ascética
Laico
Avignon
Gregorio XI
Urbano VI
Canonizar
Doctora de la Iglesia
Mantelatas
Contemplación

- VI. CARTA DEL MAESTRO GENERAL DE LA ORDEN DE PREDICADORES

- VII. BIBLIOGRAFÍA



I. VIDA

- **Nacimiento**
- **Siglo y lugar**
- **Ambiente familiar, social y económico**
- **Relación con la época**
- **Proyecto de vida. Mujer**

RESUMEN CRONOLÓGICO DE LA VIDA DE SANTA CATALINA

1347. Nace en Sena juntamente con su hermana gemela Juana, las cuales hacen el número veintitrés y veinticuatro de los hijos del tintorero Jacopo de Benincasa y de su esposa Monna Lapa de Puccio de la familia de los Piagenti.
1353. Cuando descendía por el Valle Piatta tiene la primera visión sobrenatural.
1354. Hace voto de virginidad.
1363. (hacia) Recibe el hábito de las terciarias dominicas, denominadas las “mantelatas”.
1367. (hacia) Recibe el don del “desposorio místico” con Cristo. Recibe asimismo la misión de dedicar su vida a la salvación de los hermanos en nombre de Cristo. Empieza a formarse entorno a ella una “familia” de discípulos.
1368. Año de grandes tumultos y revoluciones políticas en Sena. La Santa libra de la muerte a dos hermanos suyos. El Emperador Carlos IV recibe una humillación de parte de los senenses.
1370. Es el año en el que la Santa tiene los grandes éxtasis, los singulares fenómenos místicos del “trueque de corazones”, de la “muerte mística”, y de otros dones maravillosos.
1372. Primeras cartas “políticas” al Cardenal Legado a favor de la paz de Italia
1373. La Santa trabaja por la difusión de la idea de cruzada que había sido convocada por el Papa.
1374. Se traslada a Florencia durante el Capítulo General de los dominicos. Se le asigna como confesor y guía espiritual a fray Raimundo de Capua, que más tarde será su biógrafo. Vuelve a Sena, en donde estalla una gran peste; allí la Santa asiste a los apestados y cura a su confesor y al noble Mateo de Cenni. Pasada la peste, va por primera vez a Montepulciano.
1375. Viaja a Pisa, en donde el 10 de abril recibe los “estigmas” invisible en la iglesia de Santa Cristina. De regreso a Sena asiste y convierte al condenado a muerte Niccolo de Tuldo. En este año Florencia se subleva contra el Papa.
1376. Florencia viene castigada con el “interticto” papal. La Santa, por deseo de los florentinos, va a Aviñón para interceder ante el Papa a favor de los florentinos. Allí anima al Papa a volver a Roma, cosa que realiza Gregorio XI el 13 de septiembre. La Santa pasa por Tolón, libra Vazze de la peste, se encuentra con el Papa en Génova y en diciembre se halla de nuevo en Sena.
1377. El 17 de enero el Papa Gregorio XI hace su ingreso en Roma. La Santa le escribe a favor de Sena que se había unido a Florencia en la rebelión contra el Papa. Durante el verano realiza una amplia misión de paz y de evangelización entre los habitantes del Val d’Orcia, después de haberse iniciado los trabajos para transformar en monasterio el castillo de Belcaro. El 13 de diciembre se dirige a Florencia por encargo del Papa para entablar negociaciones de paz.
1378. El 27 de marzo muere Gregorio XI y el 8 de abril tiene lugar la contestada elección de Urbano VI. En el verano la Santa está a punto de morir en un



tumulto en Florencia y tiene que refugiarse durante un tiempo fuera de la ciudad. Sin embargo, la paz entre Florencia y el Papa se concluye el 28 de julio.

El 20 de septiembre estalla el gran Cisma de Occidente con la elección en Fondi del antipapa Clemente VII.

En octubre la Santa termina de citar el **Diálogo**. Poco tiempo después y ante la llamada del Papa Urbano VI, deja Sena acompañada de la “bella brigada” de sus discípulos y llega a Roma el 28 de noviembre, siendo inmediatamente recibida por el Papa, el cual la hace hablar públicamente ante los cardenales. En diciembre despide a fray Raimundo que se embarca en Ostia para una misión anticismática en Francia.

1379. Durante todo el año, la Santa manda cartas y mensajes por todo el mundo cristiano para sostener la causa del verdadero Papa. Aplaca a los romanos que se habían sublevado contra el Papa y bendice a Tomás d’Alvano, que vence en la localidad de Marino a las tropas del antipapa.
1380. Entre terribles pruebas morales y físicas, la Santa va perdiendo poco a poco las fuerzas, no obstante conserva una actividad epistolar bastante notable.
- En la mañana del 29 de abril, muere en Roma, después de haber ofrecido su vida por la Iglesia. Su cuerpo se conserva en Roma en la Iglesia de Santa María sopra Minerva.
1461. El 29 de junio el Papa senense Pío II canoniza a Santa Catalina.
1866. El 8 de marzo, el Papa Pío IX declara a Santa Catalina copatrona de Roma.
1939. El 18 de junio el Papa Pío XII proclama a la Santa, juntamente con San Francisco de Asís, Patrona de Italia.
1970. El 4 de octubre el Papa Pablo VI incluye a la Santa en el catálogo de los Doctores de la Iglesia.

- Fiesta: 30 de abril.
- Virgen, esposa mística de Cristo, segunda mujer proclamada Doctora de la Iglesia, dominica terciaria, consejera de papas, autora del “*Diálogo*”
- Patrona de Italia



Una vida para darla



La vida de Santa Catalina se desarrolla en dos períodos: el primero constituye su vida casi escondida y se extiende hasta la edad de 20 años. Este primer periodo puede ser entendido como tiempo de preparación, primero en la intimidad de la casa paterna y, más tarde, en sociedad con las humildes terciarias dominicas de Sena. El segundo periodo empieza cuando se siente llamada por Dios a la actividad exterior o pública. Dura sólo 13 años y constituye una continua expansión del espíritu de la Santa, sedienta de hacer el bien mediante las obras de caridad y de celo apostólico. Empieza en su ciudad natal de Sena, expandiéndose más tarde por las tierras y villas de la región senense. Pero el celo de la Santa no termina aquí: continúa preocupándose por el bien de las repúblicas circundantes y de toda Italia, para terminar convirtiéndose en un apostolado singular a favor de la Iglesia y de la sociedad. Las ciudades de Sena, Florencia, Aviñón y Roma constituyen el teatro sucesivo de esta maravillosa actividad. Pero es Roma la que finalmente recoge los últimos acentos y anhelos de este inmenso corazón apostólico.

Sus cortos 33 años de vida (1347 – 1380) fueron de gran impacto para la Iglesia. Santa Catalina es una de las tres doctoras de la Iglesia, a pesar de que nunca tuvo una preparación académica formal y no sabía leer ni escribir (las otras dos doctoras son Santa Teresa de Avila y Santa Teresita del Niño Jesús). Santa Catalina fue el instrumento del Señor para que regresara el Papado de Aviñón (Francia) a Roma.

Santa Catalina tenía un profundo amor a la Eucaristía, a la Santísima Virgen y a los pobres. Tuvo muchas experiencias místicas, entre ellas: El desposorio con Cristo, profecías, estigmas y ayunos de largos períodos, en los cuales se alimentaba solamente de la Eucaristía.

En la fiesta de la Anunciación, en el año 1347, nació en Siena, “la ciudad de la Virgen”, una joven de un atractivo extraordinario y de una gran fuerza de voluntad. En sólo 33 años de santidad vivió, sufrió y murió por el Cuerpo Místico de su Amado Señor. Esta alma extraordinaria es conocida en la historia como Santa Catalina de Siena, una de las más grandes de la Iglesia, y una de las más fascinantes.



Durante su corta vida convirtió a muchos, de diferentes edades y clases, a una auténtica vida cristiana. Los que la conocían sabían que sólo tenían que presentarle a Catalina un pecador y, por su sencilla pero profunda caridad, y por su corazón y personalidad, el pecador era movido a ser otro “catelinato”, como le decían a sus seguidores en Siena.

Jesucristo es el centro de su vida.

Catalina fue tan inmensamente devota a su Salvador que Él fue el centro de todas sus muchas experiencias místicas. Pero veremos como la Santa, tenía una muy tierna, amorosa y confiada relación la Virgen Santísima y, en un número significativo de eventos en su vida, buscó su refugio en la Madre de Dios o fue la Virgen la que vino en su ayuda.



Confianza y amor a la Virgen María.

Desde niña, empezó a orar a la Reina de Siena y, a menudo, se le oía rezar el Ave María bajando las escaleras de su casa. Un día cuando tenía 6 años y, mientras caminaba por las calles de Siena con su hermano, elevó su mirada y de repente vio en el techo de la Iglesia de Santo Domingo, al Rey de Reyes sobre un espléndido trono, vestido como el Papa con su corona Papal; y con Él estaban San Pedro, San Pablo y San Juan. Jesús, mirando con ternura a Catalina, despacio y solemnemente, la bendijo, haciendo tres veces la señal de la cruz sobre ella con su mano derecha, como lo hace un obispo.

Desde ese momento, Catalina dejó de ser una niña, se enamoró profundamente de su amado Salvador. “Esa visión y esa bendición fueron tan poderosas que después ella no pudo pensar en nada más que en los ermitaños y en cómo imitarlos”.

El año siguiente, ante un cuadro de Nuestra Señora, se ofreció al Señor que la había bendecido. En este momento tan crucial oró a la Virgen: “¡Santísima Virgen, no mires mi debilidad, sino dame la gracia de tener como esposo a Aquel a quien yo amo con toda mi alma, tu Santísimo Hijo, Nuestro Único Señor, Jesucristo! Le prometo a Él que nunca tendré otro esposo”.

Sólo Jesucristo será su esposo.

Cuando Catalina tenía doce años, su familia quería obligarla a contraer matrimonio. Ella, después de consultar con un sacerdote dominico acerca de su voto de castidad y cómo defenderlo ante esta amenaza, se cortó el pelo, como señal de haber “cortado” con el mundo. Sus padres hacían todo lo posible por impedir que ella tuviera tiempo de oración y soledad. La pusieron a trabajar a toda hora, tratándola muy mal, como sirviente de la familia. Catalina humildemente aceptó este rechazo de su familia, y actuaba como si estuviese en la casa de Nazaret, tomando como a su única madre a la Virgen Santísima.

Sus hermanas y amistades la persuadieron para que participara en sus diversiones y vanidades. Pero pronto se arrepintió y le dolió aquello por el resto de su vida. Lo consideró como la mayor infidelidad a su esposo del cielo de la cual ella fue culpable. La muerte de su hermana mayor, Bonaventura, ocurrida poco después, confirmó sus sentimientos.

Modelo de virtud antes de sus quince años de edad.

Con su ejemplo de humildad, obediencia y caridad ante su familia, los conquistó y entonces le permitieron ser miembro de la Tercera Orden de Santo Domingo y tener un cuarto privado. Allí comenzó a hacer actos de mortificación heroicos. Se alimentaba principalmente de hierbas y vestía con telas muy crudas. Asistía con gran generosidad a los pobres, a los enfermos, consolaba a los presos. Su sometimiento de la propia voluntad al Señor, aun en sus penitencias, daba verdadero valor a lo que hacía.

Pero sus experiencias místicas no le quitaban las pruebas. Sufría por su temperamento al que dominaba con gran paciencia y por los baños calientes que le ordenaron los médicos. En medio de sus dolencias, oraba sin cesar para expiar sus ofensas y purificar su corazón.

Recibe el hábito de la Tercera Orden dominica

En la noche anterior a su profesión en la Orden, después de pasar por una severa prueba en la cual el demonio se le apareció como un caballero muy guapo y elegante y le ofreció un traje de seda con joyas brillantes, Catalina se tiró sobre el crucifijo y gritó: “¡Mi único, mi amado esposo, Tú sabes que jamás he deseado a nadie más que a Ti. Ven en mi ayuda, mi amado Salvador!”.



De pronto, frente a Catalina estaba la Madre de Dios, teniendo en sus manos un traje de oro y, con su voz suave y tierna, la Virgen le dijo: “Este vestido, hija mía, lo he traído del corazón de mi Hijo. Estaba escondido en la herida de su costado como en una canasta de oro y te lo hice con mis propias manos”. Entonces, con ferviente amor y humildad, Catalina inclinó su cabeza, mientras la Virgen le imponía este vestido celestial.

Por fin, en 1635, a los 18 años (según algunos escritores a los 20), recibió el hábito de la Tercera Orden dominica.

Durante tres años después de recibir el hábito, Catalina vivió en la santa soledad de su pequeño cuarto y en su capilla favorita. Allí pasó un entrenamiento estricto basado en la autonegación y desarrollo espiritual bajo la dirección personal de Cristo y de su Madre. No hablaba sino con Dios, la Virgen y su confesor.

Severos ataques del demonio.

La serpiente, viendo su vida angelical, la asaltaba buscando destruir su virtud. Llenaba su imaginación con las más sucias representaciones y asaltaba su corazón con las más bajas y humillantes tentaciones. Después su alma quedaba en una nube en la oscuridad, la más severa prueba imaginable. Se veía a sí misma cientos de veces al borde del precipicio, pero siempre sostenida por una mano invisible. Sus armas eran la oración ferviente, la humildad, resignación y confianza en Dios. Así venció las pruebas que sirvieron mucho para purificar su corazón. Nuestro Señor la visitó después y ella le dijo: “¿Dónde estabas, mi divino Esposo, mientras yo yacía en tan temible condición de abandono?”. Jesús le contestó: “Estaba contigo. ¿Cómo?, replicó ella, ¿entre las sucias abominaciones en que infectaban mi alma?”. Él le dice “Eran desagradables y sumamente dolorosas para ti. Este conflicto, por lo tanto, fue tu mérito y la victoria sobre ellas fue debido a mi presencia”.

El enemigo también la invitaba al orgullo, sin escatimar ni violencia ni estrategia alguna para seducirla a sus vicios. Pero la humildad era su defensa. Dios la recompensó con su caridad para los pobres y muchos milagros.

***Nada temas.
Te he puesto
el escudo de la fe...***

Nupcias con Jesús

Un jueves, después de que Catalina había orado todo el día con extraordinaria fe, Nuestro Señor se le apareció y le dijo: “Ya que por amor a mí has renunciado a todos los gozos terrenales y deseas gozarte solo en mí, he resuelto solemnemente celebrar mi matrimonio contigo y tomarte como mi esposa en la fe”.

Mientras el Señor hablaba aparecieron muchos ángeles, su Santísima Madre, San Juan, San Pablo y Santo Domingo (ella era de su Orden). Y mientras el Rey David tocaba una dulce música en su arpa, nuestra amorosa Madre tomó la mano de Catalina y la puso en la mano de su Hijo. Entonces Jesús, puso un anillo de oro en el dedo de Catalina y dijo: “Yo, tu Creador y Salvador, te acepto como

esposa y te concedo una fe firme que nunca fallará.... Nada temas. Te he puesto el escudo de la fe y prevalecerás sobre todos tus enemigos”.

Guía de Papas y pobres.

Con la fortaleza recibida del Señor, Catalina continuó creciendo en su fervor y efectividad en el apostolado, primero entre la gente de Siena, luego en Pisa, en Florencia y, eventualmente, en las ciudades papales de Aviñón y Roma. Catalina fue atrayendo a un grupo de devotos amigos. Todos sus discursos, acciones y hasta su silencio inducían al amor a la virtud. Según el papa Pío II, nadie se acercó a ella que no se fuera mejor.

Estableció una inspiradora correspondencia que alcanzó seis volúmenes. Comenzaba todas sus cartas con estas palabras: “En el nombre de Jesucristo Crucificado y de la dulce María”.

Santa Catalina llegó a influir en dos papas, numerosos prelados y religiosos. Más que ningún otro factor, fueron las oraciones y sacrificios de esta joven esposa de Cristo, las que le permitieron ser instrumento de mensaje divinos que llegaron a ser escuchados por el Papa.

La conversión de Nannes

Nannes, un poderoso personaje, fue llevado ante Catalina. Nada de lo que ella le decía parecía tener efecto. Entonces Catalina hizo una pausa repentina para ofrecer oraciones por él. En ese mismo instante, el joven comenzó a llorar profundamente convertido. Se reconcilió con sus enemigos y se dedicó a la penitencia. Cuando más tarde Nannes tuvo muchas calamidades temporales, la santa se alegraba entendiéndolo como para su bien espiritual. “Dios purgó su corazón”, dijo Catalina, “del veneno con que estaba infectado por su gran apego a las criaturas”. Nannes dio a Catalina una mansión, la cual ella, con la aprobación del Papa, convirtió en un convento.

Fueron muchas las conversiones impresionantes que se lograron por su mediación. Entre ellas, durante la peste de 1374, en la que sirvió a los enfermos, las de dos santos dominicos, Raimundo de Capua y Bartolomé de Siena. Los pecadores más empecinados se ablandaban ante el poder de sus exhortaciones.

Tenía el don de la sanación.

Catalina tenía gran compasión por los enfermos y los atendía con esmero. En una visita a Pisa, enviada por sus superiores, sanó a muchos enfermos y aún a más almas.

Intercede por un condenado.

Como Catalina dedicaba toda su vida enteramente al servicio del Crucificado y a su dulce Madre, ésta a menudo venía en su auxilio. En ocasiones en que Catalina tenía entre manos la conversión de un endurecido pecador, se dirigía con confianza a la Madre de Misericordia. A través de la Virgen Santísima logró la gracia de la resignación y de la paz para un joven condenado a la decapitación y pudo estar con él hasta el final.

“Esperé por él en el lugar de la ejecución, esperé en oración continua y en la presencia de María y, antes que él llegase, puse mi cabeza sobre el ladrillo y oré suplicándole al cielo, repitiendo: ¡María!. Quería obtener la gracia de que Ella, en el último momento, le diera luz y paz. Y María no me defraudó”.



Milagros al servicio de los pobres.

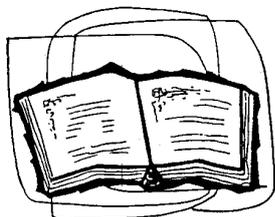
En al menos dos ocasiones, Catalina recibió ayuda sobrenatural de parte de María cuando preparaba comida para los demás. Una vez cuando estaba horneando pan para su familia; la otra, fue durante una epidemia, cuando, por la misma cantidad de harina que tenían todos los demás, logró sacar cinco veces más pan.

No debemos olvidar que Jesús le concedía tanto porque ella era siempre fiel, presta para sufrirlo todo y pasar las mayores pruebas por su amor.

El mayor de los milagros posiblemente fue su paciencia ante los severos ataques y reproches de personas desagradecidas que ella había beneficiado con sus servicios. Así fue el caso de una mujer leprosa a quien todos habían abandonado y que Catalina cuidó con esmero. Su cuidado continuó igual a pesar de los insultos de la mujer. Atendió a otra mujer cancerosa. Por mucho tiempo, Catalina vencía su natural desagrado y chupaba y vestía sus llagas. Ésta, sin embargo, publicó contra Catalina las calumnias más infames, las que fueron secundadas por una hermana del convento. Catalina sufrió en silencio la persecución violenta y continuó con afecto sus servicios hasta que, con su paciencia y oración, obtuvo de Dios la conversión de ambas.

Un noble secretario.

Esteban fue uno de los discípulos más cercanos a Catalina. Hijo de un senador de Siena, sus enemigos lo habían llevado a la ruina. La Santa le enseñó el camino del evangelio y la renuncia a las cosas del mundo. Se hizo su secretario y compiló sus palabras y cartas. Fue su compañero en los viajes a Aviñón, Florencia y Roma. Más tarde, por consejo de la santa, Esteban se hizo monje cartujo. Asistió a la santa en su muerte y escribió su vida.



El *Diálogo* de Santa Catalina de Siena

Fue en el “día de María”, como Catalina llamaba al sábado, cuando empezó a escribir su famoso *Diálogo*, un tratado inspirado en las virtudes cristianas.

Catalina de Jacopo (Giacomo) Benincasa ocupa un puesto relevante en la historia de la literatura italiana. Esta humilde mujer del pueblo, “iliterata” como dicen los escritos de la época, ha dejado unas 375 cartas materialmente escritas por los discípulos a quienes la Santa dictaba. En los últimos meses que precedieron a su ida a Roma, en donde habría de morir a los 33 años, compuso el *Diálogo de la Divina Providencia*, todo él dictado mientras se hallaba en éxtasis. También durante los éxtasis fueron recogidas, sin que ella lo supiera, Las Oraciones, es decir, las plegarias que dirigía al Señor. Son sus composiciones más breves, pero quizás las más sublimes por la altura del contenido teológico.

Cuando Niccoló Tommaeso llamaba a Santa Catalina de Sena “la mujer más grande del cristianismo”, estaba de acuerdo con la alabanza que Cornelio de Lápide había hecho al calificarla de “asombro y portento de los siglos”. En efecto, según el conocido escritor, en la historia de la humanidad y concretamente del cristianismo, no se encuentra otra más que pueda comparársela, si se piensa en su origen humilde y en su educación sin estudios, lo cual no fue óbice para que llegase a ser en alto grado la maestra iluminada, la escritora excelsa, la oradora incomparable, la consejera de príncipes y de pontífices, y la árbitra de los destinos de la Iglesia de su tiempo. Y esta prodigiosa actividad tiene lugar en el breve espacio de pocos años, con la admiración de cuantos la conocieron y el entusiasmo de los que tuvieron la fortuna de vivir en torno a ella.

La Virgen le da un confesor

Catalina había orado durante mucho tiempo para conseguir un buen confesor y director espiritual. Ella, como todos los santos, comprendía la importancia de ser guiada por un santo pastor de almas. Un día, durante la misa en la Iglesia dominica de Santa María Novella, en Florencia, le pareció a la santa que la Virgen estaba de pie a su lado y le indicaba un sacerdote para que fuera su guía: el padre Raimundo de Capua. Éste se convirtió en el director espiritual de Catalina. Después de mucho años de una relación muy fructífera, le llamó: “mi padre y mi hijo, quien mi dulce Madre María me regaló”. Él, por su parte, creció mucho espiritualmente gracias a la inspiración de Catalina y llegó a ser beatificado.



Raimundo de Capua, su confesor, nos cuenta

Los padres de Catalina

En Siena, ciudad de Toscana, vivió un hombre llamado Giacomo cuyo padre, según la costumbre del lugar, era llamado comúnmente Benincasa.

Giacomo era un hombre honesto a toda prueba, temeroso de Dios y sin vicios. Cuando se quedó sin padres tomó por esposa a Lapa, mujer de su ciudad, la cual llevaba muy bien todos los asuntos de la casa y de la familia. Perteneían a una clase de gentes muy estimadas y gozaban de cierto desahogo.

El Señor bendijo a Lapa y la hizo fecunda pues, casi cada año, tenía un hijo o una hija y, algunas veces, incluso dos en el mismo parto.

Sería cometer una injusticia callar las cualidades singulares de Giacomo. Lapa contaba que él era de ánimo tan firme y de tal moderación en la lengua, que cualquiera que fuese la ocasión que se le presentase para la turbación o para la molestia, no recurría nunca a palabras que no fuesen convenientes; más aún, cuando alguno de la casa, por alguna dificultad encontrada, se expresaba con vivacidad, lo corregía de inmediato con la sonrisa entre los labios, fuese quien fuese, diciendo: “¡Anda, que Dios te bendiga! ¡No te hagas mala sangre y no digas palabras que no están bien en nuestra boca!”. También me contaba cómo una vez un conciudadano de Giacomo pretendía de él, por la fuerza y contra toda justicia, una suma de dinero que de ningún modo le debía y cómo, con la ayuda de amigos y basándose en calumnias, había causado tantas molestias a aquel buen hombre, que lo llevó a la ruina; y sin embargo, él no pudo sufrir que en su presencia se murmurase de su calumniador o se hablase mal de él; más todavía, reprendía suavemente a la misma Lapa cuando intentaba hacerlo. “¡Muy querida mía, le decía, que Dios te bendiga! Déjalo hacer. Dios le mostrará su error y hará que él mismo se convierta en nuestro defensor”. Lo cual sucedió en poco tiempo, pues la verdad se supo casi por milagro y aquel individuo aprendió a sus propias expensas hasta qué punto se había equivocado en su injusta persecución.

Estas cosas las contó Lapa con toda seriedad y son plenamente creíbles pues, dada su sencillez, aunque quisiera decir una mentira no conseguiría nunca hacerlo. Además, todos los que conocieron a Giacomo aseguraban que fue un hombre sencillo, recto y sin vicios.

Para terminar, hay que decir que la modestia en el hablar de ese padre de familia era tan grande que en casa todos, educados como estaban en su escuela, no decían ni podían oír discursos inconvenientes o deshonestos.

Sucedió una vez que una hija suya, Bonaventura, se casó con un joven de su ciudad llamado Niccoló. Éste, que se había quedado solo, empezó a relacionarse con una banda de jóvenes de su ciudad de lengua muy suelta y que solían hablar muy mal; él acabó haciendo lo mismo. Bonaventura tuvo tal disgusto por ello que se puso enferma. El caso fue que aldegazaba y se debilitaba a simple vista. Pasados algunos días, al preguntarle su marido la causa de su malestar, ella le respondió: “En casa de mi padre no me han acostumbrado a oír ciertas palabras que oigo aquí a diario; mis padres no me han educado así. Has de saber que si en esta casa no se deja de decir palabrotas pronto me verás muerta”. Niccoló, tras esta respuesta, se quedó admirado y estupefacto; edificado así por el comedimiento de sus suegros y de su esposa, prohibió a sus compañeros usar palabras inconvenientes en presencia de ella. Así lo hicieron y de este modo la modestia y las buenas costumbres de la casa de Giacomo corrigieron la licencia y la deshonestidad de la casa de Niccoló, su yerno.

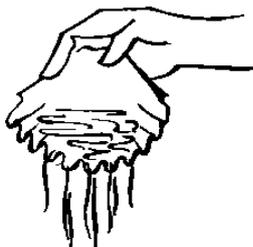


Giacomo ejercía el arte de fabricar y mezclar colores para teñir paños de lana; tanto él como sus hijos, por el oficio que ejercían, eran conocidos en toda la ciudad como los “tintoreros”.

Nacimiento e infancia de Catalina

Mientras Lapa con sus frecuentes partos llenaba de hijos e hijas la casa de Giacomo, hacia el final de su edad fértil, quiso el cielo que concibiera y diera a luz a dos gemelas que por eterna predestinación debían ser presentadas ante los ojos de Dios: lo que efectivamente sucedió.

Parió pues dos hijas, débiles por la constitución de sus miembros, pero robustas respecto al Señor. Apenas la madre hubo visto a sus criaturillas, comprendió que no las podría amamantar a ambas y estableció dar una de ellas a un ama de cría y quedarse con la otra para alimentarla con su propia leche. Fue voluntad de Dios que guardase junto a sí la que el Señor, desde la eternidad, había elegido por esposa.



Al recibir la gracia del Bautismo, aun siendo ambas del número de los elegidos, la favorita fue llamada Catalina y la otra, Giovanna. Giovanna, en poco tiempo, murió y quedó sola Catalina para llevar más adelante al cielo una cadena de almas.

Lapa amamantó a la hija con todo cuidado y diligencia, considerando que le había quedado precisamente la que ella había elegido con preferencia a su hermana difunta; de ello vino que, como muchas veces repitió, entre todos sus hijos, el mayor bien lo deseaba para ella. También contaba que, a causa de los frecuentes embarazos, no había podido nunca amamantar con su propia leche a ninguno de sus hijos; a ésta en cambio la pudo amamantar hasta el final, pues no se volvió a quedar embarazada sino una vez terminado el tiempo del amamantamiento; casi como si hubiera sido conveniente que, por la gracia de esta hija, tuviese una pausa en sus partos a la espera de haber destetado a la que debía tocar y alcanzar el término de toda perfección.

Después de Catalina, Lapa tuvo otra hija que recibió el nombre de Giovanna en memoria de la hermana muerta. Este fue el vigésimo quinto y último hijo de Lapa.

Catalina, una vez hubo dejado la leche comenzó a comer pan; cuando pudo moverse por sí misma apareció a los ojos de todos tan graciosa y juiciosa en el decir, que difícilmente conseguía la



madre tenerla en casa, porque todos los vecinos y parientes se la llevaban a sus casas para oírla hablar y disfrutar de su compañía.

No se sabe cómo sucedió que en uno de esos excesos de contento le cambiasen el nombre de Catalina por el de Eufrosina. Con el tiempo, ella misma descubrió el significado escondido de ese nombre; fue entonces cuando se propuso imitar a Santa Eufrosina. Fuera como fuere, se veía bien que germinaba ya en la pequeña aquello que de mayor daría su fruto. Pero no hay lengua ni pluma que pueda describir con agilidad la sabiduría y la prudencia de sus discursos ni la dulzura de su conversación; sólo quienes se acercaron a ella saben algo de lo que fue.

Cuando ella hablaba comunicaba un cierto no sé qué por el cual las mentes de los hombres se encontraban tan incitadas al bien y al placer de Dios que desaparecía toda tristeza del corazón de quien la escuchaba. Desaparecía también toda aflicción interna, toda pena era olvidada y le invadía una gran tranquilidad de ánimo que siempre se maravillaba de sí mismo y, mientras gozaba de un nuevo placer, pensaba en su ánimo: “Qué bien se está aquí; hagámonos tres tiendas para siempre”. Tampoco nos hemos de maravillar por ello porque sin duda alguna estaba escondido de manera invisible en el pecho de su esposa Aquél que, transfigurado en lo alto del monte, impulso a Pedro a pronunciar estas palabras.

Volvamos a nuestra narración: entretanto Catalina crecía y se iba haciendo más fuerte, hasta llenarse muy pronto del Espíritu Santo y de la Sabiduría divina. A los cinco años, más o menos, había aprendido el Ángelus y lo repetía muy a menudo; inspirada por el cielo, como ella misma me dijo muchas veces en confesión cuando se ofrecía la ocasión de hablar de ello, comenzó a saludar a la bienaventurada Virgen subiendo o bajando las escaleras, arrodillándose en cada escalón. Así, aquella que con su conversación se había hecho agradable a los hombres, ahora se hacía muy agradable a Dios con sus devotas y frecuentes oraciones, y con el ascender como podía desde las cosas visibles hasta las invisibles.

Comenzados así los actos de su devoción, y aumentándolos cada día, el Señor de las misericordias se lo quiso premiar con una estupenda y graciosa visión, para incitarla a recibir mayores gracias y, al mismo tiempo, demostrarle hasta qué altísimo cedro crecería aquella pequeña planta, cultivada y regada por el Espíritu Santo.

Un día, la niña, que debía tener unos seis años, tuvo que acercarse en compañía de su hermano Stefano, un poco mayor que ella, a visitar a su hermana Bonaventura. Iba quizá a hacer algún recado de parte de su madre. Sucede que las madres van o mandan a otros a visitar a las hijas casadas para cerciorarse de que están bien de salud. Efectuado el encargo, mientras desde la casa de la hermana volvía a su propia casa por una cuesta que la gente llamaba *Valle Piatta*, la niña alzó los ojos y vio frente a sí y suspendido en los aires, por encima del tejado de la iglesia de los frailes Predicadores, un bellissimo trono adornado magníficamente. En él, sentado como un emperador y revestido con hábitos pontificales y con la tiara en la cabeza, esto es, con la mitra monárquica y papal, estaba sentado el Señor Jesucristo, Salvador del mundo. Estaban con Él Pedro, el príncipe de los Apóstoles, Pablo y el santo evangelista Juan. Al ver aquello, la niña se quedó como clavada en el suelo y, con la mirada fija y sin pestañear, miraba amorosamente a su Salvador y Señor que se mostraba de aquel modo para cautivar su amor. Fijándose en ella con sus ojos llenos de majestad y sonriéndole con

dulzura, levantó la mano derecha y, haciendo el signo de la cruz, le hizo el don de su eterna bendición.

La gracia de ese don fue tan eficaz y tan inmediatamente para Catalina que, arrobada y totalmente embelesada por Aquél que la miraba con tanto amor, aun siendo de natural muy tímido, se quedó en medio de la calle, muy frecuentada por hombres y animales. Miraba con los ojos levantados y la cabeza firme; y ciertamente se hubiera quedado allí todo el tiempo de la visión si nadie la hubiese distraído y se la hubiese llevado.

Mientras el Señor operaba estos prodigios y Catalina permanecía quieta, su hermano Stefano, que la acompañaba, siguió adelante por su propia cuenta creyendo que ella le seguía; pero poco después se dio cuenta de que estaba solo; miró atrás y, al ver a su hermana en pie y con los ojos en alto, comenzó a llamarla a gritos. Al darse cuenta de que no le respondía ni se fijaba en él, sin dejar de gritar volvió atrás; como ella no se daba cuenta de nada, la sacudió fuertemente y le dijo a gritos: “¿Pero qué haces? ¿Por qué no vienes?”. Ella, como si despertara, bajando un poco los ojos, respondió: “Si vieras lo que yo veo, por todo el oro del mundo no me distraerías tan malamente de esta bellísima visión”. Dicho esto, volvió a alzar los ojos, pero la visión había desaparecido; así lo quiso Aquel que se le había aparecido. No pudiendo soportarlo sin disgusto, comenzó a llorar culpándose a sí misma y lamentándose de haber apartado los ojos de lo que vio en lo alto.

A partir de ese momento pareció que, por sus virtudes, por la seriedad de sus costumbres y por la cordura extraordinaria que tenía, se escondiera bajo la vestimenta de la niña una mujer madura. Su hacer, en efecto, no tenía nada de infantil ni nada de mujer joven, sino que era todo él de una madurez venerable. En aquel momento se había encendido en ella el fuego del divino amor que iluminaba su mente, inflamaba su voluntad, robustecía su pensamiento y hacía que sus actos exteriores se conformasen a la ley divina.

A mí, tan indigno, reveló humildemente en confesión que en aquel tiempo, sin la ayuda de maestro y sin haberlo leído en los libros, sino sólo con la enseñanza del Espíritu Santo, había sabido y conocido la vida y el modo de vivir de los Santos Padres de Egipto, los hechos principales de la vida de otros Santos y especialmente del bienaventurado Domingo; y que había sentido un deseo tan vivo de imitar su vida y sus gestas que no podía pensar en ninguna otra cosa.

Gracias a esta ciencia se hicieron presentes en la vida de la niña algunas noticias que llenaron de estupor a todo aquel que no estuviera al corriente de ello. Buscaba lugares escondidos y flagelaba en secreto su cuerpo con una cuerda; huía de los juegos infantiles para entregarse toda ella a la oración y a la meditación; al contrario de lo que hacen los niños, se volvía cada vez más silenciosa y disminuía cada vez más la comida de su sustento, cosa que no sucede nunca en los niños que crecen.

Llevadas por su ejemplo, se reunieron alrededor de ella muchas niñas de su edad, ávidas de oír sus santos discursos y de imitar como podían su modo de hacer. Así comenzaron a reunirse a escondidas junto con ella en un rincón apartado de la casa donde, con ella, se flagelaban y repetían, tantas veces como ella lo imponía, la Oración dominical y el Ángelus. Estas cosas, como veremos, eran un indicio de lo que sucedería más tarde.

Muchas veces, estos actos de virtud iban acompañados de gracias especiales de Dios. En efecto, tal como su madre me lo ha contado varias veces, la mayoría de las veces, al subir o bajar las



escaleras de casa sentía cómo era llevada por los aires sin que los pies tocasen los escalones. Su madre me aseguraba que se había sentido presa de gran angustia al verla subir las escaleras tan velozmente. Esto sucedía generalmente cuando cuenta quería huir de la compañía de los demás, especialmente de los hombres. Esta repetición del milagro de subir y bajar las escaleras creo que sucedía en virtud de la salutación que se había acostumbrado a recitar en cada escalón en honor de la Virgen.

Finalmente, para cerrar este capítulo, diré que Catalina, conocidos por pura revelación, como hemos contado, los hechos y la vida de los Santos Padres de Egipto, se sintió impulsada a imitarlos con todas sus fuerzas. Me confesó que de pequeña deseaba ardientemente retirarse a un yermo, pero que nunca había encontrado el camino. No era voluntad del cielo que ella se encerrase en un eremitorio y se la dejaba sobre esto en su ilusión; por lo tanto no podía tener ella sobre el particular más que el conocimiento sugerido por la inexperiencia de una niña. Así sucedió que, con sus pocos años, combatiendo el deseo, éste prevaleció pero sin victoria.

Sin poder contener ese deseo pensó una mañana salir a la busca de un yermo. Con previsión infantil cogió un pan y se fue sola en dirección a la casa de su hermana casada, que vivía cerca de la puerta de San Antisano. Atravesó la puerta, cosa que no había hecho nunca, siguió un camino escarpado y, al no ver casas, pensó que ya había llegado al borde del desierto. Caminó algo más hasta que finalmente encontró una gruta que le gustaba; entró en ella muy contenta, convencida de haber hallado el eremitorio de sus sueños.



Dios, que ella había visto que desde lejos la sonreía y la bendecía, y que acepta los buenos y santos deseos, aunque no había dispuesto que su esposa llevase aquel género de vida, no por ello dejó sin premio aquel gesto. Así, apenas se puso a rezar fervorosamente, fue levantada lentamente en el aire tan arriba como lo permitía la altura de la cueva, y permaneció así hasta la hora nona. Catalina pensaba que aquello sucedía por obra del demonio, como si con sus engaños quisiera impedirle rezar y quisiera quitarle el deseo de ser eremita; se puso entonces a invocar al Señor con más fervor y constancia.

Sólo hacia la hora en que el Hijo de Dios crucificado llevó a su cumplimiento la obra de nuestra salvación, ella, tal como había subido, pudo volver a poner los pies en el suelo y comprender, por inspiración divina, que no era todavía el momento de atormentar su cuerpecillo por el Señor y dejar la casa paterna; entonces, con el mismo espíritu con que se había puesto en marcha, volvió atrás. Al salir de la cueva se encontró sola y con el camino por hacer, demasiado largo para una niña de su edad. Temiendo que sus padres creyesen que se había perdido, se encomendó de nuevo al Señor y, como se lo contó a Lisa su cuñada, pronto se sintió llevada por los aires por el Señor y, en poco tiempo, sin sufrir daño, fue depositada cerca de la puerta de la ciudad. Apretando el paso, volvió a casa y los padres creyeron que volvía de casa de su hermana casada. Lo ocurrido no se supo hasta que ella, ya mayor, lo reveló a sus confesores, entre los cuales, aunque indigno, he sido el último en la elección y en el mérito.

Los episodios contenidos en este capítulo, en su mayor parte, me fueron referidos por Lapa, su madre; los demás, especialmente los últimos, me los refirieron la misma santa y Lisa. Pero para todo lo que he contado, excepto el último episodio, he tenido otros testimonios, tanto de su primer

confesor, que desde niño fue educado en casa de los padres de ella, como de mujeres dignas de fe, vecinas y parientes de los mismos padres de esta santa virgen.

Catalina viste el hábito de Santo Domingo

Conseguida también esta victoria, la santa virgen volvió a sus ejercicios cotidianos y comenzó a vivir la vida del espíritu con intensísimo ardor, pues se sentía asaltada sin tregua y cada vez más de cerca por el enemigo infernal. Cada día llantos, cada día lágrimas; continuamente suplicaba al Señor a fin de que la hiciera digna de recibir el tan anhelado hábito, que le había sido prometido por la divina Bondad por mediación del Santo Padre Domingo. Ella consideraba que su voto de virginidad no estaría nunca seguro ante los asaltos de los de casa si no vestía aquel hábito santo. Sabía bien que cuando hubiera recibido aquel hábito acabarían para ella las inoportunas presiones a favor de un matrimonio y le sería permitido darse más liberalmente al servicio de su Esposo.



Por ello solicitaba con ternura a sus padres e insistía a menudo ante las hermanas de la Penitencia de Santo Domingo, que en Siena se llaman vulgarmente *Mantelatas*, para que la acogieran entre ellas y se dignasen concederle el hábito de su santa hermandad. Lapa, que no lo aprobaba demasiado gustosamente, aunque no se lo negaba, de todos modos pensaba siempre en el modo de apartarla de sus austeridades. Por esta razón decidió ir a tomar los baños y llevarse con ella a Catalina, a fin de que, distrayéndose algo con los recreos del mundo, se apartase también de las asperezas de su penitencia. No creo que ello sucediese sin la participación de la astucia del antiguo adversario, el cual, con todas sus fuerzas, intentaba arrancar a la esposa ferviente del abrazo del Esposo eterno sugiriendo insidiosamente malicias como aquellas a la demasiado ingenua Lapa.

Pero contra el Señor no hay consejo que valga. La esposa de Cristo, protegida completamente de armas victoriosas, transformaba las insidias del enemigo en su favor y en daño para él. También entre las delicias halló el modo de tratar duramente su propio cuerpo. Simulando quererse bañar mejor, se desplazaba hacia los canales por los que corren las aguas sulfurosas y, soportando en su tierna carne el agua hirviendo, castigaba su cuerpo mucho más que al golpearlo con la cadena de hierro.

Me viene ahora a la mente que una vez, mientras Lapa en presencia de su hija me hablaba de este baño, Catalina me contó todo lo que he escrito más arriba y añadió que, para hacerlo más cómodamente, había dicho a su madre que quería bañarse cuando todos los demás se hubieran ido; así lo hacía en efecto. Comprendía que, estando presente la madre, no podría de ninguno modo hacer ciertas cosas. Le pregunté cómo podía soportar tanto calor sin ceder y ella, con su gran sencillez, me respondió: "Mientras estaba en el agua, pensaba continuamente en las penas del infierno y del purgatorio y rezaba a mi Creador, al que yo había ofendido tanto, para que, en su misericordia, se dignase cambiar las penas que sufría entonces voluntariamente por las otras que sabía que había merecido. Pues consideraba con certeza que recibiría la gracia de su misericordia, todo lo que sufría se me hacía un placer y ni siquiera me quemaba a pesar del dolor que sentía".

Acabados los baños, volvieron a casa y la santa virgen inmediatamente a sus acostumbradas penitencias. La madre se dio cuenta de ello y perdió toda esperanza de verla cambiar de vida, aun-

que no podía evitar lamentarse continuamente por las austeridades de la hija. Pero Catalina, que no olvidaba nunca su santo deseo, cerrando las orejas a las lamentaciones de su madre, iba cada día a decirle que fuese a ver a las hermanas de la Penitencia de Santo Domingo para convencerlas de que no le negasen el hábito a quien lo pedía con tanta avidez. La madre, vencida por su insistencia, fue a verlas; pero la primera vez las hermanas le respondieron que no era su costumbre vestir con aquel



hábito a vírgenes o muchachas, sino solamente a viudas de edad madura y de buena fama que se quisieran dedicar al servicio de Dios, pues como no guardaban una clausura total sino que permanecían en sus casas, era absolutamente necesario que supiesen regular ellas mismas su comportamiento.

Volvió Lapa con aquella respuesta tan satisfactoria para ella pero ciertamente tan poco grata para su hija. Sin embargo, Catalina no se inmutó en absoluto, sabiendo que las promesas del glorioso Padre no se perderían, sino que se ejecutarían perfectamente; insistió una vez más en persuadir a su madre para que, a pesar de aquella respuesta, no desistiera en la solicitud y para que, con oportunidad o sin ella, rogase a las hermanas que le concedieran el hábito. Así lo hizo, vencida por los ruegos de la hija, pero volvió con la misma respuesta.

Mientras tanto, Catalina enfermó de una cierta enfermedad que suele atacar a las jóvenes antes de llegar a su madurez. Quizá la causa estaba en el excesivo calor soportado en las aguas hirvientes; pero yo pienso que ocurrió por divina disposición y no sin misterio. Toda la piel de su cuerpo se llenó de ampollas o, para decirlo como los médicos, de pequeñas hemorragias subcutáneas, las cuales, además de transfigurarla hasta hacerla irreconocible, le provocaban una fiebre muy alta. Lapa, su madre, que amaba tiernamente a sus hijos pero que por Catalina sentía un amor especial, se afligió muchísimo. Pero esa vez no había ninguna razón para echar la culpa de ello a las abstinencias de su hija, porque aquella enfermedad parecía originarse más por exuberancia que por agotamiento y se sabía que era una dolencia corriente entre los muchachos y muchachas de su edad.

La afligida madre permanecía sentada junto a la cama, le aplicaba continuamente los remedios que podía y se esforzaba en consolarla con sus palabras. Pero la santa, que aun estando enferma tenía fuerte el deseo en su ánimo, considerando que aquella podía ser la hora propicia para obligar a la madre a consentir en todo lo que ella anhelaba, respondía sabiamente: "Oh dulcísima madre, si quiere que me cure y me ponga bien, haga que se cumpla mi deseo de recibir el hábito de las hermanas de la Penitencia de Santo Domingo; de otro modo temo mucho que Dios y Santo Domingo, que me llaman a su santo servicio, dispongan que no me pueda tener más, ni con ese ni con ningún otro vestido".

La madre, oyendo cómo le repetía una y otra vez esos razonamientos, muy asustada, temiendo la muerte de su hija, fue corriendo a ver a las hermanas; les habló con tanto fervor que, vencidas por sus ruegos, modificaron la respuesta anterior y le dijeron. "Si su hija no es demasiado bella y agraciada, en consideración al deseo tan vivo de ella y al de usted, la recibiremos; pero si es demasiado bella, ya se lo hemos dicho, tenemos miedo de provocar algún escándalo a causa de la malicia de los hombres que ahora reina en el mundo; en cuyo caso nosotras no podremos de ningún modo aceptarla". A estas palabras la madre respondió: "Vengan a ver y juzguen por ustedes mismas".

Mandaron entonces con Lapa, para visitar a la virgen enferma, a dos o cuatro señoras elegidas entre las más prácticas y prudentes de ellas, a fin de juzgar su belleza y hacer averiguaciones

sobre su deseo. Durante la visita, no pudieron ver las bellezas de la santa, bien porque no era bella, bien porque la enfermedad la había deformado mucho, hasta el punto de que apenas se podían discernir sus facciones; sin embargo, pesando las palabras con las que manifestaba ardientemente su deseo, valoraron la prudencia y la sabiduría de la muchacha y a la vez se sorprendieron y se alegraron. Conocieron que aquella niña, si bien era joven en años, era también madura de mentalidad y que, ante Dios, en la virtud adelantaba a muchas ancianas. Así que salieron de allí edificadas y confortadas, y con mucha alegría refirieron a las otras hermanas lo que habían visto y oído.



Las hermanas, después de oír todo esto y después de tener la conformidad de los frailes, se reunieron y con voto unánime recibieron a Catalina como hermana. Luego avisaron a Lapa para que, desde que su hija se pusiese bien, la llevasen a la iglesia de los frailes Predicadores para recibir, según la costumbre, el tan deseado hábito de Santo Domingo en presencia de todas las hermanas y los frailes que se ocupaban de ellas. Cuando la madre se lo comunicó, con lágrimas de alegría agradeció en el mismo instante a su Esposo y al gran Padre Domingo, que así cumplía su promesa.

Entonces comenzó a rezar, no por el cuerpo, sino para satisfacer su deseo, para que aquella enfermedad acabase pronto y a fin de que el voto, que durante tanto tiempo no había podido cumplir, no se retrasara aún más. Y si antes ella se gloriaba de su enfermedad y gustosamente la soportaba por amor de su Esposo, entonces comenzó a pesarle y, asiduamente suplicaba al Altísimo que la liberase de ella y le permitiese cumplir su voto. Así ocurrió. En pocos días se curó, pues nada le podía negar Aquel a cuya voluntad se conformaba con gran aplicación. Efectivamente, todo lo que Catalina

pedía y deseaba estaba dirigido al Señor al que amaba con todas sus fuerzas y a cuyo servicio se había entregado y se había sometido enteramente.



Cuando recuperó su salud, parecía que la madre quería diferir la cosa, pero acabó cediendo ante la incesante insistencia de la hija. Llegó por fin el día y la hora establecidos por la divina Providencia para que, con gran alegría en el corazón, la santa recibiera el deseado hábito. Lapa y Catalina se dirigieron a la iglesia mencionada y, en presencia de todas las hermanas, en medio de una gran alegría, el hermano que en aquel tiempo se ocupaba de ellas, vistió a la santa virgen con las ropas que nuestros Padres eligieron como signo de inocencia y de humildad, con los colores blanco y negro, donde el blanco corresponde a la inocencia y el negro a la humildad.

A mi parecer no había hábito religioso más adecuado a aquel para mostrar el vestido interior de esa santa virgen. En efecto, ella usaba todos los medios de mortificar su cuerpos, extinguiendo exteriormente la vida del hombre antiguo junto con los gérmenes letales de la soberbia, lo que se figura con el negro; abrazó además, como se ha dicho, la inocencia de la virginidad de cuerpo y alma para acercarse con todas sus fuerzas al Esposo eterno, que es la verdadera luz, y llegar a ser ella también luminosa, lo que se figura con el blanco. Si el hábito hubiese sido todo blanco o todo negro, no se habrían expresado sino una sola de estas cosas; si hubiese tenido un color pardo o ceniciento,

aunque hubiera podido significar la mortificación, de ningún modo hubiera expresado la claridad y la pureza de mente.



Sabiduría de Catalina

Contaba pues la santa virgen a sus confesores, entre los cuales, sin mérito, me conté yo, que al comienzo de las visiones de Dios, esto es, cuando el Señor Jesucristo comenzó a aparecésele, una vez, mientras rezaba, se le puso delante y le dijo: “¿Sabes, hija, quién eres tú y quién soy yo? Si llegas a saber estas dos cosas, serás bienaventurada. Tú eres la que no es; yo, en cambio, soy El que soy. Si tienes en el alma un conocimiento como este, el enemigo no podrá engañarte y huirás de todas sus insidias; no consentirás nunca nada contrario a mis mandamientos y adquirirás sin dificultades toda la gracia, toda la verdad y toda la luz”.

¡Oh palabra pequeña y grande! ¡Oh breve doctrina y en cierto modo infinita! ¡Oh sabiduría infinita, encerrada en tan pocas sílabas! ¿Quién hará que yo pueda entenderte? ¿Quién me abrirá tus sellos? ¿Quién me conducirá a escrutar el abismo de tu profundidad? ¿Eres acaso tú aquella longitud y anchura, aquella altura y profundidad que el Apóstol Pablo deseaba comprender con todos los santos de Efeso? ¿O eres acaso una sola cosa con la Caridad de Cristo, la cual trasciende todo saber humano?

Querido lector, detente. No dejemos de lado el incomparable tesoro que encontramos en el campo de esta santa virgen. Excavemos resueltos el terreno, pues los signos que aparecen nos prometen una inmensa riqueza.

Dijo la Infalible Verdad: “Si sabes estas dos cosas, te salvarás. Si tienes en tu alma este conocimiento, el enemigo no podrá engañarte”. A lo que hay que añadir las demás cosas que hemos dicho más arriba. De verdad es bueno quedarse aquí; hagamos aquí tres tiendas: una, en honor de Jesús que enseña, penetrándonos la mente sus palabras; la otra, por amor y devoción a la virgen Catalina, que recibe estas enseñanzas, moviéndonos hacia ella con reverente afecto; la tercera, en provecho de cada uno de nosotros, que aquí encontramos la vida cuando lo imprimimos todo en nuestra memoria. Así podremos excavar y hacer nuestras las riquezas espirituales, sin vernos obligados a mendigar vergonzosamente.

Querido lector, detente. No dejemos de lado el incomparable tesoro que encontramos en el campo de esta santa virgen. Excavemos resueltos el terreno, pues los signos que aparecen nos prometen una inmensa riqueza.

Dijo la Infalible Verdad: “Si sabes estas dos cosas, te salvarás. Si tienes en tu alma este conocimiento, el enemigo no podrá engañarte”. A lo que hay que añadir las demás cosas que hemos dicho más arriba. De verdad es bueno quedarse aquí; hagamos aquí tres tiendas: una, en honor de Jesús que enseña, penetrándonos la mente sus palabras; la otra, por amor y devoción a la virgen Catalina, que recibe estas enseñanzas, moviéndonos hacia ella con reverente afecto; la tercera, en provecho de cada uno de nosotros, que aquí encontramos la vida cuando lo imprimimos todo en nuestra memoria. Así podremos excavar y hacer nuestras las riquezas espirituales, sin vernos obligados a mendigar vergonzosamente.

“Tú eres, dijo el Señor, la que no es” ¿No es acaso así? Toda criatura fue hecha de la nada por el Creador, porque el crear es hacer una cosa de la nada; y la criatura, abandonada a sí misma, tiende a volver a la nada. Por lo tanto, si el Creador cesara un solo instante de mantenerla, inmediatamente dejaría de hablarse de ella. Cuando la criatura comete pecado, que es la nada, siempre se acerca a la nada; tampoco, según el Apóstol, por sí sola puede hacer nada ni pensar cosa alguna. No es maravilla, pues por sí misma no puede ser, ni puede conservarse en el ser.

Fíjate pues, lector, hasta qué punto toda criatura está rodeada de nada. Trata con la nada, tiende naturalmente a la nada; con el pecado se reduce a la nada; nada puede hacer por sí, como afirma la misma Verdad encarnada, que dice: “Sin mí nada podréis hacer”.

Por tanto, se puede concluir que la criatura no es. ¿Quién tendrá el coraje de afirmar que aquella cosa sea, cuando no es nada? Cuáles y cuántas conclusiones verdaderas y útiles para alejar cualquier vicio se deducen de ello, es algo que conocieron plenamente los santos de Dios que, enseñados por el Espíritu Santo, estuvieron llenos de esta sabiduría.



¿Qué plaga de soberbia puede entrar en el alma que sabe que no es nada? ¿Quién se puede glorificar de una obra hecha, si sabe que no es suya? ¿Cómo considerarse superior a los demás si en lo íntimo del corazón sabe que no es? ¿De qué manera despreciará a los demás o los envidiará quien se desprecie a sí mismo hasta la nada? ¿Cómo podrá glorificarse de las riquezas terrenales quien ya haya despreciado su propia gloria? Dice la Sabiduría encarnada: “Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria no es nada”. Más todavía, ¿Cómo se atreverá a decir que son tuyas cosas del mundo quien sabe muy bien que le pertenecen y que son de Aquel que las hizo? Admitido esto, ¿qué alma podrá deleitarse en los placeres de los sentidos si se aniquila a sí misma con esta consideración? ¿Quién querrá seguir siendo perezoso, conociendo que su ser no es suyo, sino que intenta mendigarlo a otros?

A partir de estas cosas, aunque estén dichas con concisión, podrás comprender, lector, que todos los vicios quedan podados con estas tres palabras: “Tú no eres”. Ciertamente podríamos discurrir todavía más largamente, si no nos lo impidiese la narración de la vida que tengo la intención de escribir. Pero no debemos diferir la segunda parte de esta excelente doctrina.

Dijo pues la misma Verdad: “Yo soy el que soy”. ¿Es ésta acaso una doctrina nueva? Es nueva y es antigua. El mismo Señor que habla la dijo desde la zarza ardiente a Moisés. Todos los intérpretes de las Sagradas Escrituras han tratado sabiamente de ello, y en realidad han enseñado que sólo es Aquel al cual conviene el ser por esencia; en el cual no hay distinción entre Su esencia y su existencia; el cual de ningún otro tiene el ser, sino de Sí mismo y de Él proviene y procede todo otro ser. Sólo Él por tanto puede decir con propiedad una proposición semejante. Resulta maravilloso, porque, estudiando atentamente la definición de la creación, se deduce de manera infalible esta doctrina.

Si el crear no es otra cosa que hacer una cosa de la nada, es evidente que todo ser procede del mismo único Creador y que no puede provenir de ningún modo de ninguna otra parte, porque sólo Él es la fuente de todo ser. Admitido esto, se sigue que la criatura nada tiene por sí, sino que lo recibe todo del Creador y que el mismo Creador tiene la infinita perfección del ser, no de otro, sino de sí mismo. Si no tuviese en sí la infinita virtud del ser, de la nada no podría hacer alguna cosa. Esto es todo lo que el Maestro quiso enseñar a su esposa cuando le dijo: “Conoce en lo más íntimo de tu corazón que yo soy verdaderamente tu Creador y serás bienaventurada”.

"Yo soy el que soy"

El Señor dijo las mismas palabras a otra Catalina cuando, acompañado de un coro de Angeles y Santos, fue a visitarla a la cárcel. Le dijo: “Conoce, hija mía, a tu Creador”. De este conocimiento procede indudablemente toda perfección de virtud y toda buena ordenación de la mente creada.

¿Quién, sino alguien que no razona o que es tonto, deja de someterse espontáneamente y de buena voluntad a Aquel de quien reconoce tener toda cosa? ¿Quién no amará con todo su corazón y

con toda su mente a un tan grande y rico benefactor, que concede el bien a manos llenas? ¿Quién no se inflamará cada vez más de amor hacia un Amante tan amable que, sin ningún mérito, sin que lo mueva otra cosa que la eterna bondad, amó a las criaturas incluso antes de haberlas creado? ¿Quién no soportará todas las penas por amor de Aquel de quien ha recibido y recibe todo bien y confía seguirlo recibiendo en el porvenir? ¿Quién se cansará por las fatigas y se afligirá en las enfermedades si quiere gustar a una semejante Majestad? ¿Quién, según sus propias fuerzas, no obedecerá con ánimo alegre sus mandamientos?



Todas estas cosas manan de aquel perfecto conocimiento con el cual se dice: “Conoce que tú eres la que no es y que yo soy el que soy”. O bien, con otras palabras: “Reconoce, hija a tu creador”.

Considera ahora, lector, qué fundamento ha puesto el Señor desde el principio y como las arras de su esposa. ¿No te parece suficiente para que se sostenga una construcción de cualquier perfección espiritual, hasta el punto de que ni los vientos ni las tempestades pueden derribarla ni moverla? Yo, en la medida en que me lo ha concedido el Señor, te he hablado ya del fundamento de la credibilidad; ahora ves claramente además qué fundamento puso el Supremo Arquitecto en el ánimo de Catalina. Afirmado, pues con este doble fundamento, no podrás quedarte en la incertidumbre. Permanece en una firme y constante fidelidad; no seas incrédulo, sino fiel.

A la excelente doctrina que hemos expuesto, el Señor añadió otra, digna de ser recogida y que, si no me equivoco, es consecuencia de la primera. En efecto, se le volvió a aparecer más tarde y le dijo: “Hija, piensa en mí; si lo haces, yo pensaré de inmediato en ti”. Recuerda, lector, las palabras que el salmista grita a todos los justos: “Arroja al seno del Señor tu ansiedad, y él te sostendrá; no dejará que el justo se tambalee por siempre”. Veamos ahora cómo la santa interpretaba estas palabras.

Discurriendo conmigo sobre ellas en secreto, me decía que el Señor le había mandado entonces que expulsase del corazón cualquier otro pensamiento y que conservase sólo el de Él. Para que ningún afán temporal o espiritual la apartase de la paz de este pensamiento, añadió: “Yo pensaré en ti”, como si le hubiera querido decir: no te preocupes, hija mía, por la salud del alma y del cuerpo, porque yo quiero pensar en ello; sé y puedo, y quiero proveer a ello con premura. Busca sólo pensar en mí y comprenderme, porque en esto consiste tu perfección y tu último fin.

La virgen del Señor concluía de esta doctrina que, a partir del momento en que nos hemos dado a Dios con el bautismo y luego con la vida sacerdotal o monástica, no debemos absolutamente ser solícitos con nosotros, sino que sólo debemos tener afán de pensar en cómo agradar al Señor, al cual nos hemos dado. Y esto no con vistas al premio, sino a la unión, porque cuanto más dados a Él permanezcamos, tanto más le gustamos. El premio no debe desearse sino en la medida en que nos une con nuestro Principio infinitamente perfecto.

Por esto, cuando yo o algún otro hermano temíamos un peligro, ella solía decir: “¿De qué os preocupáis? Dejad hacer a la Providencia divina; por más miedo que tengáis, ella siempre tiene los ojos puestos en vosotros y no deja nunca de procurar vuestra salvación”.

Tanta fe en su Esposo la concibió después de haberle oído decir: “Yo pensaré en ti”. Adquirió entonces un concepto tan alto de la Providencia divina que no hacía sino hablar de ella continuamente, hasta el punto de que en el Libro que escribió no

dejó de discurrir sobre ella en un largo tratado y durante muchos capítulos, como cualquiera que lo la puede cerciorase.

Recuerdo que una vez, estando muchos en el mar con Catalina, hacia la mitad de la noche cesó el viento favorable a nuestra navegación y el timonel comenzó a coger miedo, porque decía que nos encontramos en un lugar muy peligroso y que, si se levantaba viento de costado, por fuerza nos haría dirigir a lugares lejanos o recalcar en las islas. Oído esto, hablé con ella y, con miedo, le dije: "Madre (todos la llamábamos así), ¿no ves en qué peligro estamos?" y ella me respondió de inmediato: "¿y vosotros qué podéis hacer?". Y así me hizo callar y me quitó el miedo.

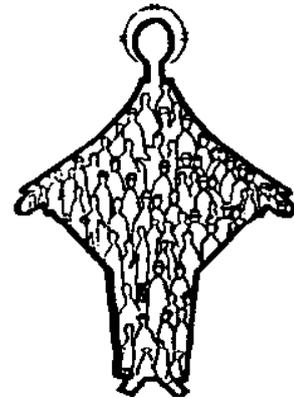
Poco después comenzó a soplar viento en contra y el timonel advirtió que se veía obligado a volver hacia atrás. Lo referí a la virgen y ella me respondió: "Vuelva atrás en nombre del Señor y vaya allí donde el Señor manda el viento". El timonel cambió de dirección y volvimos atrás, pero ella bajó y la cabeza y se puso a rezar. Cuando no habíamos recorrido aún un trecho largo como un tiro de ballesta, volvió a soplar el viento favorable y, guiados por el señor, cumplida la hora de maitines estábamos con gran alegría en el puerto al cual nos dirigíamos. Entonces cantamos en voz alta.: "Te Deum laudamos".

Esto lo he contado aquí no por el orden de la historia sino por la uniformidad de la materia.

Esta segunda doctrina, como he dicho antes, cualquier persona inteligente comprende que se deriva de la primera, porque si el alma conoce que por sí misma no es nada y que todo se lo debe al señor, resulta que no confía en sus operaciones, sino sólo en las de Dios. Por esto el alma dirige toda su solicitud a Él; lo que, a mi modo de ver, es tanto como dirigir el pensamiento al Señor, tal como dice el Salmista. Sin embargo, el alma no deja para más tarde hacer lo que puede, pues al derivarse tal confianza del amor y al causar necesariamente el amor al amante el deseo de la cosa amada (deseo que no puede existir si el alma no hace las obras que le son posibles) resulta que ella actúa por razón del amor. No por ello confía en su operación como cosa suya, sino como operación del Creador. Todo esto se lo enseña perfectamente el conocimiento de la nada que es y la perfección del mismo Creador.

Entre las cosas maravillosas de Catalina considero que hay que tener muy en cuenta su sabiduría; por ello no puedo dejar de añadir otras enseñanzas suyas que se derivan de la doctrina ya expuesta.

La santa virgen discurría a menudo conmigo sobre el estado en el que se encuentra un alma que ama a su Creador, y decía que esa alma no se ve ni se ama a sí misma ni a ningún otro; se olvida de sí misma y de cualquier otra criatura. Le pedí que fuese más explícita y me dijo: "El alma que ve su nulidad y conoce que todo su bien está en el Creador, se abandona a sí misma con todas sus facultades y todas las criaturas, y toda ella se sumerge en su Creador; de este modo dirige a Él principalmente y de manera total sus operaciones, y tampoco quiere de ningún modo alejarse de Él, en quien se da cuenta de que ha encontrado todo bien, toda perfección y toda felicidad. Por esta unión amorosa, que cada día aumenta, el alma se transforma en un cierto modo en Dios, hasta el punto que no puede pensar, entender y amar sino a Dios ni tener presente sino a Dios. A sí misma y a las demás criaturas no las ve sino a Dios, y no acuerda de sí misma y ni de los demás sino precisamente



en Dios. Le sucede como a aquel que se sumerge en el mar o que nada bajo el agua: no ve ni toca más que agua y aquello que está dentro del agua; y de aquello que está fuera del agua no ve, ni toca, ni palpa nada. Si los objetos que están fuera del agua se reflejan en ella, entonces los ve, pero sólo dentro del agua, tal como se proyectan en ella y no de otro modo. Ésta, decía, es la verdadera o recta dilección de sí mismo y de todas las criaturas, en la cual no se equivoca nunca porque, necesariamente gobernada por las reglas divinas, no desea para sí nada fuera de Dios, pues se ejercita en Dios y en Él permanece”.

No sé si he conseguido trasladar bien su pensamiento, pues ciertas cosas ellas las había aprendido por experiencia; pero yo, tan poco experto en la materia como soy, no tengo las cualidades necesarias para repetirlas bien. Medítalas, lector, o recíbelas según la gracia que Dios te haya dado. Pero sé que cuanto más unido estés a Dios, tanto mejor entenderás esta profunda doctrina.

A partir de una conclusión semejante, esa maestra de la ciencia divina deducía otra que no se cansaba de repetir a quienes deseaba dirigir en el camino de Dios.

Un alma unida a Dios en matrimonio del modo que hemos dicho, cuanto más amor tiene para con Dios, tanto más tanto odio tiene por sus propios sentidos. Del amor a Dios procede naturalmente el odio por la culpa que se comete contra Dios; por lo cual el alma, viendo que el germen de toda culpa reina en la parte sensitiva y que en ella echa sus raíces, impulsada por un gran odio contra esa parte sensitiva, hace toda clase de esfuerzos, no para destruir los sentidos, sino para aniquilar el germen que está arraigado en ellos; y ello no lo puede hacer sin un gran quebranto de los sentidos mismos. Pero puesto que es difícil que no quede alguna raíz de culpa, por pequeña que sea, según las palabras de San Juan: “Si dijéramos que no tenemos culpa, nos engañaríamos a nosotros mismos y no habría verdad en nosotros”, el alma comienza a tener un cierto disgusto por ella misma, del cual se origina el odio santo y el desprecio por sí misma, odio y desprecio que la defienden de las insidias del demonio y de los hombres. No hay nada que mantenga el alma tan segura y fuerte, como aquel santo odio al cual quería aludir el Apóstol al decir: “Cuando soy débil, entonces soy poderoso”.

“¡Oh eterna bondad de Dios!, exclamaba Catalina, ¿qué has hecho? De la culpa procede la virtud, de la debilidad la fuerza, de la ofensa la clemencia, del dolor el placer. Tened siempre en vosotros, hijos míos, ese odio santo, porque os hará humildes y siempre os sentiréis humildes. Tendréis paciencia en las adversidades, seréis moderados en la abundancia, os adornaréis con vestidos honestos, gratos y dilectos a Dios y a los hombres. Cuidado, mucho cuidado con quien no tenga ese odio santo porque, donde ese odio falta, reina necesariamente el amor propio, que es el pozo negro de todos los pecados, la raíz y la causa de todo pésimo afán”.

Estas palabras y otras semejantes decía cotidianamente a los suyos para recomendarles ese odio santo e incitarles a combatir el amor propio. Cuando advertía en alguno de ellos, o incluso en otros, algún defecto o culpa, decía: “Esto lo hace el amor propio que estimula la soberbia y los demás vicios”. Dios



**"Gustosamente me gloriaré
en mis enfermedades
a fin de que viva en mí
la fuerza de Cristo"**

mío, cuántas y cuántas veces he oído repetirme, a mí, mísero: “Haga todos los esfuerzos para erradicar de su corazón el amor propio y para implantarse ese odio santo; porque éste es infaliblemente el camino regio por el cual se llega a toda perfección y se enmienda todo defecto”. Pero debo confesar que ni entonces ni ahora he querido comprender la profundidad y la utilidad de sus palabras, ni tampoco he intentado ponerlas en práctica.

“El poder se realiza en la debilidad”, como ella oyó que le decían desde el cielo mientras rezaba para que le fuese alejada la tentación (y concluía: “Gustosamente me gloriaré en mis enfermedades, a fin de que viva en mí la fuerza de Cristo”), verás qué los fundamentos doctrinales de esta santa virgen están puestos encima de la sólida piedra de la Verdad, que es Cristo, el cual es llamado también Piedra.

Caridad con los pobres

Cuando la virgen se dio cuenta de que sería más agradecida al señor cuanto más caritativa fuese respecto del prójimo, con todas sus fuerzas se preparó y se capacitó para ayudar a los necesitados. Pero como no tenía nada suyo, como verdadera religiosa que había prometido observar los tres principales votos y para no aprovecharse de las cosas de los demás, fue a ver a su padre y le pidió permiso para dar limosna a los pobres, según la necesidad, cuanto el Señor les concediese a él y a su familia. El padre consintió gustoso, porque veía cada vez con mejores ojos a su hija andando por el camino del Señor. Y le dijo que sí, no a escondidas, sino que hizo de ello un mandato a todos los de su casa, diciendo: “Que nadie se oponga a mi muy querida hija cuando quiera hacer limosna, porque le doy manos libres para que distribuya hasta si quiere todo lo que tengo en mi casa”. Obtenido un permiso como aquel, la santa virgen comenzó a dar con largueza los bienes de su padre; pero como poseía de modo especial el don de la discreción, no daba a cualquiera que se le presentase; era de gran generosidad con aquellos que sabían que eran verdaderos necesitados, aunque no se lo hubiesen pedido.

Mientras tanto había llegado a sus oídos que no lejos de su casa había ciertas familias necesitadas que no llamaban a su puerta porque se avergonzaban de pedir limosna y que padecían una gran miseria. Ella no se hizo la sorda y muy de mañana, llevando trigo, vino, aceite y cuanto podía obtener, se presentó en aquella casa a llevarlo.

La peste en Siena La gran pacificadora



Santa Catalina de Siena



“Vino a Florencia en el mes de mayo del año MCCCLXXIV, cuando fue el Capítulo de los Hermanos Predicadores, por mandato del Maestro de la Orden, una vestida de beata de Santo Domingo que tiene por nombre Catalina de Jacobo de Siena, la cual es de veintisiete años de edad y se piensa que es una santa sierva de Dios; y con ella otras tres mujeres beatas de su hábito, que están para su custodia; y, oyendo la fama de ella, procuré verla y aceptar su amistad”.

Así relata el escritor anónimo de los *Milagros*, y las palabras citadas son las únicas que nos dice referentes a esta primera visita de Catalina a Florencia. Con todo, aun en su concisión, han dado lugar a una floración de leyendas, esto es al relato de un proceso (o, digamos también, examen, interrogatorio) realizado respecto de Catalina por los participantes en el Capítulo General de la Orden Dominicana en Santa María la Novella en Florencia, en la llamada “Capilla de los Españoles”. Recientemente un agudo y exhaustivo artículo del P. Centi ha demostrado la inanidad de tales construcciones.

De todos modos, queda en pie el hecho que Catalina se encontraba en Florencia en mayo de 1374, y que allí se encontraba casi con certeza Raimundo de Capua, en la circunstancia, si no del Capítulo general, al menos del provincial, celebrado a continuación. Y no se excluye que Catalina conociese ya a Raimundo desde hacía algún tiempo.

Catalina probablemente se estableció en casa de sus hermanos, que vivían en el Canto Soldani, en una calle que desembocaba en la plaza del Arno, y frecuentó la iglesia de Santa María Novella. Entre los familiares le resultó queridísima su sobrina Nanna, hija de su hermano Benincasa, y justamente a ella se dirige la carta “de las vírgenes prudentes” con aquel fascinante simbolismo adaptado a una niña:

“... ¿Sabes cómo se entiende esto, hija mía? Por la lámpara se entiende nuestro corazón; ya que debe de estar hecho como la lámpara. Tú ves bien que la lámpara es ancha por arriba y estrecha por abajo; así está hecho el corazón para significar que nosotros debemos tenerlo ancho por arriba, esto es por santos pensamientos y santas imaginaciones y por la oración continua; teniendo siempre en la memoria los beneficios de Dios, principalmente el beneficio de la sangre, por la cual hemos sido comprados”

Entre las amistades que hizo, la más eminente resultó la establecida con Nicolás Soderini, ciudadano honrado y noble de la Florencia de entonces, devoto siempre de Catalina. Ésta, bajo los primeros calores de junio, caminaba ya por la ruta que de Florencia conduce a Siena, seguida de la cuadrilla de las compañeras y de algunos discípulos, a través de los collados rocosos del Chianti y las colinas del Poggibonsi. Y cuando llegó a Siena, según el relato tradicional, tuvo una inspiración decisiva para su vida e historia. Un día de junio, probablemente el 24, fiesta de San Juan Bautista, entró en Santo Domingo y asistió a la misa celebrada por el P. Tomás della Fonte con asistencia de Bartolomé Domenici y de Raimundo de Capua (a quien ella, como hemos dicho, ya había encontrado en Florencia o anteriormente); y durante el rito, oyó una voz inequívoca en lo profundo de sí misma, que le sugería confiar su propia alma al P. Raimundo. Este vino desde entonces a ser su confesor, después de haber “tomado las consignas” del P. Tomás della Fonte, quien preparó relaciones escritas de los favores místicos disfrutados por Catalina y de las gracias a ella concedidas.

Raimundo de Capua, perteneciente a la familia noble delle Vigne, la misma del celeberrimo canciller de Federico II, había nacido en 1330 en Capua; había entrado jovencísimo en religión y había adquirido una notable cultura teológica y



humanista; había estado en Roma, Bolonia y Montepulciano de 1363 a 1366 ó 1367, y había escrito una vida de Santa Inés de Montepulciano y un comentario al *Magnificat*. Cuando asumió la dirección de la Santa tenía conocimiento de los pareceres discordantes de parte de los dominicos respecto a ella; mas apenas tuvo familiaridad con ella y conoció los detalles de su vida espiritual, se colocó entre los favorables. ¿Quién le habría dicho entonces que también él, como fray Tomás Caffarini, habría de escribir tanto de la virgen de Fontebranda hasta transmitir a la historia como biógrafo primero y principal sus maravillas?

Mas, después de la vuelta de Florencia, ¿en qué condiciones Catalina encontró a Siena y qué venganza pudo tomar de las malas lenguas que había intentado enredarla dentro de un zarzal ardiendo antes de su partida! Una venganza muy suya y esta vez a rostro descubierto, en pública actuación día y noche, sin reservas de ningún género, sin límites...: la revancha silenciosa, a ultranza, de la caridad prodigada a todos, con riesgo de su vida, en una medida constantemente heroica.

Porque en Siena arreciaba la peste, y Catalina se lanzó de cabeza entre los apestados, se zambulló en la muerte sin morir y asombró al pueblo en el que había nacido.

El primer empleo lo encontró en su propia casa, donde Lapa sobrevivía al frente de once nietecitos confiados a ella, de los cuales ocho entraron en agonía y murieron, sepultándolos Catalina con sus propias manos; pues no había que pedir ayuda para los muertos, visto que no la había para los vivos. Y por cada uno que enterraba, repetía divinamente: "A éste ya no lo pierdo para la eternidad".

Pero Lapa a su lado lloraba a lágrima viva, herida en aquella maternidad indómita, que, después de sus veinticinco hijos, revivía en los once nietos; y luego se unió la muerte de Bártolo, hermano de Catalina, quien se había repatriado volviendo con Catalina de Florencia, y luego también la muerte en Roma de Esteban, a quien Catalina vio morir por visión sobrenatural, de modo que exclamó: "Sabed, pobre madre, que vuestro hijo Esteban ha pasado a la otra vida". Por lo cual, Lapa rompía en lágrimas de la mañana a la noche y deploraba haber escapado a la muerte seis años antes: "Mas ¿acaso habrá Dios puesto en mi alma en el cuerpo atravesada para que no pueda salir? ¡Cuántos hijos e hijas, grandes y pequeños, se me han muerto...!"

Después Catalina se puso en movimiento de Fontebranda hacia la ciudad; pasaba la carreta colmada de cadáveres y el cochero llamaba de casa en casa: quien los tenía recientes, los cargaba, y el carro seguía corriendo. En algunas calles ninguna voz respondía ya a la llamada: las casas eran ya tumbas y los sepultureros no subían a retirar los muertos. Alguno de los que pasaban caía de improviso en tierra, extenuado súbitamente y además convulso, y el resto de la agonía la pasaba sobre el adoquinado, si los piadosos no lo recogían; entre estos auxiliares los sacerdotes eran los más asiduos, iban y venían, cayendo también ellos.

"Nunca – escribe Caffarini- había parecido Catalina tan admirable como entonces: siempre en medio de los heridos por la peste, les preparaba para morir, los enterraba con sus propias manos. Yo mismo presencié el celo hecho de amor con el que asistía y la maravillosa eficacia de sus palabras, que realizaron tantas conversiones. Muchos escaparon a la muerte en virtud de su extraordinario sacrificio, y, mientras era incasable en su obrar, invitaba a las compañeras a hacer otro tanto. En cuanto a sí misma, era insensible al temor y a las repugnancias: *había estado muerta y había vuelto a la vida*". Este golpe final de cincel completa su vigoroso retrato.

Frente al milagro fuerte y amable de su blanca figura dentro de todos los meandros de la muerte de los sienenses, también los suspicaces y agrios, creyeron en ella, es decir, aprendieron a conocerla. A pesar de que era ya tan conocida y seguida, los más en Siena no la habían tratado en persona; ahora, finalmente, la veían un poco todos, porque su actividad se esparcía por aquí y allá, de un hospital a otro, por las calles, por las casas; y era una caridad bien singular. No ya un simple acto de sacrificio a favor de los que sufrían, sino un arriesgar la vida, y hasta hacer de ello virtualmente un chorro para salvar las almas. La obra asistencial de Catalina mantuvo este carácter sobresaliente, siendo terapia del espíritu a través del consuelo en el tormento corporal.

Durante 1374 Catalina se trasladó dos veces a Montepulciano, y sus visitas estuvieron adornadas por hechos milagrosos, dentro de la atmósfera claustral que envolvía los despojos incorruptos de Santa Inés, como por un sorprendente encuentro póstumo de esta veneradísima santa con la virgen de Fontebranda.

Dos sobrinas de Catalina, hijas de Bartolo y de Lisa, una de las cuales se llamaba Eugenia, tomaron el hábito entre las religiosas de Montepulciano; Catalina las acompañó en la vestición y fue éste el segundo viaje a Montepulciano.

“Carísima hija en el dulce Cristo Jesús —escribió Catalina a esta Eugenia —, yo, Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesús, te escribo en su preciosa sangre, con el deseo de verte gustar el alimento angélico, puesto que no has sido hecha para otra cosa... A esto te invito a ti y a las otras: y te mando, dilectísima hija mía, que estés siempre en la casa del conocimiento de ti misma, donde encontramos el alimento angélico, encendido deseo de Dios hacia nosotros; y en la celda actual con la vigilancia y la humilde, fiel y continua oración; despojando tu corazón y afecto de ti y toda creatura, y vestida de Cristo crucificado... Piensa que tu esposo Cristo, dulce Jesús, no quiere nada entre ti y Él, y es muy celoso. Donde en seguida que viese que tú amases alguna cosa fuera de Él, Él se marcharía de ti; y serías digna de comer el alimento de las bestias. ¿Y no serías tú bien bestia, y alimento de bestias, si dejas al Creador por las creaturas, y el bien infinito por las cosas finitas y transitorias, que pasan como el viento? ¿La luz por las tinieblas? ¿La vida por la muerte? ¿Lo que te viste de sol de justicia con la hebilla de la obediencia?

Y aquí una secuencia de consejos prácticos:

“Y para que esto no pueda jamás ocurrir, mira que no sea tanta tu desgracia que aceptes trato particular ni de religioso ni de seglar. Que si yo pudiera saberlo u oírlo, si yo fuese aún más larga de lo que soy, te daría tan gran disciplina que todo el tiempo de tu vida la tendrías presente; fuera quien fuese. Mira que no des ni recibas sino por necesidad, recordando en común a toda persona de dentro y de fuera. Estate totalmente firme y madura en ti misma. Sirve a las hermanas caritativamente con toda diligencia, y especialmente a aquellas que ves en necesidad. Cuando pasan los huéspedes, y si te llamaren a las rejas, estate en tu paz y no vayas allá; mas lo que quisieren decirte, se lo digan a la priora; a no ser que la priora te lo mandase por obediencia. Entonces inclina la cabeza y estate selvática como un erizo. Ten en la mente los modos que aquella gloriosa virgen Santa Inés hacía guardar a sus hijas. Ve para la confesión, y di tu necesidad; y, recibida la penitencia, huye. Mira ya que no fuesen de aquellos con quien tú te has educado, y no te maravilles de que diga así; ya que muchas veces me puedes haber oído decir, y así es la verdad, que las conversaciones con el vocabulario perverso de los devotos y de las devotas echan a perder las almas y las costumbres y observancias de las religiosas.

Procura que no enlaces tu corazón con otro que con Cristo crucificado; ya que a veces querrías desatarlo, y no podrías pues te sería muy duro. Digo que el alma que ha gustado



el alimento angélico, ha visto con la luz que esto y otras cosas susodichas le son un modo de impedimento para su alimento, y por ello lo rehuye con grandísima solicitud. Y digo que ama y busca aquello que le hace crecer y la conserva. Y ya que ha visto que gusta mejor este alimento con el medio de la oración hecha en el conocimiento de sí, con todo eso, allí se ejercita continuamente en todos aquellos modos con que más pueda acercarse a Dios.

De tres suertes es la oración. La una es continua, esto es, el deseo santo continuo, el cual ora en la presencia de Dios en lo que haces; porque este deseo endereza a su honor todas las obras espirituales y corporales; y, con todo, se llama continua. De ésta parece que hablase el glorioso San Pablo cuando dijo: *Ora sin intermisión*. El otro modo es oración vocal, cuando vocalmente se dice el oficio u otras oraciones. Esta está ordenada para llegar a la tercera, esto es, a la mental; y así allí lleva al alma cuando con prudencia y humildad ejercita la oración vocal, esto es, que hablando con la lengua, su corazón no esté lejos de Dios. Mas débese ingeniar para detener y establecer su corazón en el afecto de la divina caridad”.

“Ama aquello que hace crecer y conserva el alma”

En tanto salía a plena luz un lado de la misión de Catalina, que era sembrar paz donde hubiese discordia: llevar no ya un acuerdo, sino la paz profunda de Cristo. Si había algo necesario en la revuelta sociedad de su tiempo, era esto, puesto que odios y reyertas constituían el pan cotidiano de aquellos grupos soberbios, nobles agnaticios, transformados en consorcios de armas y de matanzas. “El odio en el Medioevo – escribe Capecelatro- tenía una tenacidad y un vigor ignorado en nuestros días. La exuberancia de la vida en aquel tiempo en que los hombres parecían llenos de sangre juvenil, y que, dirigida por las prácticas del cristianismo, producía prodigios de caridad, se distinguía igualmente en aquellos odios morales que resistían aun a los instintos de la fe, entonces tan potente **“Ora en la presencia de Dios en lo que haces”** en la sociedad las costumbres paganas y bárbaras de sus antecesores

no habían sido destruidas del todo para quienes los últimos momentos de la vida, tan solemnes si eran bendecidos y santificados por los consuelos de la religión, eran elegidos para asegurarse que la sed de la venganza en el pecador moribundo habría de durar también más allá de la tumba. Juramentos horribles aseguraban pactos tan inicuos, y el Omnipotente, el Dios de la gracia y del perdón, era invocado como testigo de la actuación sanguinaria de sus hijos, que se creían obligados a satisfacer una obligación infame cual herencia de sus padres”.

Lo que realmente da vértigo, pensando en los odiadores implacables y en sus usanzas o casi, es el hecho que los tales viviesen en piedad sincera y practicasen oraciones públicas y personales y que en ellos el borbotón de la fe y de la piedad se detuviese frente al gran escollo de la venganza o les pasase en torno sin superarlo. En medio de una tal sociedad Catalina debía llevar el mandato

**La misión de Catalina:
sembrar la paz donde hubiese discordia,
la paz profunda de Cristo**

divino de la paz.

Entre los primeros nombres que se nos ofrecen cronológicamente, he ahí los Belforti, nobles antiguos de Volterra, antes poderosos. Una tragedia ruidosa habría de arrollar después de no mucho tiempo toda la rama frondosa de la estirpe: en 1411 Bocchino sería asesinado junto con muchos de sus partidarios, y se cerraría de este modo una historia que venía de generaciones, esto es, el predominio de la familia en Volterra, historia densa de gestas valerosas y no exenta de atropellos. El hermano de Bocchino, Piero, se casó con Agnela Salimbeni y se estableció en Siena. En tiempo de Catalina los Belforti contaban muy bien con diecinueve guerreros, todos audaces, sensibles a las ofensas y fáciles al desdén contra quien osase atentar contra su grandeza. Entre tanto, la familia de Bocchino sufría graves duelos en los hijos más pequeños, y su mujer, Monna Benedicta, lloraba amargamente. A ésta le escribe Catalina para aliviarla:

“Consolaos, pues, puesto que Dios no lo ha hecho para daros muerte, sino para daros vida, y para conservaros la salud. Empero, yo os ruego por amor de aquella dulcísima y abundantísima sangre, que fue derramada por nuestra redención, a fin de que la voluntad de Dios sea plena en vos, y a fin de que todas estas amarguras redunden en vuestra santificación: sí, como quiere la voluntad de Dios, vos a la verdad os vestís de la virtud de la paciencia, como está dicho”.

Y la santa continuaba laborando al vivo sobre el desprendimiento:

“Yo no quiero que penséis en el hijo vuestro que os ha quedado, como en cosa vuestra, puesto que no es vuestra (también seríamos ladrones); sino como cosa prestada para usarle en vuestra necesidad... ¡Oh inestimable dilección de la caridad!... Y si me dijeseis yo “no puedo concertar esta sensualidad”, digo que quiero que venza la razón. Y asume tres cosas: la una es la brevedad del tiempo; y la otra la voluntad de Dios, que los ha llevado a Sí... La tercera cosa es el daño que seguiría de la impaciencia. Consolaos, pues, ya que el tiempo es breve, y la pena es poca y el fruto es grande... Permaneced en la santa y dulce dilección de Dios. Jesús dulce, Jesús amor”.

Pero aún tomaba más a pecho Catalina enseñar la paz a los miembros jóvenes de la familia que, por lo que se refiere a la paz, la practicaban poco: a Benuccio, hijo de Piero y de Monna Angela, y a Bernardo de Micer Huberto, a quienes se dirige en una carta magnífica, hablando de la caridad:



“La virtud de la caridad y de la humildad se encuentran y se adquieren sólo manado al prójimo por Dios”; ya que el hombre humilde y pacífico expulsa de su corazón la ira y el odio hacia el enemigo, y la caridad expulsará el amor propio de sí mismo, y ensanchará el corazón con una caridad fraterna, amando amigos y enemigos como a sí mismo por el desangrado y aniquilado Cordero; y le dará paciencia contra toda injuria que le fuese dicha o hecha, y una fortaleza dulce para llevar y soportar los defectos de su prójimo. Entonces el alma, que tan dulcemente ha adquirido la virtud, habiendo seguido las huellas de su Salvador, endereza todo el odio que tenía a su prójimo, hacia sí misma, odiando los vicios y los defectos y los pecados que ha cometido contra su Creador, bondad infinita. Y por eso quiere tomar venganza de sí, y castigarlos en su parte sensitiva; esto es, puesto que la sensualidad es un vivir mundano y apetece odio y venganza de su prójimo, así la razón ordenada en caridad perfecta y verdadera, quiere hacer lo contrario, queriendo amar y hacer las paces con él. Y así todos los vicios tienen por contraria la virtud. Y ésta es la virtud que hace apaciguar el alma con Dios; de modo que con la virtud toma venganza de la injuria que se le hace.

Y por eso os dije que deseaba ver vuestro corazón y afecto pacificado con vuestro Creador. Este es el verdadero camino: no hay ningún otro. Yo, pues, hijos míos, deseando vuestra salvación, quisiera que con el cuchillo del odio fuese quitado el odio de vosotros, y no hicieseis como los necios y locos, que, golpeando a los otros, se golpean a sí; ya que la tienen clavada en el corazón la punta del odio, y su corazón ha muerto a la gracia. No más guerra, pues, por amor de Cristo crucificado. Y no pretendáis tener en el tormento el alma y el cuerpo. Tened temor del juicio divino, que está siempre sobre vosotros.

No quiero decir más sobre esto; las otras cosas **“La virtud de la caridad y de la humildad se encuentran y se adquieren sólo amando al prójimo por Dios”** que tocan a vuestra salvación, os la diré de boca. Mas ahora os ruego y os apremio de parte de Cristo crucificado acerca de dos cosas: la una es que yo quiero que hagáis las paces con Dios y con vuestros enemigos; porque en otro caso no las podríais hacer con la dulce Verdad, si antes no las hicieseis con vuestro prójimo. la otra es que no os sea molestia venir un poco hasta mí lo más pronto que podáis. Si no me fuere a mí tan dificultoso ir, yo iría a vosotros. No digo más. Permaneced en la santa y dulce dilección de Dios. Jesús dulce, Jesús amor”.

Misión divina de catalina

El Esposo que está en los cielos, hablando en el Cántico a su querida y dilecta esposa, le dice: “Ábreme, hermana mía, amiga mía, enamorada mía; mi cabeza está cubierta de rocío y mis cabellos están llenos de la escarcha de la noche”. La esposa responde: “Ya me he quitado la túnica, ¿cómo lo haré para volver a vestirme? Ya me he lavado los pies, ¿cómo volveré a ensuciármelos?”

Comienzo la segunda parte de la historia de Catalina refiriendo las palabras del cantar de los Cantares porque, si hasta ahora hemos discurrido sobre los abrazos de Jacob y de Raquel y sobre la óptima parte elegida por María, ha llegado el tiempo de hablar exhaustivamente de la fecundidad de Lía y del asiduo ministerio de Marta. Así haremos resaltar ante los ojos de los fieles a esa esposa de Cristo, no sólo en las apariencias de su alma, sino también en la fecundidad de una filiación espiritual.

A cualquier alma que haya gustado cuán atrayente es el Señor se le hace muy difícil apartarse o alejarse de la plenitud de sus actividades. Si esto hubiera de ocurrir, la esposa llamada por Dios a generar hijos y a llevarles lo necesario no podría dejar de resentirse, refunfuñar un poco y manifestar su resentimiento.



Estas son las razones por las cuales he referido más arriba la voz del Esposo, que despierta a la esposa que duerme en el lecho de la contemplación, despojada de las cosas temporales y lavada de toda inmundicia y la invita a abrir la puerta, la cual no es ciertamente la suya, sino la de las almas. Su puerta, sin duda, estaba ya abierta; de otro modo no hubiera podido reposar en el Señor ni, en términos rigurosos, se hubiera podido llamar esposa.

Catalina, que había oído de la voz misma de su Pastor y Esposo que era llamada desde la suavidad de la quietud hacia las fatigas, desde el silencio hacia los ruidos, desde el retiro en la celda hacia el público, respondió con voz lamentosa: “Ya me he despojado de los vestidos de todo cuidado terrenal: ahora que los he arrojado fuera de mí, ¿deberé volvérmelos a poner? He lavado de toda mancha de pecado y de vicio los pies de mis afecciones, ¿deberé ahora ensuciármelos de nuevo con el polvo de la tierra?”

Cuanto hemos dicho, apliquémoslo ahora a nuestra finalidad.

Cuando el Salvador de los hombres, el Señor Dios Jesucristo, hubo colmado de delicias a su esposa, cuando la hubo adiestrado en la milicia espiritual con muchos combates y la hubo dotado de excelentes dones con la enseñanza de una doctrina extraordinaria, no queriendo que una tan gran luz quedase escondida bajo el celemín sino, al contrario, queriendo mostrar a todos la ciudad que estaba en lo alto del monte, para que la esposa misma restituyera con creces los talentos que le habían sido confiados por el Señor, la llamó y le dijo: “Ábreme”.

“¡Ábreme!”

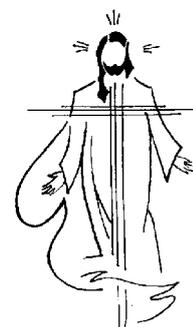
Esto quiere decir: ábreme con tu ministerio la puerta de las almas, para que pueda entrar en ellas; ábreme el camino por el cual puedan ir y venir libremente mis ovejillas a pacer la hierba; ábreme también a mí, esto es, a mi honor, cofre del tesoro celestial, de las doctrinas de la gracia, para que se reparta a plenas manos entre los fieles. Ábreme, hermana mía, por la conformidad de la naturaleza; amiga mía, por la íntima caridad; paloma mía, por la simplicidad de la mente; inmaculada mía, por la pureza del alma y del cuerpo.

A todas estas cosas la santa virgen respondió al pie de la letra.

Me contaba en secreto que cuando por orden del Señor estaba obligada a salir de la celda para hablar con el prójimo, sentía en el corazón un dolor tan agudo que le parecía que se le iba a despedazar y que nadie podía obligarla a hacer aquello como no fuera el Señor.

Celebrados ya los esponsales, el Señor, poco a poco, con calma y mesura, la llevó al trato con los hombres, sin por ello quitarle la conversación con Dios; más todavía, por lo que se refiere al grado de la perfección, más bien se lo aumentó, como veremos seguidamente.

Alguna vez, durante las visitas que le hacía para instruirla sobre el reino de Dios y para hacerla participe de los secretos divinos, después de haber recitado con ella los Salmos o las horas canónicas, le decía: “ve: es la hora de comer y los tuyos quieren ponerse a la mes. ¡Ve! Está con ellos y luego vuelve conmigo”. Entonces ella se ponía a llorar fuertemente y decía: “¿Por qué, dulcísimo Esposo, me haces marchar? ¡Pobre de mí! Si he ofendido a tu Majestad, aquí está este cuerpecillo: que sea castigado a tus pies. Yo misma estaré contenta de hacerlo. No permitas que me aflija la dura pena de estar de algún modo o durante algún tiempo separada de ti, Esposo mío amadísimo. ¿Qué me importa comer? Tengo que tomar un alimento que no conocen aquellos con los que me haces ir. ¿Vive acaso el hombre tan sólo de pan? ¿No es acaso vivificada el alma de todo caminante por la palabra que sale de tu boca? Como lo sabes mejor que yo, he huido de toda conversación para encontrarme contigo, Dios y Señor mío; ahora, cuando por tu misericordia te he encontrado y cuando por benignidad tuya, aun siendo indignísima, te poseo con placer, no debo en absoluto dejar un tesoro incomparable para mezclarme de nuevo en los asuntos humanos, de tal modo que vuelvan a crecer mis ignorancias y, deslizándome poco a poco, me haga réproba ante ti. ¡Oh, no Señor! Mantén lejos de la inmensa perfección de tu bondad, tanto si me ordenas a mí como a otros, el haber de estar de ningún modo separados de esta misma bondad”.



Tras estas y semejantes palabras, que la virgen había dicho más con las lágrimas que con la voz, postrada a los pies del Señor, Él le respondió: “Tranquilízate, dulcísima hija: es preciso que cumplas con tus deberes para que así puedas favorecerte, por mi gracia, a ti misma y a los demás. No pretendo separarte de mí; más aún, deseo estrecharte más fuerte mediante la caridad del prójimo. Ya sabes que los preceptos del amor son dos: el amor hacia mí y el amor al prójimo; en esto, tal como he dado testimonio, consiste la Ley y los Profetas. Quiero que cumplas estos dos mandamientos. Debes en efecto caminar, no con uno sino con dos pies, y con dos alas volar al cielo”.

“Recuerda que el celo por las almas, que desde tu infancia he sembrado y he regado en tu corazón, creció tanto que te habías propuesto fingirte hombre y dirigirte a países lejanos para entrar en la Orden de Predicadores y ser así más útil para ti y para las almas. Aquel hábito que buscaste con tanta constancia por el gran amor que tenías por mi fiel siervo Domingo, quien fundó su Orden principalmente por el celo por las almas, ahora ya lo tienes. ¿De qué te maravillas y te lamentas, si te llevo a hacer aquello que en la infancia deseaste?” Y ella, algo consolada por la respuesta, como un día lo hizo la Virgen María, repitió: “¿Y esto cómo sucederá?” Y el Señor dijo: “Según disponga mi bondad”. Y Catalina, como una buena discípula imitadora del Maestro, respondió: “No se haga, Señor, mi voluntad, sino la tuya en todas las cosas, porque yo soy tiniebla y tú luz; yo no soy y tú, en cambio, ere Él que es; yo soy ignorantísima y tú eres la Sabiduría de Dios Padre. Pero te lo ruego, Señor, si no es demasiada presunción: ¿cómo sucederá lo que ahora has dicho, que yo, pobrecilla y frágil, pueda ser útil a las almas? Mi sexo, lo



**"No se haga, Señor, mi voluntad,
sino la tuya en todas las cosas,
porque yo soy tiniebla y tu eres luz"**

sabes, os repugna por muchos aspectos: bien porque no es tenido en consideración por los hombres, bien porque, por razones de honestidad, no está bien que una mujer esté en medio de ellos”.

A estas palabras, el Señor respondió como un día lo hizo el arcángel Gabriel, que nada es imposible para Dios. Él dijo: “¿No soy acaso Aquel que creó el género humano y lo dividió en varón y hembra? Yo difundo donde quiero la gracia de mi espíritu. Ante mí no hay varón ni hembra, ni rico ni pobre, sino que todos son iguales porque toda cosa la puedo yo igualmente. Me es tan fácil crear un ángel como una hormiga, como los cielos, como crear un gusano cualquiera. Está escrito de mí que he hecho todo lo que he querido hacer, porque nada me es imposible”.

“¿Tendrás todavía dudas? ¿Crees tú, acaso, que no sé o que no sea bueno hallar el modo de cumplir lo que he dispuesto y determinado hacer? Pero conozco que no hablas por falta de fe, sino por humildad. Debes saber por tanto que en estos últimos tiempos ha aumentado tanto la soberbia, especialmente entre los hombres que se creen letrados o sabios, que mi justicia no los puede soportar más in que un justo castigo los confunda. Pero puesto que mi misericordia aparece en toda obra mía, primero les daré una saludable lección para ver si, reconociéndose a sí mismos, se humillan; tal como lo hice con los judíos y los gentiles, cuando mandé entre ellos a unos idiotas que llené de virtud y de sabiduría divina. Si entonces se reconocen a sí mismos y se humillan, usaré plena misericordia con ellos. Seré misericordioso con aquellos que, según la gracia recibida, acojan y sigan con reverencia mi doctrina, presentada en vasos frágiles pero elegidos. A quienes no quieran oír la saludable lección, con mi justo juicio los reduciré a una tal confusión que serán objeto de desprecio y de burla por parte de todo el mundo. Es muy justo, en efecto, que quien se quiera alzar por encima de sí mismo sea rebajado. Por ello, obedece con valor cuando te mande luego entre la gente. Te halles donde te halles, no te abandonaré ni dejaré de visitarte como acostumbro, ni de dirigirte en todo lo que debas hacer. “

“Nada me es imposible”

Oído esto, la santa virgen se inclinó con reverencia ante el Señor y, como una verdadera hija de la obediencia, dejó inmediatamente la celda y se fue a la mesa con los suyos, cumpliendo el mandato del Señor.

A partir de entonces comenzó a surgir dentro de ella el deseo, que luego se hizo incontenible, de recibir a menudo la santa Comunión, a fin de que no sólo el espíritu estuviese unido con el Esposo eterno, sino que también el cuerpo lo estuviese con su Cuerpo. Ella sabía, en efecto, que aunque el venerable Sacramento del Cuerpo del Señor produzca en el alma la gracia espiritual y la una a su Salvador, unión que es el fin por el cual hasta sido instituido el Sacramento mismo, sin embargo, quien se alimenta de Él verdaderamente, de inmediato se une con Cuerpo de Él, aunque no se trate de una unión del todo corpórea. Por ello, queriendo unirse siempre más con el objeto tan noble de su amor, estableció tomar cuanto más a menudo pudiera la Comunión.

Así pues, el Señor la estimulaba y la guiaba diariamente para que tratase con simplicidad a los hombres, par que obtuviese de ellos por fin aquel fruto que quería conseguir de nosotros. Así sucedió que la virgen del Señor, par no parecer ociosa a los ojos de los suyos, comenzó de nuevo a ocuparse alguna vez de las cosas de la casa; entonces ocurrieron tantos hechos extraordinarios y tan dignos de ser notados, que prefiero contarlos en un nuevo capítulo.



Lo que he escrito en el presente capítulo no podía testimoniárselo más que la santa virgen, pues son cosas que me dijo ella sola.



Inicio de la vida pública de Catalina

Cuando la virgen consagrada a Dios comprendió bien que la voluntad del Esposo era que algunas veces ella se acercase a las personas, decidió vivir de tal modo que su conversación no resultase infructuosa sino que, al contrario, fuese ejemplo de buen vivir para quien hablase con ella. Así, para la edificación del prójimo, insistió primero en los actos de humildad y luego, poco a poco, en los actos de caridad, pero sin olvidar la devota y continua plegaria, unida siempre a una incomparable penitencia.

Comenzó a hacerse toda ella humilde ante los siervos más bajos: barría, lavaba los platos y hacía de todo: ¡había que ver aquella criada eficaz! Pero el mayor afán lo tenía cuando la criada de la casa estaba enferma. Redoblaba entonces las fatigas cotidianas, cuidaba a la enferma y servía en su casa en su lugar. Era admirable. Atareada como estaba, no abandonaba ni un momento las delicias de su eterno Esposo y parecía tan naturalmente inclinada, en cada hora y en todo tiempo, a unirse en la mente con Él que, cualquiera que fuese el trabajo que estuviese haciendo o la ocupación que tuviese, de ningún modo se alejaba de sus castos abrazos. Así como la llama no puede sino tender a lo alto, así su espíritu, incendiado por el fuego del divino amor, casi por naturaleza, se erguía hacia las cosas que están en lo alto, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios.

Con mucha frecuencia sufría aquel arrobamiento que se llama éxtasis. Mil veces lo hemos visto, mis hermanos y yo, que plenamente sola, iba a casa de aquellos pobrecitos; por un milagro del Señor siempre encontraba el portón abierto y podía así depositar en el interior cuanto había traído consigo; luego volvía a cerrar el portón y huía de allí.

Decidió ser ejemplo de buen vivir para quien hablase con ella.

Un día cayó enferma, hasta el punto de que toda ella era un hinchazón. No podía levantarse de la cama ni ponerse de pie. Cuando supo que cerca de su casa vivía una pobre viuda con hijos e hijas que padecían hambre, sintió compasión; a la noche siguiente rezó a su Esposo para que le concediese salud suficiente para tener tiempo de ayudar a la pobrecilla.

Antes del alba se levantó y, dando vueltas por la casa, llenó de trigo un saquito que pudo hallar; también cogió un gran frasco y lo llenó de vino, y otro frasquito más pequeño de aceite; cuantas cosas buenas para comer halló, las llevó a su habitación. Aunque de una en una había podido llevar todas aquellas cosas a su habitación, no parecía posible que las pudiese transportar por sí misma de una sola vez, dada la distancia, hasta la casa de la viuda; de todas maneras, acomodándolas y adaptándolas a su cuerpo, esto es, cogiendo una cosa con el brazo derecho, otra con el izquierdo, cargándose una tercera a los hombros y atándose otra a la cintura, con la esperanza de la ayuda divina, intentaba levantar aquel peso. Súbitamente, con la ayuda milagrosa del Señor, se levantó tan ágil como si todas aquellas cosas hubiesen perdido su peso. Me confesó a mí y a sus otros confesores



que llevaba todo aquel peso con la misma facilidad con la que hubiera llevado una hebra de paja, cuando, echando cuentas, todo lo que llevaba encima debía pesar casi cien libras.

Al tocar la campana del alba (antes de aquel toque no estaba permitido andar por las calles), la santa virgen, aunque era joven y tenía hinchado todo el cuerpo, sola y con su piadosa carga, salió de su casa hacia la de la viuda, muy aprisa, como si estuviese en perfecta salud y no llevase ningún peso.

A medida que se acercaba a la habitación de la pobrecita, la carga comenzó a hacerse sentir tan pesadamente que se le hacía imposible seguir adelante. Considerándolo una broma de su dulcísimo Esposo, recurrió con fe al Señor y, para merecer más, arrastrándose con dificultades, llegó hasta la puerta de la casa de aquella necesitada; por disposición divina halló entornada la puerta, metió un brazo dentro, la abrió más y lo depositó todo en el interior. Pero al dejar aquellas cosas así aumentadas de peso, hizo algún ruido que despertó a la pobre. Catalina intentó entonces salir huyendo pero no pudo hacerlo porque el Esposo celeste continuaba la chanza con ella. La fuerza que había recibido por sus oraciones y que le había permitido levantarse de la cama, ahora le había sido quitada y ella permanecía allí, pesada y débil, sin poder moverse.

Entonces, dolorida y a la vez sonriente, dijo al Esposo: “¿Por qué, dulcísimo, me has engañado así? ¿Te parece bonito escarnecerme y turbarme teniéndome aquí? ¿Quieres acaso poner de manifiesto mis tonterías a cuantos están en esta casa y, dentro de poco, a cuantos pasen por la calle? ¿Has olvidado acaso las misericordias que te has dignado demostrar a tu indignísima sierva? Te lo ruego, devuélveme las fuerzas para que pueda volver a casa”. Y se esforzaba por moverse, diciendo también a su cuerpo: “¡Debes caminar, aunque hayas de morir!”.

Mientras tanto, más que caminando andando a cuatro patas, se alejó un poco, pero no lo suficiente, de modo que la pobre viuda al aparecer pudo reconocer el hábito de su benefactora, con lo cual adivinó luego la persona. El Esposo celestial, viendo el afán interno de su esposa y sin poder en cierto modo soportarlo, le restituyó, aunque no toda, la fuerza que le había quitado antes. Con gran fatiga llegó la virgen a casa antes de que fuese plenamente de día y se metió en la cama muy debilitada, porque sus enfermedades no estaban reguladas según el orden natural sino según lo que el Altísimo permitía.

Catalina: obra maestra de la gracia



A las puertas del Tercer Milenio, parece que existe en el seno de la Iglesia y de sus comunidades una justificada prisa por ganar terreno en la definición de grandes temas que ayuden a todos los cristianos, hombre y mujeres, a vivir con protagonismo su vocación, siendo artífices, cada uno desde sus capacidades y misión específica, del anuncio del Reino de Dios y su justicia.

Esa urgencia por tener las cosas claras y por ofrecer a todos los hombres el mensaje de Jesucristo con fidelidad, no admite, principalmente por parte de las nuevas generaciones, respuestas estereotipadas, y mucho menos fórmulas antiguas que no dan respuesta a los verdaderos interrogantes e inquietudes de los hombres de nuestro tiempo. Hoy nadie se conforma con el “sí porque sí”, ni con excusas tan gastadas como “siempre se hizo así y basta”. Estamos en un momento de autenticidad y compromiso, y se necesita, tal vez, más que nunca, modelos concretos que encarnando el estilo de Jesucristo plasmado en la Bienaventuranzas del Reino, sean capaces de cuestionar la vida, seducir corazones y enrollar en el mensaje de la gracia a los que, buscando la verdad, reclaman **vida y coherencia** como una referencia para lanzarse radicalmente a su consecución, vivencia y anuncio.

Entre estos grandes temas y desafíos figuran, sin duda, la renovación de la Iglesia y de algunas de sus tradicionales posturas, y van desde el papel de la mujer en ella, el compromiso por la justicia y la paz, la doble fidelidad en la que se mueve la vida del cristiano: a Dios y a los signos de los tiempos, etc.

Es válido y enriquecedor volver nuestra mirada a Catalina de Siena: una mujer que “hizo época”, que vivió con audacia estos cambios y su vocación, y que supo plasmar como mujer íntegra las exigencias del Evangelio, dejándose seducir por Jesucristo y viviendo apasionadamente los acontecimientos que la rodeaban, al tiempo que se comprometía en la transformación de la Iglesia y de la sociedad.

Difícilmente encontraremos alguien, a lo largo de la historia, que haya sido tan dura y clara para con los que en su tiempo presidían la Iglesia; difícilmente haya habido alguien que con tanta clarividencia haya podido escrutar el entramado de la “nave de Pedro” y de la sociedad y alzar su voz reclamando coherencia, denunciando el pecado personal e institucional y anunciando la urgencia de un retorno a Jesucristo Redentor de la humanidad. Pero no olvidemos que, todo eso pudo ser, porque estaba animado por **una apasionado amor a Jesucristo y a su Cuerpo, que es la Iglesia**. Descuidar este aspecto fundamental, nos llevaría a mutilar a Catalina de Siena, que es precisamente la mujer que ha pasado a la historia por su **Amor a la Iglesia** por la que ofreció su vida.



Por eso, es ella quien mejor puede darnos la clave de lectura y de acción a la hora de emprender la tarea de la “Nueva Evangelización” con la que queremos dar credibilidad a la Iglesia, devolver a su mensaje el contenido fundamental del Evangelio y mostrar a todos los hombres su rostro misericordioso y maternal.

Pablo VI sentenciaba con voz grave: “**Bienaventurados estos tiempos difíciles que nos obligan a la santidad**”. Obligación que excluye la mediocridad y que es la piedra de toque para vivir

con ilusión y entusiasmo renovado y creativo los desafíos de nuestra sociedad postmoderna. Obligación que asumió Catalina de Siena a la que no achicó ni la corrupción de los que mandaban; ni los enfrentamientos políticos; ni las difamaciones; ni las diversas tentaciones que a menudo la acechaban. Ella, una mujer que no tuvo respetos humanos cuando descubrió las exigencias de la gracia, nos estimula y empuja para ser animadores de la auténtica renovación de la Iglesia y de sus estructuras; de nuestra sociedad. Renovación que verifica su autenticidad en una profunda vivencia de la intimidad con Jesucristo; en un sereno discernimiento de los acontecimientos a los que supo ver bajo la luz de Dios, y en su compromiso insobornable con los hombres, sus hermanos.

Ahora bien, “**la mística**” de su vida, el secreto de su fecunda maternidad espiritual, la capacidad irresistible a atraer a Dios los corazones más endurecidos, radica en lo que ella llamó “**la celda interior del conocimiento de sí**” que constituía el espacio en el cual aprendió a tratar con Dios y que le reveló Su verdad y Su designio salvador.

La suya: una vida vivida a tope.

Su doctrina: reflejo de su vida interior.

Su desafío: vivir apasionados por Jesucristo y construir nuestra vida viviendo a Dios – amor.

Es tarea imposible resumir en pocas páginas la vida, obra y mensaje de esta “mujer titánica”, “**obra maestra de la gracia**”, como la definió Juan Pablo II. Por eso, nuestro intento será dar unas pinceladas de su vida y de su manera particular de entender y encarnar la vocación a la vida cristiana, de modo que ellas nos introduzcan en la lectura directa de sus mismas obras y de las biografías de los testigos de primera hora.

Me permito la libertad de recomendar a los lectores la audacia de acercarse a Catalina sin prejuicios, buscando el secreto de su vida e intimidad con Dios, para que ella pueda transmitirnos la fascinación del seguimiento de Jesucristo y la fuerza de Su gracia que pudo hacer de ella, una sencilla e iletrada mujer del pueblo: una gran maestra de la espiritualidad; una madre capaz de engendrar a Dios en los corazones y transmitirles su misericordia incondicional; una incansable promotora de la paz y la justicia; una dominica de cuerpo entero.

Una mujer ¡cómo Dios manda!

Catalina es el claro exponente de que la mujer no es inferior al varón, y aquello del “sexo débil” no es más que uno de los tantos errores que cometió el afán de marginar a la mujer a lo largo de la historia, con muchas connotaciones machistas. Ella supo ponerse a la altura de las circunstancias y pudo desempeñar al más alto nivel los más altos niveles de amistad, de influjo social, nacional, eclesial, familiar, etc., y todo esto lo hizo sin renunciar a la maternidad de la que ahora se piensa que “entorpece la realización social de la mujer en cuanto a cargos de gestión”. El amplísimo campo de acción que abarcó su vida y el protagonismo que tuvo en los acontecimientos, son ilustrativos de lo mucho que puede hacer la mujer en la sociedad y en la Iglesia, sin que su misión se reduzca a temas puntuales que impiden avanzar en el despliegue de sus potencialidades al servicio de la humanidad y del Reino.

Catalina fue la Mamma del mundo. Los condenados a muerte, los cardenales, los intelectuales, “los obres diablos”, el Papa, supieron lo que era un corazón femenino que daba **VIDA** con mayúscula.



La pasión por Cristo, el gran amor de la historia, hizo que le entendiera hasta el punto de EXIGIRLE lo que le pedía. Porque, era tal su identificación con Él, que Catalina no quería más que lo que Jesús quería.

“Yo quiero”. ¿La razón? Porque Dios lo quiere. Porque esta es su voluntad. El secreto del *io voglio*, del voluntarismo de Santa Catalina, nos dice Morta, está aquí: está apasionadamente identificada con la voluntad de Dios. Sólo puede querer lo que Él quiere, pero no puede dejar de querer lo que Dios quiere en sí misma, o en los demás miembros del Cuerpo Místico de la Iglesia... En última instancia hay que reconocer en este rasgo de su personalidad una manifestación más allá –más allá de toda medida corriente- de su naturaleza, **“que es fuego, porque Dios la ha hecho partícipe de su naturaleza”**. Una expresión cuya fuerza guarda proporción sólo con el amor que le arde dentro, no con las normas corrientes del trato humano.

Supo ser mujer, esposa y madre en su oración a Cristo y le pidió con imperio todo aquello que le rogaba porque le quería y quería a los hijos que Él le había dado.

Catalina es una mujer con peso específico que ha demostrado su valía femenina con su vida y su entrega, amando delicadamente, exhortando con firmeza, siendo toda de Dios y toda para los hombres.

Maternidad fecunda

Catalina posee una rica y armoniosa personalidad que es capaz de subyugar y convencer a cuantos con ella trataron en vida y a cuantos intentamos acercarnos a su regazo a lo largo del tiempo.

Tuvo especial influencia espiritual en el numeroso y heterogéneo grupo de discípulos que constituyeron su familia espiritual, y que fueron los que se beneficiaron de su influjo, de su palabra oportuna, de su paciencia y de su impulso a las cumbres de la santidad. Todos la llamaban Mamma, y ella, con clara conciencia de lo que este nombre significaba y de su responsabilidad, ora, insiste, reprocha, exhorta y... espera. Veamos un relato que nos muestra estas múltiples facetas de su maternidad, que con inteligencia lúcida y entrañas de misericordia vive con sus “hijos”, llamados los Carterinatos, -hoy diríamos algo así como sus “fans”-.

Se trata de Francesco Malavoti, discípulo suyo que frecuentemente desertaba del grupo volviendo a su vida pasada disipada y de pecado. Ante los otros discípulos que se impacientaban, y hasta pedían que lo excluyera del grupo –a lo mejor porque no tenía buena prensa andar en una escuela tan noble con un sujeto tan disipado y mundano-, Catalina decía: **“Dejadle, es mi pájaro salvaje, pero yo le echaré un lazo con el cual ya nunca vuelva a escaparse de mis manos”**. Y a él mismo le escribe: **“No te dejes engañar, ni por temor al demonio ni por vergüenza. Rompe este nudo; ven, ven hijo carísimo. Yo te puedo llamar con razón caro, ¡tantas lágrimas!, sudores y amarguras abundantes me cuestan.... Discúlpame delante de Dios, porque yo ya no puedo hacer más. Y al decirte que vengas, que seas constante, no pido en ti más que cumplas la voluntad de Dios”**.

La madre Teresa María Ortega nos dirá de Catalina que bien se la puede catalogar como directora de almas de pulso firme y seguridad doctrinal, porque no duda, no hay oscilación en sus con-



sejos; en ellos es dulce y enérgica a la vez, y su mano blanda de mujer sabe ser también fuerte y recta.

Finalmente hay que reconocer que su influjo en las almas que se le encomendaban se debía principalmente a que fue capaz de engendrar en ellas a Cristo, de avivar el deseo de entrega a Él y a su causa. Para esta misión a la que destinó la providencia de Dios, fue dotada de grandes dones: intuición femenina y entereza que hacían de sus palabras de invitación una autentica imposición, aún sin ella pretenderlo. En Catalina lo que se imponía era el amor sin medida – fuego- y la pasión con la que vivía su vocación. Era capaz de atrapar irresistiblemente a cuantos la trataban.

El conjunto de sus condiciones humanas, pero fundamentalmente su ascendiente divino, la hacían irresistible en sus exhortaciones, de modo que, como dice Morta, “**subyugaba irresistiblemente**”.

Mujer de “la Iglesia”. La Iglesia es Jesús.

Hablar de Catalina y hablar del amor a la Iglesia es casi obligado ya que su amor por la Esposa de Jesucristo, fue la pasión que definió su existencia y agotó toda su substancia. Para Catalina la Iglesia es Jesús y su pasión por ella era la pasión de una enamorada de Cristo y de los hijos, es decir, el Cuerpo Místico completo. Su afán era que el Papa estuviera a la altura de lo que era y luchó con la misma audacia con éste como con Cristo para exigirle cuanto deseaba.

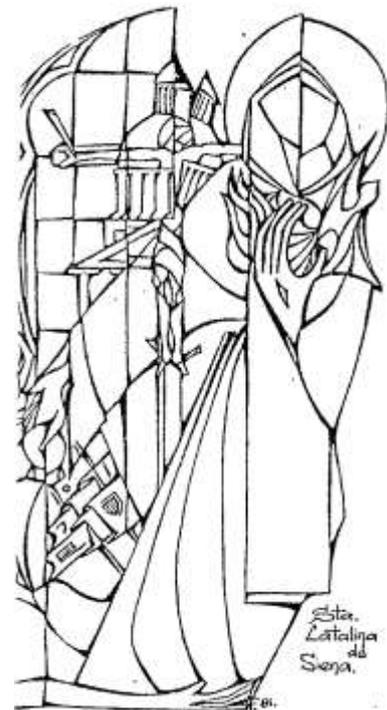
Como Catalina era una mujer transida por el AMOR y la VERDAD, supo vivir su vocación y misión eclesial con la más pura seducción femenina, aquella de quien tiene ternura y convicción; brío en sus entrañas. Supo, para ganar la causa, poner dulzura en la expresión y energía, en el consejo y en el mandato... Y en eso, no se le calla ni al Papa. Eso sí, puede hablar, porque tiene una vida que la respalda, porque su móvil es el amor y porque su “denuncia” es un anuncio positivo del plan salvador de Dios.... Muy lejos está de la crítica fácil y superficial de los que se quejan y critican por pura comodidad, contentándose con tirar piedras contra el propio tejado y dejando para los otros la tarea de construir con santidad de vida la Iglesia, nuestra Madre. Fue toda una mujer de las que hoy hablamos.

Conocida es la frase de Catalina que resume su espíritu eclesial y su amor “hasta dar la vida por la Iglesia: **“Si muero, sabed que muero de pasión por la Iglesia”**. Su amor a la Esposa de Cristo la lleva a desvivirse por ella y a amarla, no como hubiera querido que fuera, sino como en realidad era. El amor en la Verdad, es el que hizo la capaz de no ahorrar esfuerzos por devolverle la hermosura que Jesucristo había dibujado en sus entrañas.

“Si muero, sabed que muero de pasión por la Iglesia”

Supo sentir a la Iglesia como algo tan suyo, que se llegó a sentir identificada con sus males, hasta el punto de considerarse obligada a resolverlos. Sabe que por ella misma no puede, pero cuenta con la ayuda del Señor.

Fue capaz de engendrar en las almas a Cristo, de avivar el deseo de entrega a Él y a su causa



Los malos ministros fueron su gran preocupación y sus pecados la sobrecogían en un tormento atroz. La mediocridad y el espíritu mundano y relajado de los religiosos, las injusticias y la soberbia, los múltiples pecados de impureza, la avaricia y la simonía que se habían colado en las filas de la Iglesia, lejos de detenerla, la hacen lanzarse con mayor fuerza a la reforma, pero con la clara idea de que ésta sería posible sólo si se comenzaba por la autorreforma, la de sí misma, y a ella se dio con todo el ímpetu de su juventud. Catalina ora con intensidad, incansablemente, con dolor, con confianza ilimitada: **“Yo – pone en labios del Señor- me dejaré obligar por el deseo, las lágrimas y las oraciones de mis servidores, y haré misericordia a mi Esposa, reformándola con santos y buenos pastores”**.

Su amor a Jesús se dilata, se hace insaciable, infinito, al punto que se extiende por todo su Cuerpo Místico por el que ofrece su vida: **“Toma mi corazón y exprímelo sobre el rostro de tu Santa Iglesia”**.

Encarnación femenina del proyecto de Domingo

La profunda sed de salvar a los hombres y la búsqueda constante de Dios –amor a la humanidad y a su Creador- son la clave de su vida dominicana. El influjo del convento de los Predicadores bajo cuya sombra nació, creció y vivió, maduró en ella su amor a Domingo, que se hizo prolongación en el tiempo de su espíritu, habiendo llegado a encarnar, como nadie, el ideal apostólico y contemplativo que definió la vida de Domingo.

Transida de misericordia supo sumergirse en el corazón de los acontecimientos que la rodeaban, mirarlos con los ojos de Dios, buscar en ellos la Verdad y ser portadora de la paz y el bien que Jesucristo imprimía en sus entrañas.

Al igual que Domingo, su soledad con el Señor, en sus largas vigiliadas de plegaria, la llevan a salir a la calle durante el día para servirle en los más desfavorecidos y anunciarles, desde la compasión y cercanía amiga, su servicio y ayuda, para luego, ganarlos para Dios.

El deseo de encender el mundo con el nombre de Jesucristo, de anunciarlo, transmitirlo, hacerlo amar, y el apoyo de **“su comunidad itinerante”** a la que ella misma instruía, la llevó no sólo a abrir caminos inéditos –para la mujer de aquella época... y de la nuestra... – de predicación y protagonismo social, político y eclesial; -sino que también lo hizo en el campo de la interioridad, demostrando con su vida, que la fuerza y la eficacia **viene de dentro**. Al igual que Domingo, su oración es la fragua de toda su actividad, en ella madura la historia y de ella sale el anuncio positivo del Evangelio, que por su misma fuerza se convierte en denuncia de los que de Él se apartaron, abriendo caminos misericordiosos de retorno seguro.



II. RELACIÓN CON LA IGLESIA

Conflicto con el Papado

Compromiso de Catalina con la Iglesia (¿y tú?)

Doctora de la Iglesia y Patrona de Europa

Gregorio XI

Catalina quedaba libre para dedicarse a los otros dos grandes fines que la habían llevado hasta el Ródano: el retorno del papa a Roma¹ y la preparación de la cruzada².

El primer asunto era el más complejo en cuanto abordaba problemas morales graves y dificultades de talla en el campo de los afectos, de las costumbres, de las llamadas conveniencias, para los personajes de la Corte pontificia. Sería una exageración decir que muchos de los preladados llevaban una vida desarreglada, mas sería ingenuidad negarlo con respecto a algunos.³ Para estos últimos, naturalmente, la separación de su mundo demasiado dulce se hacía dramática, pero también para los buenos se trataba de superar el apego a las familias y al ambiente. Toda una serie de figuras femeninas, madres, hermanas, cuñadas, sobrinas, protestaba y desaconsejaba, y estaban luego las figuras de la culpa, las amantes de altos dignatarios y hasta de algún cardenal. ¿Cómo desarraigar a los protagonistas, franceses en su mayoría, de este mundo agradable, refinado, y, especialmente, cómo arrancar a los culpables de su pecado?

Las señoras de Aviñón eran típicas. Casi todas de la clase alta y de ingenio sutil, se interesaron bien pronto, y en tono cada vez más vivo, por la Santa italiana aparecida en medio de ellas. Los frecuentes éxtasis exaltaron su curiosidad femenina y removieron la incredulidad de algunas que quisieron comprobarlos: se pusieron a pinchar los pies de la Santa arrebatada en oración sobrenatural y se pasmaron de su total insensibilidad. La sobrina del papa, Elisa de Turenne, fue más decidida que las otras y una vez taladró el pie con un largo alfiler, que no provocó ni sombra de reacción en Catalina.... Mas no fue así después del despertar, cuando la pobre traspasada cojeó durante varios días a causa de la herida.



¹ La estancia de los papas en Aviñón databa del 1309, es decir, desde que se estableció allí Bertrán de Got, Clemente V. Es interesante el sucederse de las voces que amonestaron al papado en su "Babilonia": desde Dante a Petrarca, desde el movimiento espiritual franciscano, que se anudó principalmente en torno a Hubertino de Casal, hasta la gran figura de Santa Brígida, la santa sueca que se afanó por el retorno ante Clemente VI, Inocencio VI, Urbano V. Éste volvió a Roma en el 1367, para abandonarla de nuevo en el 1370; fue entonces la vez de Gregorio XI, a quien Santa Brígida dirigió aún sus exhortaciones, y al que se dirigió Catalina. En cuanto a Santa Brígida, ella acaso pudo haber conocido a Catalina, a través del amigo común Alfonso de Vadaterra. La hija de Santa Brígida, Santa Catalina de Suecia, se encontró con Catalina.

² Caffarini se refiere a cuando él había oído a Catalina predicar la cruzada, y dice que en Siena había ya algunas personas dispuestas a partir para Tierra Santa. Habla también después de sus ruegos a Gregorio XI. El reempezar la cruzada constituía un ideal entre otros, promovido por Juan XXII y Clemente VI, después de la llamada VII Cruzada del fin del 1200, que en realidad fue la última. El movimiento cruzado era acaso la expresión más exclusiva del espíritu medieval, y no se realizaba ya más con facilidad en el trescientos tardío, cuando el humanismo había ya influido sobre el monolito de la Edad Media. Ya con Federico II la actitud hacia el Oriente había tenido un sesgo más netamente político.

³ De todo esto habló Catalina personalmente a Gregorio XI, mostrando conocer la Curia; y, puesto que el papa se maravillaba de que ella, apenas llegada, estuviese tan informada, Catalina prorrumpió con majestad, diciendo que había sentido mayor hedor de los pecados de la curia estando en Siena, del que sentían aquellos que los cometían. Raimundo, presente como intérprete, se maravilló de su audacia frente al pontífice.

Sin embargo, las damas del Ródano no se libraron de la gran fascinación de la sienense; porque ante ellas pasaba una realidad desconocida hasta entonces. ¿Qué era aquel soplo misterioso que animaba a una pobre plebeya, no bella y analfabeta, qué era aquella seguridad, aquella humildísima soberanía que no poseía ningún príncipe? La voz de Catalina tenía una resonancia materna irresistible; y los ojos, sus ojos profundos que pertenecía mucho más a un alma que a un rostro, sonreían y fulguraban. Entre las insignes aviñonesas, también alguna avezada a ingeniarse en el agua turbia y a esconder graves vergüenzas, se sentía atraída y con todo en sujeción, y, como las otras interlocutoras, asumía el tono de persona irreprochable. Un día se le acerca una, toda dignidad y buenas maneras, y entabla conversación con Catalina y con Raimundo. Y Catalina firme en no responder y en estar vuelta para otra parte. Aquella insiste, mas la Santa no cambia de actitud.

Terminado el intento, Raimundo pregunta: ¿Por qué no la habéis atendido en absoluto?

Y Catalina responde: Si hubieseis sentido el hedor que yo sentía, hubieseis vomitado.

En realidad, la cortés visitante era la amiga de un cardenal.

No olvidemos que la Santa tenía el don sobrenatural de leer en el interior de las almas, y se valió de él en un coloquio decisivo con Gregorio XI. Indeciso aún y, digamos también que comprensible, dadas las circunstancias, el pontífice no se adhería a la cálida exhortación de cuenta para que retornase a Roma; en un cierto momento ella le dijo:

- ¿No recordáis, Santidad, la promesa que hicisteis al Señor cuando aún erais cardenal?

Había prometido, efectivamente, volver a llevar la Sede de Pedro a la Ciudad Eterna, si esto dependiese de él; mas, si la promesa era una realidad, ¿cómo podía conocerla aquella joven venida de lejos, que jamás había oído nombrare entonces al cardenal Pedro Roger de Beaufort?



Gregorio XI callaba. Delante de él callaba también ahora la muchacha de Fontebranda; mas el papa sentía una vez más que lo sobrenatural le rozaba y le invitaba por medio de aquella extranjera humildísima. Tantos aspectos suyos revelaban la impronta de Dios.... ¿y qué era aquel don casi único –por lo menos en grado y medida concedido a ella- de ver mejor las almas que los cuerpos? “No me doy cuenta de lo que me ocurre alrededor” –había dicho Catalina, refiriéndose a la realidad física de las personas y de los hechos-; mas en cuanto a las almas, eran un libro abierto para ella, un gran libro en el cual ella debía escribir la palabra “amor”.

Aquel fue uno de los momentos decisivos para el programa papal. No se toma en 1376 una resolución “de Aviñón a Roma”, así, de repente; sino más bien se edifica poco a poco, en virtud de pruebas y contrapruebas, y, sobre todo, de impulsos de lo alto. Todo esto vale de un modo especial para un Gregorio XI, hombre manso, reflexivo, temeroso de ofender a los demás y de afligirles: más que por sí mismo, el pontífice dudaba por los otros.

Aún le llegaron cartas de Catalina, ya que las palabras parece que no bastaban. A la Santa le urgía tratar aún con el papa Gregorio; mas las audiencias no estaban al alcance de la mano cuando y como ella hubiera querido, y, por lo demás, ninguna audiencia de por sí sería suficiente. Era preciso martillar con el mazo santo de una tenacidad querida por Dios, era preciso aplicar el pico a los recintos de la debilidad terrera, y luego batir aún y descombrar los residuos. Porque eran demasiadas las voces contrarias que se levantaban en torno a Gregorio para detenerlo alejado de Roma. Los cardenales aducían el ejemplo de Clemente IV, quien había evitado tomar graves decisiones sin el consejo

del Sacro Colegio, y Catalina les contraponía la conducta de Urbano V, el cual decidió por sí lo que intentaba hacer.



Urbano V tuvo un pontificado complejo, que se extendió de 1362 a 1370. Hombre íntegro y reformador activo, llevó al solio la voluntad de transferir la sede papal a Roma y promover la cruzada, con una política de paz hacia Berbabé Visconti y los otros soberanos, que permitiese reunir las fuerzas. Urbano volvió a Roma en el 1367, mas, esto no obstante, el tono de la corte siguió siendo aviñonés, y después de algún tiempo, cuando la actitud del papa se fue clarificando más y más, el descontento de los romanos creció hasta tal punto, que fue obligado a retornar a Aviñón, donde murió, venerado por el pueblo como un santo. Levasti conjetura que la grave decisión tomada por Urbano, de volver la sede a Aviñón, habría nacido de su conciencia de estar próximo a la muerte: convencido de que en Roma no podría tener lugar una elección libre, obró de modo que el próximo cónclave se desarrollase en Aviñón.

Catalina, en una de sus cartas, le decía:

“Me parece que el consejo de los buenos sólo atiende al honor de Dios, a la salud de las almas y a la reforma de la santa Iglesia, y no al amor propio de ellos. Digo que el consejo de éstos es de seguir, mas no el de aquellos que amaren sólo su vida, los honores, estados y delicias; ya que su consejo va allá adonde tienen el amor. Os ruego de parte de Cristo crucificado que plega a vuestra santidad resolveros pronto. Usad un engaño santo; esto es, pareciendo prolongarlo más días, y hacerlo luego de repente y pronto, porque cuanto más pronto, menos estaréis en estas angustias y trabajos. Aún me parece que ellos os enseñan, dándoos el ejemplo de las fieras, que, cuando escapan del lazo, no retornan más allí. Hasta aquí habéis escapado del lazo de sus consejos, en el cual os hicieron caer una vez, cuando retardasteis vuestra venida; cuyo lazo hizo tender el demonio, para que se siguiese el daño y el mal que se siguió. Vos, como sabio, inspirado por el Espíritu Santo, no caeréis más allí. Vayamos pronto, dulce Padre mío, sin temor alguno. Si Dios está con vos, ninguno estará contra vos. Dios es el que os mueve: así Él está con vos. Id pronto a vuestra esposa, que os espera toda empalidecida, para que le deis el color. No quiero gravaros con más palabras; que muchas tendría que decir sobre esto. Perdonadme a mí presuntuosa. Humildemente os pido vuestra bendición. Jesús dulce, Jesús amor”.

Y entre julio y agosto Catalina insistió:

“En nombre de Jesús crucificado y de la dulce María. Santísimo y beatísimo Padre en Cristo, dulce Jesús; vuestra indigna y miserable hija Catalina os conforta en su preciosa sangre; con deseo de veros sin temor servil alguno. Considerando yo que el hombre temeroso corta el vigor del santo propósito y buen deseo; y por eso yo he rogado y rogaré al dulce y buen Jesús que os quite todo temor servil y permanezca sólo el santo temor. Haya en vos un ardor de caridad así y de tal suerte que no os deje oír las voces de los demonios encarnados, y no os haga mantener el consejo de los consejeros perversos fundados en el amor propio, que, según lo que yo entiendo, os quieren meter miedo para impedir por miedo vuestra venida, diciendo: “vos seréis muerto”. Y yo os digo de parte de Cristo crucificado, Padre dulcísimo y santísimo, que no temáis por nada. Venid con seguridad; confíaos a Cristo, dulce Jesús; porque haciendo lo que debéis, Dios estará sobre vos, y no habrá nadie que esté contra vos. ¡Arriba virilmente, Padre! Que yo os digo que no os conviene temer. ¡Si no hicieréis lo que debéis hacer, entonces habréis de temer! Vos debéis venir. Venid, pues. Venid dulcemente sin temor ninguno. Y si algún doméstico os quiere impedir, decidle osadamente como dijo Cristo a San Pedro, cuando por ternura le quería retraer para que no fuese a la pasión; Cristo se volvió a él, diciendo: *Vete atrás de mí, Satanás. Tú me eres escándalo, buscado las cosas que son de los hombres, y no aquellas que son de Dios. ¿Y no quieres tú que yo cumpla la voluntad de mi Padre?* Haced vos así, dulcísimo Padre; seguidle como vicario suyo, deliberando y afirmando en vos mismo, y, delante de ellos, diciendo: Si en ello me fuese la vida mil veces, yo quiero cumplir la voluntad de mi Padre. Supongamos que no nos vaya en ello la vida; todavía, emplead la vida y la materia para adquirir continuamente la vida de la gracia. Por tanto, confortaos y no temáis, que ni tenéis necesidad. Tomad las armas de la santísima cruz, que es la seguridad y la vida de los cristianos. Dejad decir a cada uno lo que quiera y mante-

ned firme el santo propósito. Díjome mi padre, fray Raimundo, de vuestra parte que rogase a Dios si hubieseis de tener impedimento; y yo había rogado antes y después de la santa comunión, y no veía ni muerte ni peligro ninguno. Los peligros que ponen los que os aconsejan. Creed y confiad en Cristo, dulce Jesús. Yo espero que Dios no despreciará tantas oraciones hechas con tan ardentísimo deseo, y con muchas lágrimas y sudores. No digo otra cosa. Permaneced en la santa y dulce dilección de Dios. Perdonadme, perdonadme. Jesucristo crucificado esté con vos. Jesús dulce, Jesús amor”.



En los curiales de Aviñón la visión de la Roma lejanísima, grandiosa, arruinada e infestada de todos los peligros de la rebelión y de la violencia, suscitaba el espanto; y buscaban transmitir esta misma impresión al ánimo del pontífice. Conocedora de los obstáculos promovidos contra la voluntad de Gregorio, le escribía Catalina a primero de septiembre:

“... Parece que la divina bondad os requiera tres cosas. De la una doy gracias a Dios y a vuestra Santidad, que Él ha afirmado y consolidado vuestro corazón, haciéndoos fuerte contra las batallas de aquellos que os lo querían impedir, esto es, de ir a ocupar y poseer vuestro lugar. Gozo y exulto de la buena perseverancia que habéis tenido, llevando a la práctica la voluntad de Dios y vuestro buen deseo”.

Y después de haber expuesto las otras dos “cosas”, esto es, promover y publicar la cruzada, y purificar a la Iglesia de los ministros indignos, extirpando vicios y defectos, concluye:

“Os ruego, Padre santísimo, por amor del Cordero desangrado, aniquilado y abandonado en la cruz, que vos, como vicario suyo, cumpláis esta dulce voluntad, haciendo lo que podéis hacer; y después seréis excusado delante de Él, y vuestra conciencia descargada. Si no hicieseis lo que podéis, seréis muy reprendido de Dios por ello. Espero por su bondad y vuestra santidad que vos lo haréis; que así como habéis hecho una, haberla llevado a la práctica, esto es, lo de vuestra ida, así cumpliréis las otras: lo del santo viaje, y lo de perseguir los vicios que se cometen en el cuerpo de la santa Iglesia.

No digo más. Perdonad mi presunción. Micer el Duque sé que vendrá a vos para tratar con gran deseo del hecho del santo viaje, como está dicho. Dadle buena impresión por amor de Dios; cumplid su dulce deseo. Permaneced en la santa y dulce dilección de Dios. Os pido humildemente vuestra bendición. Jesús dulce, Jesús amor”.

Mas he aquí un cuento que se propaga en la corte: un presagio fúnebre. Dicen y repiten con insistencia que los italianos son famosos envenenadores, y que en Roma ya están preparados vinos mortales para Gregorio XI. En este sentido llega también una carta que lleva la firma (¿falsificada?) del franciscano Pedro de Aragón, un personaje venerado de muchos y estimado por el papa. Él advierte que el veneno está de verdad preparado en Roma para el pontífice...

Frente a tales patrañas, que pretenden quebrantar la buena voluntad de Gregorio XI, se levanta Catalina y escribe una famosa carta, estigmatizando un tal modo de proceder; declara falsa la noticia, apócrifo el mensaje del franciscano, y del presunto escritor dice:

“... él se pone el vestido de la humildad para ser bien creído. Es, pues, gloriosa esta virtud, con la cual se cubre la soberbia! Este ha hecho en esta carta con vuestra Santidad, según yo lo he comprendido, como hace el demonio en el alma, cuando muchas veces bajo color de virtud o de compasión le echa el veneno... Mas pronto, Padre, podréis esclarecer si

“Jesús dulce,
Jesús amor”

ella ha venido de aquel hombre justo, o no. Y me parece que, según el honor de Dios, le debéis buscar... Mas a mí no me parece que supiese bien el arte aquel que la hizo -¡debíase, pues, ponerse en la escuela!- y me parece que él ha sabido menos que un niño”.

Advierte después con sentido realista que:

“veneno se encuentra también en las mesas de Aviñón y de otras ciudades, como en la de Roma; y también se lo encuentra templadamente (ordenado) para el mes y para el año, según pluguiere al comprador: y en todo lugar se lo hallará”.

Estas grandes páginas vencieron. El papa recurrió efectivamente a la estratagema aconsejado por la Santa, hizo preparar y permanecer algunas galeras en Marsella por algún tiempo, sin decir para qué deberían servir; después, la mañana del 13 de septiembre, se despidió de los cardenales, que estallaron en llanto, y de su padre, el conde Guillermo de Beaufort. El anciano intentó hasta lo último retenerlo y se echó atravesado en el umbral de la puerta; sobre él aceleró el paso el “tímido” e “irresoluto” Gregorio... Parecía que al lado del papa en aquel momento caminase Catalina, criatura de sangre y de fuego.

El cortejo papal se puso en marcha por tierra hacia Marsella, donde habría de emprender el camino por mar en las naves preparadas y ancladas en aquel puerto.

Retorno a Roma

El viaje aquel de Gregorio XI fue un viaje borrascoso, y se abrió con una demora en tierra de Francia. Sólo el 2 de octubre



salió el papa del monasterio de San Víctor de Marsella y se embarcó en la galera de Ancona, mandada por el Gran Maestre de los Caballeros de San Juan, Fernando Juan de Heredia. Los presentes a la separación definitiva descubrieron la tristeza profunda y las lágrimas de aquellos que se quedaban: también lloró Gregorio. Y, ciertamente, se preguntó dónde podría encontrarse ahora Catalina, quien había partido de Aviñón con su cuadrilla el 13 de septiembre como el papa, mas a pie, y ninguno había tenido más noticias de la comitiva sienense.

El día siguiente, 2 de octubre, en la soledad del mar abierto, las naves papales fueron embestidas de una violenta tempestad y obligadas a resguardarse en varias ensenadas habitadas por grupos de pescadores; luego costearon entre vientos contrarios, parándose en Saint Tropez, Niza y Villafraanca.... Ante el alto arrecife de Mónaco, hoy todo colores y resplandores, entonces alto y solitario entre el verde sombrío de los pinos marítimos, los vientos se hicieron más impetuosos y obligaron al de Heredia a virar en redondo volviendo hacia atrás. La hábil maniobra salvó las naves, que, con todo, sufrieron mucho tiempo la violencia del huracán, tuvieron las velas rasgadas y los mástiles rotos, irguiéndose oblicuas en las crestas de abismos líquidos tras ráfagas de espuma. Después que las aguas se aplacaron, la flotilla pontificia se deslizó hasta Savona, a donde llegó el 17 de octubre; y hasta Génova, echando allí anclas el 18 de octubre.

Desembarcaron después del alivio de aquellos cinco últimos días de paz. El recibimiento fue solemne, mas el primer contacto con la tierra italiana pareció semejante a un despertar en medio de otros torbellinos. Supieron que Roma estaba en rebelión abierta y que la guerra con los florentinos

tomaba un cariz desfavorable. El papa reunió en consejo a los cardenales, cuya mayoría compacta votó por el retorno a Aviñón.

Todas estas dificultades inverosímiles pusieron a dura prueba y arrojaron en la incertidumbre el ánimo de Gregorio, a quien había ya costado tanto arrancarse a sí mismo y a la curia de la cómoda vida aviñonesa, y al que le habían tocado luego contrariedades continuas, pequeñas o grandes, irritantes o pavorosas. Ahora el papa parecía próximo a agotar el empeño de su voluntad y, sobre todo, la reserva de su confianza en el retorno a Roma emprendido contra el consejo y las súplicas de todos.

Al mismo tiempo que el papa, mas por otro camino y en otra nave, viajaron y navegaron Catalina y sus compañeros. Partieron de Aviñón el mismo 13 de septiembre, llegaron a pie hasta Toulón, donde Catalina fue rodeada de un intenso movimiento de curiosidad y de admiración por parte del pueblo, y hasta el obispo vino a saludarla. Para escapar a otras eventuales manifestaciones de este género, los viajeros se embarcaron entonces en un navío ligero, mas se encontraron también ellos en mala situación en la mar abierta y a altas horas de la noche.

“Me acuerdo que una vez, cuenta Raimundo de Capua, estando muchos en el mar con Catalina, hacia la mitad de la noche cesó el viento favorable y el timonel comenzó a asustarse diciendo:

“Estamos en un punto peligroso, y si se levanta el viento de flanco, o es necesario terminar muy alejados o arrimarse a las islas”.



Yo fui a la virgen: “Oh, Madre, ¿no ves en qué peligro estamos?. Ella, enseguida: “¿Qué tenéis vos que hacer?”. Poco tiempo después comenzó el viento contrario y el timonel dijo: “Es necesario volver para atrás”. Yo se lo referí a la virgen y ella me respondió. “Que dé la vuelta en el nombre del Señor y vaya como el Señor manda el viento”.

El timonel cambió la dirección y volvimos para atrás, mas ella agachó la cabeza, oró, y no habíamos recorrido un trecho largo como un tiro de ballesta cuando volvió a soplar el viento de antes y con la ayuda de Dios, terminada la hora de los maitines, nos encontramos con alegría en el puerto al que nos dirigíamos, y cantamos fuertemente: *“Te Deum laudamos”*.

Acaso aquel lugar era Saint Tropez; y es cierto que desde allí la comitiva prosiguió a pie. Se encaramaron sobre las altas colinas, descubriendo cada vez un perfil diverso de las costas y un diverso centelleo del mar en las ensenadas más o menos anchas y escarpadas. ¡Cómo variaban las sombras y los reflejos vistos desde lo alto y la gran mancha verde de los pinos revueltos por el viento en mil caprichos de cabelleras compactas y de ramojos sobresalientes, en una ilimitada inquietud, un poco semejante a la del mar! Con la vegetación atormentada alternaban salientes de piedra rosácea o gris, de suerte que los viajeros en ciertos momentos se movían a pico sobre las aguas y lograban hacinarse a la roca; después se internaban aún en las lomas rientes en pleno sol, y sin perder jamás el reflejo del mar que llenaba el horizonte.

Sus ojos se inundaron de azul y de oro hasta la profundidad de las órbitas y así fue estupendo alabar días y días al Creador de tantas maravillas.

“No veis estos prados floridos”, exclamaba Catalina. “¡Cómo honran a Dios y le alaban todas las cosas!.

Y otro día ante un hormiguero: “Estas hormiguitas han salido como yo de la mente de Dios; Él se ha cansado igual para crear los ángeles y para crear éstas y las flores”.

El 3 de octubre llegaron a Varazze, donde había nacido Jacobo, autor de la “Leyenda Aurea”, y encontraron la peste que había diezmado la población. “Construid una capilla en honor de la Santísima Trinidad”, aconsejó Catalina a los del pueblo, que la rodeaban. Ellos obedecieron y cesó la peste.

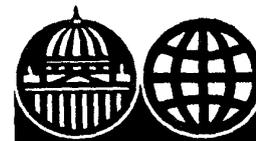
El 4 de octubre, día de San Francisco, llegaron a Génova, y se hospedaron en el palacio de Monna Orietta Scotti en la Vía del Canneto, en la proximidad del puerto y casi a igual distancia de la catedral de San Lorenzo y del famoso palacio de la Compañía de San Jorge.

Los Scotti, quienes luego fueron fusionados con los Centurione, de modo que dieron origen a las ramas insignes de los dos glorioso apellidos, eran ya antiguos, desde hacía dos siglos, en Génova cuando Catalina vivió junto a ellos, y pertenecían a las familias de los “viejos albergues”, las más vetustas del Medioevo genovés.

De este modo, todos los protagonistas del caso se volvieron a encontrar en Génova: Catalina y los suyos se habían detenido, acaso por previsión consciente, esperando la llegada del pontífice.

Esta oportunidad era algo más: era una necesidad real. Gregorio mismo, después del Consistorio negativo tenido en Génova, sintió el apremio de hablar con Catalina, y prefirió un coloquio exento de etiquetas y de formalidad. Se trasladó personalmente al palacio Scotti, sin acompañamiento y sin aviso previo, de incógnito, vestido como uno de tantos sacerdotes de la ciudad, preguntó por Catalina y habló con ella hasta bien entrada la tarde.

El coloquio tuvo lugar en la estancia misma de la Santa, ya que el visitante había sido acompañado hasta allí, con sencillez. Catalina quedó sofocada por la emoción, se postró delante del Vicario de Cristo, él la levantó, y se pusieron a hablar. El papa estaba abatido y quería saber el juicio de la consejera extraordinaria respecto de la situación a seguir.



Una vez más encontró en ella claridad y seguridad, obtenidas con una interpretación sencillísima; justamente en este modo constante de “comprender” la realidad, consistía también entonces la gran coherencia del pensamiento de Catalina. Ella, con un solo movimiento que pareció tan ligero también a Gregorio, transfirió todo el enredo de hechos, dificultades, complicaciones humanas al terreno de lo sobrenatural. De repente, la mole oscura formada por tantas contradicciones apareció límpida como un cristal. En aquella altura y en aquella blancura existía sólo una realidad: el deber, esto es, Roma; un solo porvenir, esto es, la confianza en el Señor. Por más objeciones y preguntas que quisiese aún poner Gregorio para lograr un máximo de tranquilidad, al parecer de Catalina brillaba siempre más vivamente. Y además había también en el toque decisivo de la Santa una nota de urgencia: no sólo era necesario reemprender el viaje por mar, por tierra, entre amigos o enemigos, todo esto sólo tenía una importancia secundaria; sino que era preciso hacerlo enseguida. En una oración suya ella comparaba la venida del papa a Roma con la de Cristo al mundo:

“Oh Padre omnipotente, Dios eterno...! Tú eres el Dios eterno e incomprensible, el cual, estando muerto el linaje humano por la miseria de su fragilidad, movido sólo por amor y piedad clementísima, has mandado a nosotros a ese verdadero Dios y Señor nuestro Cristo Jesús, tu Hijo, vestido de nuestra carne mortal, y has querido que no viniese con deleites y pompas de este mundo, mas con angustia, pobreza y tormentos... ¡Oh amor incomprensible! Tú eres aquel mismo que, enviando a tu vicario a redimir los hijos muertos, por haberse separado de la santa obediencia de la santa madre Iglesia única Esposa tuya, le mandas con angustia y peligros, como enviaste al amado Hijo tuyo nuestro Salvador, a librar a tus hijos muertos de la pena de la desobediencia y de la muerte del pecado”.

Era un deber actuar pronto:

“Y si su tardanza te desagrada, ¡oh Amor eterno!, Castiga por ella mi cuerpo, que te lo ofrezco y entrego, para que le aflijas con los flagelos y para que destruyas según sea tu parecer... Haz, pues, Piedad eterna, que tu Vicario sea comedor de almas, ardiendo del santo deseo de tu honor adhiriéndose sólo a Ti”.

El coloquio fue decisivo. Finalidad del papa Gregorio había sido asegurarse el sostén constante de la oración de Catalina ante el Señor, y ella le prometía que le seguiría con su intercesión, y le pidió que la recordase a la en la santa misa. Los cardenales al día siguiente vieron un Gregorio diverso, resuelto, sereno, y, ciertamente, una parte de aquella firmeza se espació también a sus ánimos aviñoneses.

El 29 la flota pontificia volvió a hacerse a la mar y Catalina se detuvo en Génova algún día más⁴, después se dirigió también ella hacia Livorno seguida de los suyos. El papa desembarcó aquí el 7 de noviembre, y encontró una acogida cordial y magnífica que le ofreció Pedro Gambacorti.

Las torres del castillo, que fue núcleo de la actual Livorno, surgían directamente desde las aguas, concluyendo y subrayando con su talle de baluartes los aspectos almenados del reducto fortificado, erigido para protección del puerto mismo. En el interior de la ciudadela los estrechos callejones separaban las murallas de los diversos castillos, mientras fuera del recinto no surgían construcciones importantes, sino que empezaba el descenso de las marismas, alternando con trechos de tierra sólida cubierta de pinares que llegaban hasta las cercanías de Pisa.



La acogida del papa se desarrolló también por parte de los Ancianos de Pisa, quienes “presentaron al Padre cuatro terneras y ocho corderos capones, cuatro toneles de vino, diez sacas de pan, cincuenta libras de dulces, cien libras de cera, cincuenta pares de capones; y el Padre Santo aceptó todo; y a los cardenales se les regaló cuatro corderos capones, cuatro sacas de pan...”. todo esto era consecuencia de una nueva pausa de neutralidad de la República Pisana, la cual el 12 de marzo del mismo año 1376 había entrado a formar parte de la Liga florentina, y, sin embargo,

se encontraba ahora en una disponibilidad provisoria, que le permitía presentar homenajes al papa.

Antes del 15 de noviembre las naves papales levaron anclas, y antes de esta partida llegaron también Catalina y los suyos a Livorno y a Pisa. Este fue el momento en que el camino del papa y el de la santa se separaron. Gregorio navegó hacia Piombino, a donde llegó el 25 de noviembre, y hacia Corneto, donde desembarcó el 7 de diciembre para una larga parada. Catalina se detuvo en Pisa, donde encontró a Lapa, que había venido a su encuentro, acompañada de fray Tomás della Fonte y de otros varios de la familia cateriniana. La santa despachó enseguida a casa, esto es, a Siena, a Esteban Maconi, esperado con impaciencia por su madre, Monna Juana, y se detuvo por un mes en Pisa con los otros.

Esteban llegó felizmente a Siena, pasando desde Peccioli, por una ruta que él mismo, escribiendo a Neri de Landoccio, calificaba como infestada de bandidos y erizada de peligros, tanto que añadía: “cuya cosa, si se me hubiera manifestado, jamás me hubiera movido; y digo esto a fin de que

⁴ En Génova Catalina tuvo numerosos encuentros con “letrados, doctores y maestros en teología, especialmente con aquellos tenidos en reputación por su excelente doctrina...”, con profesores de Letras o de Leyes, y con los Senadores de la ciudad. Frecuentemente estos insignes personajes salían del coloquio con ella “Agitados, llenos

vos vengáis sabiamente. Mas ciertamente en nuestro venir y en nuestro llegar y estar me ha sido manifestado que la oración de nuestra dulcísima Madre ha contribuido mucho, aún el todo, ocupándose de todo bien que ha seguido,..."

Catalina aún tuvo tiempo de escribir a Neri tres cartas antes de que la cuadrilla llegase a Siena, cosa que ocurrió por Navidad. Desde allí la Santa escribió al papa Gregorio, quien pasaba las Navidades en Corneto, envuelto en noticias contrastantes: las fases de la guerra se desarrollaban desafortunadamente; Ascoli había caído en manos de la Liga el 14 de diciembre, Bolsan se había rebelado, y las milicias napolitanas, mandadas como refuerzo a las pontificas por la reina Juana, habían sido derrotadas; el hermano de Raimundo de Capua, Luis delle Vigne, había caído prisionero. Sin embargo, Roma se mostraba fiel y las llaves de la ciudad habían sido entregadas a los cardenales d'Estaing, Corsini y Tebaldeschi el 21 de diciembre. Por los días de Navidad, el papa tuvo el consuelo de recibir de Catalina la siguiente carta:

"...¡Paz, paz, paz, Padre santísimo! Plegue a vuestra Santidad recibir a vuestros hijos, que os han ofendido a vos, Padre. Vuestra benignidad venza su malicia y su soberbia. No os será vergüenza inclinaros para aplacar el hijo malo.

Ay de mí, Padre, no más guerra de ningún modo. Conservando vuestra conciencia se puede lograr la paz. Se mande la guerra contra los infieles, donde ella debe ir. Seguid la mansedumbre del Cordero inmaculado Cristo, dulce Jesús, cuyas veces hacéis. Confío en nuestro Señor Jesucristo que hará tanto uso de esto y otras cosas en vos, que cumpliré con ellas vuestro deseo y el mío; porque no tengo otro deseo en esta vida sino ver el honor de Dios, vuestra paz y la reforma de la santa Iglesia, y ver la vida de la gracia en toda creatura que tiene en sí razón. Confortaos, porque la disposición de aquí, según que me ha sido dado oír, es también de quereos por Padre. Y especialmente esta pobrecita ciudad, la cual siempre ha sido hija de vuestra Santidad; la cual, constreñida por la necesidad, le ha convenido hacer aquellas cosas que le desagradan. Les parece a ellos que la necesidad lo ha hecho realizar. Vos mismo excusadles a vuestra Santidad, de suerte que les pesquéis con el anzuelo del amor. Os ruego por el amor de Cristo crucificado que vayáis al lugar vuestro de los glorioso apóstoles Pedro y Pablo lo más pronto que podáis. Y siempre por vuestra parte procurad ir seguramente; y Dios por su parte os proveerá de todas las cosas que sean necesarias para vos y para el bien de su Esposa. No digo otra cosa. Perdonad mi presunción. Confortaos y confiaos a las oraciones de los verdadero siervos de Dios, que mucho oran y ruegan por nosotros. Os pido yo y los otros hijos humildemente vuestra bendición. Permaneced en la santa y dulce dilección de Dios. Jesús dulce, Jesús amor".

El 13 de enero Gregorio y los cardenales subieron nuevamente a las naves y se hicieron a la vela hacia Ostia con un mar tranquilo. Después de tres días entraron en el puerto de Ostia y desembarcaron en San Pablo, desde donde el papa Gregorio, cabalgando en una mula blanca, se dirigió a Roma con la mayor solemnidad, acogido por el pueblo con inmenso gozo. Por la tarde la plaza de San Pedro apareció como un pequeño firmamento rutilante en torno al pastor vuelto junto a su rebaño: hachas innumerables ardieron durante la noche, como para simbolizar el júbilo insomne de la Urbe. Era el 17 de enero de 1377.



de un terror insólito", sacudidos por la vida sobrenatural que alimentaba a Catalina. Ella tenía un trato amable con todos los humildes, con los penitentes, con los perseverantes.

El Cisma en Roma

Pero, ¿qué sucedía en tanto en la Roma atormentada? La muerte de Gregorio XI algunos meses antes había cambiado los acontecimientos: el papa se había muerto en Roma a los cuarenta y seis años de edad, en la noche del 27 al 28 de marzo de 1378, bastante antes de los tumultos dramáticos de Florencia, sucedidos por esa época.



Ya durante su enfermedad última Gregorio estaba hondamente afligido por la intuición que tenía del cisma: Roma y los cardenales estaban preocupados en la espera de que cerrase los ojos. Los cardenales se consultaban, el pueblo quería conseguir un papa romano. Aún antes de que expirase Gregorio, el senador y los magistrados del Capitolio, los capitanes de los barrios, clérigos y ciudadanos ilustres se dirigieron al Palacio del Espíritu Santo y expusieron los deseos del pueblo. Los cardenales dieron buenas palabras y exhortaron a tener al pueblo tranquilo, ya que reinaba una agitación febril. Muerto el papa, los purpurados hicieron jurar a los jefes de la república defender el cónclave. Instancias continuas se sucedían para conseguir que se contentase al pueblo romano, mientras, durante nueve días, se sucedieron las exequias de Gregorio XI.

Entre tanto, con la muerte del manso pontífice se esfumaba la conclusión de la gran reunión de paz de Sarzana, porque se quedaría sin directrices válidas el cardenal De la Grange, representante de la Santa Sede, que se encontraba ya allí; era preciso esperar al nuevo elegido. Mas los acontecimientos tomaron un cariz mucho más complejo de lo que se podría prever.

Los cardenales se habían reunido en cónclave el 7 de abril de 1378, apenas apagados los ecos de las solemnidades fúnebres en sufragio de Gregorio XI. Habrían debido ser veintitrés de estar todos presentes; en cambio, eran dieciséis, puesto que seis se habían quedado en Aviñón, y uno, Gerardo de la Grange, obispo de Amiens, se encontraba, como hemos dicho, en Sarzana. Once eran franceses, cuatro italianos y uno español. De todos modos, los presentes enseguida se dieron cuenta de que el acuerdo habría de ser difícil. El cónclave se desarrollaba en el Vaticano, y fuera los jueces ciudadanos con tres obispos tenían la orden de mantener al pueblo en calma.

El arrabal fue cerrado con estacadas, y se vio la necesidad de hacer rodear de soldados el Palacio. Entre tanto, mientras dentro se desarrollaban las reuniones, el pueblo romano comenzó a agitarse y por todas partes se difundió una consigna: "¡Romano lo queremos, romano!". Poco a poco los grupos más audaces penetraron hasta la proximidad del cónclave e hicieron oír gritos amenazadores.

Siete de los cardenales franceses querían elegir a uno de Limoges, mas los otros cuatro conacionales se opusieron, capitaneados por Roberto de Ginebra. Fue propuesto Tebaldeschi, bueno pero demasiado anciano y de poca salud; después Orsini, el cual pareció demasiado joven; los otros dos italianos, uno florentino y el otro milanés, pertenecían a ciudades en guerra contra la Iglesia: eran Pedro Corsini y Simón de Brossano, ambos a dos buenos, mas inelegibles por la razón susodicha. Entonces se pensó en un prelado italiano que sobresaliese por su gran virtud y cordura y fue propuesto Bartolomé Prignano, arzobispo de Bari. La noche transcurrió en una incertidumbre profunda, y sólo a la mañana siguiente los cardenales eligieron por unanimidad a Prignano con la única absten-

ción del cardenal Orsini, quien hizo saber que su voto sería para el candidato más favorecido por los votos de los otros.

El elegido era napolitano de nacimiento; sin embargo, su familia, según Ammirato, habría sido originaria de la región de Pisa. Era un hombre conocido por su gran probidad, por su modestia, por su aversión a los abusos, en particular, a la simonía.

El arzobispo fue introducido en el cónclave y le fue comunicada la elección: en el entretanto se pensó en el modo de aplacar la ira del pueblo. Como hemos dicho, el cardenal Orsini en un primer tiempo había propuesto que fuese elegido Tebaldeschi, cardenal de San Pedro, mas éste había rehusado por viejo y de salud delicada. Sucedió que justamente él en un cierto momento se asomó a la ventana, circunstancia por la cual la gente del pueblo sólo por verlo creyeron que fuese él el elegido; se pusieron a aclamarlo con gran alboroto. Un tropel corrió a su palacio a saquearlo en señal de sumo júbilo, como era entonces la costumbre, mientras otro tropel logró abrir la puerta del cónclave y penetrar en él.



Tal fue el ímpetu jubiloso y perentorio de la muchedumbre, que a los cardenales, asustados, no les quedó más que alejarse huyendo quién al Castel Santangelo, quién a otras casas.

Así la turba se incrementó para rendir homenaje al creído nuevo elegido, quien sólo con trabajo pudo hacer comprender que el elegido no era él, sino el arzobispo Prignano. Ante lo cual, la gente cambió de repente y se dispersó por las calles en tumulto y las campanas tocaron a rebato; y en menos que se dice, la Urbe estuvo patas arriba.

Después bajó el sueño sobre aquella jornada de violento humor del pueblo y vino la reflexión. A la mañana siguiente, las aguas estaban tranquilas. Los cardenales consideraron llegado el momento de consolidar la elección del nuevo pontífice, el cual fue coronado el día de Pascua, 18 de abril, en San Juan de Letrán con la máxima solemnidad y tomó el nombre de Urbano, sexto en la serie de sus homónimos. Luego se expidieron cartas a todos los soberanos de Europa para anunciar la elección llevada a cabo y éstos respondieron enviando palabras de adhesión y de devoción.

Roberto, cardenal de Ginebra, fue de los primeros en prestar homenaje, y escribió al Emperador, al Conde de Flandes, al Duque de Bretaña para comunicar la elección habida; los otros cardenales siguieron su ejemplo y escribieron a su vez a otros soberanos; por último, llegó de Sarzana el cardenal Gerardo de Amiens y presentó igualmente sus respetos. Después los purpurados todos compusieron un mensaje colectivo para los seis que quedaban en Aviñón, afirmando que Urbano había sido elegido legítima y canónicamente, y añadiendo que “a la hora en que el divino Paráclito descendió al corazón de los apóstoles en Jerusalén, nosotros libremente y de común acuerdo unimos nuestros votos en la persona del reverendo padre en Cristo Bartolomé arzobispo de Bari: hombre eminente por sus grandes méritos, cuya virtud brilla como lampara del santuario. Os anunciamos estas cosas para que, si la muerte del papa Gregorio os ha colmado de tristeza, el don que Dios nos ha hecho de un tal Padre pueda inspiraros alegrías”.

Siguieron luego las grandes fiestas de la Ascensión, de Pentecostés, del Corpus Domini y los cardenales oficiaron constantemente al lado del papa; sin embargo, en aquellos días ya eran evidentes las primeras grietas. Urbano mostraba un carácter bien distinto del de su predecesor, y se sentía inducido por el celo a usar repetidamente la férula de la reprimenda de un modo drástico. Esto suce-

dió desde el día siguiente a la coronación, cuando reprendió a algunos obispos presentes, declarándoles culpables de perjurio, porque habían dejado sus sedes episcopales y residían en Roma.

Sus palabras fueron tan severas, que el obispo de Pamplona profirió contra él algunas palabras altaneras y solemnes; y cosa peor acaeció con el cardenal de Amiens, vuelto de la reunión de Sarzana, cuando el papa le reprendió porque, según él, alimentaba la discordia entre Francia e Inglaterra y por otras acusaciones que sonaban a ofensa. A estas palabras el cardenal respondió de un modo desdeñoso en demasía: “¡Arzobispo de Bari, tú mientes”!, y le dio la espalda, saliendo del consistorio.

Cuando se piensa que, según voz común, se reconocían en Urbano virtud perfecta, pureza de intenciones, moderación de vida, aptitud para el sacrificio, se lamenta uno de que tantas dotes indiscutidas no hayan podido expresarse a través de un temperamento menos brusco y de un mayor sentido de oportunidad. De todos modos, los cardenales pronto se dieron cuenta de todo esto, y no sólo ellos: leemos como testimonio una carta escrita el 27 de abril de 1378 (cuando parece que subsistía aún la armonía entre el pontífice y la curia) por don Bartolomé Serafini, prior de la Gorgona, a Catalina. Andrés Gambacorti había vuelto de Roma, donde había acompañado al cardenal de Amiens y había recogido voces e impresiones respecto a Urbano VI; por eso don Bartolomé escribía a la Santa: “... Sabe, Madre en Cristo, que Andrés de Micer Pedro Gambacorti volvió el domingo pasado a Pisa. Y, según se dice, este nuestro Padre santo es un hombre terrible, y asusta mucho a las personas con sus actos y palabras; diciendo por fuera que quiere paz mas con honor de la Iglesia y que é no se preocupa de los dineros, y que si los florentinos quieren paz, vayan a él con verdad sin color de mentira. Y muestra según sus palabras que quiere estar contento y los pactos que quería el papa Gregorio; por lo cual, no se espera paz, sino más bien gran guerra.... Muestra que hay en él una grana confianza en Dios, por la cual no teme a ningún hombre del mundo, y procura abiertamente quitar las simonías y las grandes pompas que reinan en la Iglesia de Dios; y muestra por su ejemplo que vivía moderadamente en su corte”.

Catalina debió de reflexionar en las palabras de Bartolomé, porque escribió a Urbano VI y a otros personajes algunas cartas llenas de resonancias suplicantes. Al papa le escribió:

“Yo Catalina, sierva y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre; con el deseo de veros fundado en la verdadera y perfecta caridad, para que, como pastor bueno, pongáis la vida por vuestras ovejas. Y verdaderamente, Padre santísimo, sólo aquel que está fundado en la caridad es el que se dispone a morir por amor de Dios y la salvación de las almas, ya que está privado del amor propio de sí mismo. Porque aquel que está en el amor propio, no se dispone a dar la vida; y no sólo la vida, mas ni una pequeña cosa parece que quiera soportar; ya que siempre teme por sí, esto es, que no pierda la vida corporal y los propios consuelos. De donde lo que hace, lo hace imperfectamente y corrompido, porque está corrompido su afecto principal con el cual actúa. Y en todo estado obra poco virtuosamente, sea pastor o súbdito. Mas el pastor que está fundado en la caridad verdadera, no obra así...

Ni, con todo, afloja el fuego del santo deseo, y no quita de sí la margarita de la justicia, que lleva brillante en su pecho y unida con la misericordia. Ya que, si hubiese justicia sin misericordia, estaría con las tinieblas de la crueldad, y más bien sería injusticia que justicia; y misericordia sin justicia sería en el súbdito como un ungüento sobre una llaga, que pide ser cauterizada con el fuego; porque, poniendo allí sólo el ungüento sin quemarla, se corrompe más bien que sana. Mas, unida juntamente la una y la otra, da vida en su prelado, en el que ella reluce; y salud al súbdito, si él no fuese ya miembro del demonio que de ningún modo se quisiese corregir.”



A Pedro de Luna, cardenal acreditado que vino a ser luego antipapa, le escribió incitándole a permanecer fiel al verdadero pontífice:

“Quiero, pues, dulce Padre mío, que os enamoréis de la verdad, par que el santo principio que tuvisteis, conociendo que la Esposa de Cristo tenía necesidad de un bueno y santo pastor (y por esto os expusisteis a todo sin temor), para que esto, pues, se vea en vos por obra con perseverancia, yo os ruego que estéis al oído de Cristo en la tierra para hacerle oír continuamente esta verdad; de suerte que en esa verdad reforme a su Esposa. Y decidle con corazón viril, que la reforme con santos y buenos pastores en obra y en verdad, no solamente con el sonido de la palabra; y a que, si se dijese y no se hiciese, esto no sería nada. Y si no se hiciesen buenos pastores, jamás cumpliría su deseo de reformarla. Quiera, pues, por amor de Cristo crucificado, con esperanza y dulzura desarraigar los vicios y plantar la virtud, según su poder”.

Y a Urbano escribió después nuevamente con alusiones más claras a aquella moderación que le hubiera ganado las voluntades:

“Dulce Padre mío, grandísima gracia os debe de ser tener quienes os ayuden a ver y a cuidarse de aquellas cosas que fueron afrenta para vos y daño de las almas. Mitigad un poco por amor de Cristo crucificado aquellos movimientos repentinos que la naturaleza os ofrece. Con la santa virtud dad el golpe a la naturaleza. Como Dios os ha dado el corazón grande naturalmente, así os ruego y quiero que os ingeniéis de tenerlo grande sobrenaturalmente; esto es, que con celo y deseo de la virtud y de la reforma de la santa Iglesia adquiráis un corazón viril fundado en verdadera humildad”

Mas las circunstancias se desenvolvieron en sentido opuesto a la orientación unitaria:

desgraciadamente tampoco las relaciones con las potencias europeas fueron grandemente cuidadas que se diga por Urbano, especialmente las relativas a la Reina Juana, cuyo marido, Otón de Brunswick, venido a Roma para rendir homenaje al nuevo elegido, fue recibido con mediocre cortesía, lo que indis-



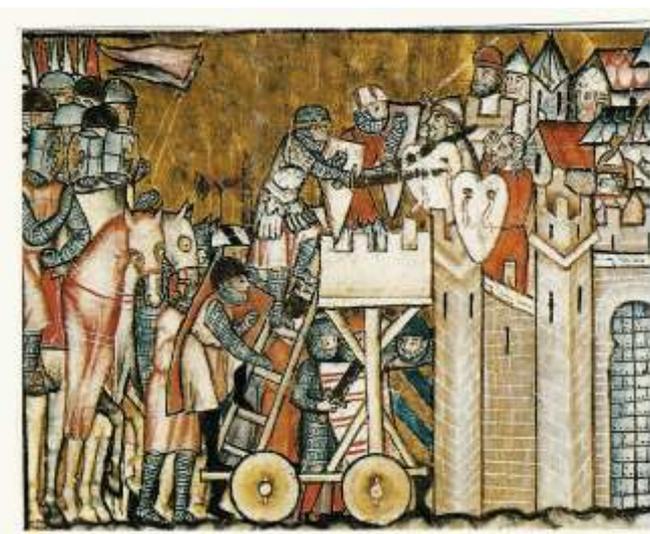
puso a la corte de Nápoles. Respecto luego de las largas relaciones bélicas y diplomáticas entre Francia e Inglaterra, el papa, frente a los purpurados franceses, se expresó en sentido más bien favorable al rey de Inglaterra, de modo que aquéllos quedaron vivamente contrariados.

Surgieron, además, puntos vivos de disputa entre el papa y los cardenales sobre dos temas importantes: sobre el tenor, esto es, de las constituciones que el papa promulgó para reformar en sentido más regular y canónico la vida de los componentes del Sacro Colegio; y sobre la nueva traslación de la Santa Sede a Aviñón. Respecto de este último tema poseemos los testimonios de Tomás de Pietra, protonotario de la Santa Sede: “Durante las disputas entre los cardenales y el papa Urbano, yo me dirigí a este último y le supliqué humildemente que me dijese cuál fuese en realidad el motivo de esta contienda, y Él me respondió: Cierto, hijo mío, la culpa no es nuestra. Ellos nos excitaban a retornar a Aviñón, mas Nos nos excusamos diciendo que no podíamos ni queríamos hacer una cosa semejante, considerando que nuestros predecesores Urbano y Gregorio habían vuelto aquí para restaurar los santuarios de esta ciudad, reavivar la devoción del pueblo hacia la santa Iglesia y pacificar

Italia, cosas todas que estaban aún por hacer; además, aun si hubiésemos querido satisfacer su deseo, nos hubieran faltado las galeras y los medios. Ellos respondieron que Italia no había sido nunca gobernada por al Sede Apostólica, y nos propusieron vender todos los bienes pertenecientes a la Orden de San Juan de Jerusalén esparcidos por el mundo, diciéndonos que con aquel dinero se habrían tenido medios suficientes para realizar este proyecto. Al oír esto, Nos nos estremecimos y respondimos que habríamos preferido morir mil veces antes que destruir el brazo derecho de la cristiandad. Esa ha sido la causa real de la discordia”.

Entre tanto, en junio, con el pretexto de que el clima romano era poco salubre, los cardenales franceses se retiraron todos a Anagni. Acaso su intención era de invitar allá a Urbano VI y obligarle a abdicar, mas él no se movió. Se dedicaron a preparar apoyos políticos y fuerzas militares para imponer la acción que intentaban desarrollar. Hallaron en esto un fácil camino por el hecho de que estaban investidos aún de cargos eminentes personajes franceses, como Pedro de Rostaing, quien mandaba la guarnición de Castel Santángelo, y tenía en su mano prácticamente las llaves del Vaticano, razón por la cual Urbano se vio obligado a residir prudentemente en Santa María in Trastévere. Lograron también atraerse a Honorio Gaetani, conde de Fondi, gobernador de la llamada “marca anagnina” y provisto de fuertes medios militares, el cual tenía ojeriza a Urbano VI porque exigía un crédito de 12.000 florines de oro, en cuanto que el papa le había dimito, nombrando en su lugar a Tomás de Sanseverino, su rival. Por añadidura, Gaetani estaba emparentado con el Duque de Brunswick. De tal modo los cardenales rebeldes disponían en la práctica de gran parte de la región al sureste de Roma, y de Roma misma desde el punto de vista militar.

Contrataron, además, la compañía de los “lanceros libres bretones”; a los cuales, sin embargo, se opuso el pueblo romano en armas, impidiéndoles su paso hacia Fondi. Siguió una refriega en Ponte Salario; los romanos, menos organizados que sus adversarios, sufrieron graves pérdidas: más de quinientos fueron muertos y otros cayeron prisioneros.



Mas a este estrago enseguida siguió otro de parte del pueblo, levantado en armas. Exaltados por un furor de venganza, asaltaron las casas de los forasteros sin discernir si fuesen franceses, ingleses, alemanes, y, a su vez, saquearon y mataron, y usaron de represalias particulares contra algunos sacerdotes ingleses que habían permanecido fieles a Urbano. En cambio, trataron con mayor benignidad a los alemanes. Sabedor de la política de cerco por parte de los adversarios, Urbano había de-

dejado Roma también él desde junio, retirándose a Tívoli, y desde allí había intentado negociar, invitando a tres cardenales italianos, Jacobo Orsini, Pedro Corsini, obispo de Porto, y Simón de Brossano, a tratar con los purpurados de Anagni, quienes, sin embargo, habían hecho presión sobre los colegas urbanistas a fin de que se uniesen a ellos.

Los italianos en un primer tiempo permanecieron fieles al papa, manteniéndose alejados de los manejos de la rebelión; mas en un cierto momento se arrimaron a los disidentes, y así hizo el es-

pañol Pedro de Luna, no obstante, las exhortaciones que le dirigiera Catalina. Un solo cardenal italiano permaneció devoto al papa y fue Tebaldeschi, el cual en el lecho de muerte, el 22 de agosto, declaró que la elección de Urbano había sido libre y válida: aquel día mismo murió.

En este momento Urbano VI, dejado completamente solo, renovó el Sacro Colegio, nombrando el 18 de septiembre veintiséis cardenales nuevos, de los cuales dos eran franceses y veinticuatro italianos. Esto apresuró la resolución: los rebeldes de Anagni citaron al papa y enviaron a las potencias una circular en la que declaraban que el papa había sido elegido únicamente por temor a la furia popular y por ello, inválidamente; y le calificaron a él personalmente como apóstata.

El 20 de septiembre completaron la labor nefasta, eligiendo como antipapa al cardenal conde Roberto de Ginebra, quien asumió el nombre de Clemente VII, y cuya elección fue notificada a las cortes europeas. El nuevo elegido era ante todo un príncipe de su tiempo, poseía varios rasgos humanísticos y diplomáticos, mas, sobre todo, militares de los que señalaron la civilización del Renacimiento; sin embargo, espiritualmente no estaba a la altura de los propios recursos políticos, y esto debió de influir gravemente enseguida sobre el curso de los acontecimientos.

Raimundo de Capua nos cuenta su visión

Catalina inspira el retorno del papado a Roma. En 1375 Florencia, Perugia, una gran parte de la región Toscana de Italia y hasta los Estados Pontificio, entraron en liga contra la Santa Sede. El corazón de Catalina, que tres años antes había profetizado estos eventos, se traspasó de dolor. Por sus oraciones y esfuerzos, muchas ciudades, entre ellas Arezzo, Lucca y Siena se mantuvieron fieles al papa.

El papa Gregorio XI, que residía en Aviñón, al no conseguir nada con sus cartas a Florencia, envió un ejército a esta ciudad. Las divisiones internas causaron que los florentinos buscaran reconciliación. Le pidieron a Santa Catalina que fuera mediadora. La santa llegó a Aviñón el 18 de junio de 1376. El papa se reunió con ella y con gran admiración por su prudencia y santidad, le dijo: "No quiero otra cosa sino paz. Pongo este asunto enteramente en tus manos".

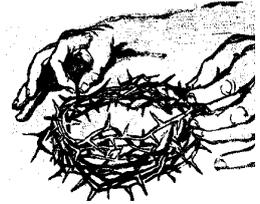
El papado se encontraba en Aviñón, hoy parte de Francia, desde el 1314, cuando fue electo papa el francés que tomó el nombre de Juan XXII. Sus sucesores también vivieron en Aviñón. El Papa es el obispo de Roma, por lo que los romanos protestaban que su obispo los había abandonado por setenta y cuatro años y amenazaban con un cisma. Gregorio XI había hecho voto secreto de regresar a Roma, pero no se decidía al notar la resistencia de su corte. Aprovechando la presencia de Catalina en Aviñón, le consultó el caso. "Cumpla lo que le ha prometido a Dios", fue la respuesta de Catalina. La santa recibió del Señor la certeza de que el Papa debía regresar a Roma y aquel fue el momento en que se lo pudo comunicar. El Papa, sorprendido de que supiese por revelación lo que el no había confiado a nadie, decidió cumplir con su traslado a Roma. Catalina le escribió en varias ocasiones animándole a apresurar su retorno a Roma. El Papa salió de Aviñón el 14 de septiembre de 1376.



No tardaron en aparecer las envidias y las preguntas farisaicas de los que deseaban atrapar a la santa. Pero se quedaban asombrados ante sus respuestas a las preguntas más difíciles sobre la vida interior y otros temas. Por otro lado, los florentinos continuaban en sus intrigas contra el Papa por lo que éste envió a Catalina a vivir en esa ciudad. Pero al final, en 1378, logró la reconciliación de esa ciudad con el sucesor de Gregorio, el Papa Urbano VI.

En seguida Catalina volvió a Siena para continuar su vida solitaria de oración intensa. Algunas de sus meditaciones fueron recogidas en el tratado *Sobre la Providencia*. Por años, vivió en abstinencia rigurosa, de tal manera que prácticamente se alimentaba solo de la Eucaristía. En una ocasión ayunó desde el miércoles de ceniza hasta el día de la Ascensión, recibiendo solamente la Sagrada Hostia.

En una visión, el Señor le presentó dos coronas, una de oro y la otra de espinas, invitándola a escoger la que más le gustara. Ella respondió: “Yo deseo, oh Señor, vivir aquí siempre conformada a tu pasión y a tu dolor, encontrando en el dolor y en el sufrimiento mi respuesta y deleite”. Entonces, con decisión tomó la corona de espinas y la presionó con fuerza sobre su cabeza.



Dos veces, en fiestas litúrgicas especiales, la Virgen le ayudó milagrosamente. Durante una misa de Año Nuevo, Catalina estaba tan sobrecogida por la emoción, que cuando se puso de pie para ir a recibir comunión estuvo a punto de caer. La Virgen, con sus manos tiernas y, al mismo tiempo, fuertes, la sostuvo hasta que se recuperó.

Un día de la Asunción, que tradicionalmente era la fiesta más grande del año en Siena, Catalina estaba muy enferma en cama y deseaba intensamente por lo menos poder ver la catedral. De pronto se encontró en el atrio de la Catedral de la Asunción de Nuestra Señora y pudo caminar perfectamente y participar en la misa solemne dedicada a la Virgen.



Catalina tenía gran devoción por el Niño Jesús. Una noche de Navidad, mientras oraba con sus hermanas de la Tercera Orden en la Iglesia de Santo Domingo, se le concedió una visión muy impresionante: la Virgen María de rodillas adorando en oración ferviente al recién nacido, el Divino Niño. Catalina estaba tan sobrecogida que suplicó humildemente a la Virgen que le permitiera cargar al Niño por un momento. Con una sonrisa afectuosa, la Virgen tomó al Niño y se lo entregó a Catalina, quien teniéndolo en sus brazos, lo besó y le susurró al oído los nombres de todos sus seres queridos.

Poco antes de morir, en el Adviento, Santa Catalina escribió estas palabras a una amiga: “Te pido, en este dulce tiempo de Adviento y de la fiesta de Navidad, que visites el pesebre donde posa el Manso Cordero. Allí encontrarás también a María, una extranjera y un exilio, en tan gran pobreza que no tiene con qué vestir al Hijo de Dios, o fuego con que calentarlo.... Asegúrate de recurrir siempre a la Virgen Santísima, abrazando siempre la cruz.”

En 1378, ocurre el gran cisma de la Iglesia. Al morir Gregorio XI, el papa Urbano VI fue electo. Más tarde muchos cardenales declararon la elección nula y eligieron a un nuevo Papa, Clemente VII. Con él, se fueron a Aviñón.

Santa Catalina sufrió muchísimo por Jesús y su Iglesia. Escribió a los cardenales y príncipes de varios países implorándoles que reconocieran al papa Urbano y así acabar con el cisma. También

escribió al mismo papa Urbano exhortándole a dominar su difícil temperamento que había sido en parte causa de la división. El Papa la escuchó y le pidió ir a Roma para ayudarle a persuadir a los cismáticos. Trabajando en esa misión en Roma, la santa se enfermó y murió el 29 de abril de 1380, a la edad de treinta y tres años.

Fue enterrada en Roma, en la Iglesia de Minerva, donde hoy día puede visitarse su cuerpo que yace bajo el altar tras un panel de cristal. Su cabeza está en la Iglesia de Santo Domingo en Siena, en cuya ciudad también se puede visitar su casa, ver sus instrumentos de penitencias y otras reliquias.

Para apreciar la vida de la santa, tan engalanada con dones extraordinarios, no podemos olvidar su incondicional amor a la cruz. Tuvo grandes y prolongados sufrimientos, tanto los físicos como los del corazón. Cuando se ama mucho se sufre por el amado. Ella sufría las ofensas contra Jesús, contra Su Madre, contra la Iglesia, contra los pobres. Sufría por los pecadores. Aunque muchos la admiraban, muchos también la tildaban de farsante y la hacían sufrir. Sus virtudes heroicas la hicieron victoriosa sobre sus pasiones en las pruebas más difíciles. Es por todo esto que la debemos admirar y nos sirve de inspiración para nosotros buscar la santidad. En Santa Catalina vemos lo que Dios puede hacer con un corazón que se deja traspasar de amor por Él y por la Virgen.



Y nos sigue narrando...

... El arzobispo de Acerenza había concebido una gran estima por ella, sabiendo que yo era su confesor, me rogó que le escribiese que viniera a Roma a visitar a Su Santidad. Yo le escribí enseguida, pero ella me respondió con prudencia: "Padre, muchos de nuestros conciudadanos con su mujeres, y también algunas hermanas de mi Orden, por el exceso de viajes que, como ellos dicen, he hecho hasta ahora dando vueltas de acá para allá, se han escandalizado un poco y dicen que no es conveniente que una virgen religiosa se ponga demasiado a menudo en camino. Aunque estoy segura de no haber hecho nada malo durante estos viajes, pues he ido donde he ido por obediencia a Dios y a su Vicario o por la salud de las almas, sin embargo, para no dar motivo de escándalo, me propongo por ahora no moverme de aquí. Pero, si el Vicario de Cristo quiere absolutamente que vaya, hágase su voluntad y no la mía. Si fuese así, usted hágalo de tal modo que su voluntad aparezca por escrito, con el fin de que quien se escandaliza vea claro que no me muevo por capricho".

Recibida la respuesta, fui a ver al Pontífice y, postrado a sus pies, se lo conté todo. Él me encargó que le transmitiera como un precepto de santa obediencia que había de salir enseguida; y así lo hice.

Como hija de la obediencia, Catalina emprendió de inmediato el viaje hacia Roma, seguida de un gran número de hombres y mujeres. Otros aún le hubieran seguido, si ella no se lo hubiese impedido. Quienes la acompañaron, se remitieron a la obediencia de Dios y prefirieron peregrinar y mendigar con la virgen que quedarse en sus propias casas, donde no les faltaba nada, salvo una tan suave y buena compañía.

El Sumo Pontífice se mostró feliz de volverla a ver y quiso que dijera dos palabras de exhortación ante los cardenales presentes, en especial a propósito del cisma, que entonces estaba en su comienzo. La virgen los animó con muchos argumentos expresados con bellas formas a tener una fuerte constancia. Demostró que la Divina Providencia está siempre presente, en especial cual la Iglesia sufre, y concluyó diciendo que no tuvieran miedo del cisma que comenzaba, y que hiciesen lo que Dios les inspirase.

Cuando hubo acabado de hablar, el Pontífice, tranquilizado, hizo eco de sus palabras y dirigiéndose a los cardenales, les dijo: "Fijaos, hermanos,



de qué modo ante el Señor resultamos dignos de ser reprendidos por nuestros temores. Esta mujercilla nos confunde. La llamo mujercilla, no por desprecio, sino para indicar el sexo al cual pertenece, que de por sí es débil, y para nuestro aliento. Por naturaleza, ella debería temer también cuando nosotros nos sintiésemos bien seguros; en cambio somos nosotros los que tememos, mientras que ella no lo hace; más aún, nos da

valor con su persuasión. ¡Esta es la vergüenza!" Y continuó: "¿De qué habría de tener miedo el Vicario de Jesucristo, aunque todo el mundo se le pusiera en contra? Cristo es más poderoso que el mundo, y no es posible que abandone a su Iglesia".

Con tales palabras, el Sumo Pontífice, animándose a sí mismo y a sus hermanos, aprobó en el Señor a la santa virgen, y le concedió, a ella y a quienes la acompañaban, muchas gracias espirituales.

Cuando hubieron pasado algunos días, se le ocurrió al Pontífice mandar a la virgen Catalina, junto con otra virgen, también llamada Catalina y que era hija de la beata Brígida de Suecia, la cual hacía poco que el Papa Bonifacio X había incluido en el catálogo de los Santos, a visitar a Juana, reina del Reino de Sicilia. Esta reina, por instigación del diablo, se había rebelado contra la santa Iglesia y estaba perdiéndose tras el cisma y los cismáticos. Era de esperar que las dos vírgenes, bien conocidas de Juana, la apartasen de su error.

Cuando nuestra virgen se enteró de la intención del Papa, no se retrajo del peso de la obediencia, y se ofreció a ir allá. La otra Catalina, esto es, la de Suecia, no quiso saber nada de ello y, en mi presencia, se negó a emprender el viaje. Tengo que confesar que también yo, por mi poca fe, tuve muchas dudas sobre la disposición decidida por el Pontífice. Pensé que la buena fama de las santas vírgenes es muy delicada y que basta una nadería para denigrarla. La reina a la cual eran enviadas, erigida por los secuaces de Satanás, ¡tenía tantos a su alrededor!, podía muy bien mandar a hombres perdidos para hacerles daño por el camino e impedir que se acercasen a ella; así no hubieran conseguido lo que intentaban y ambas vírgenes hubieran sido infamadas.

Manifesté al Pontífice mis pensamientos y él, después de pensarlo, me respondió: “Dices bien; es mejor que no vayan”. Cuando se lo conté a la virgen, que me escuchaba tendida sobre su cama, me miró fijamente y me interrumpió diciendo en voz alta: “¡Si Inés y Margarita hubieran pensado tantas cosas, no habrían conseguido nunca la corona del martirio! ¿No tenemos acaso nosotras un Esposo que nos puede librar de caer en las manos de los impíos y conservar nuestra pureza incluso en medio de una turba de hombres desvergonzados? ¡Las consideraciones que ha hecho no valen nada, y no se las ha sugerido la prudencia, sino por la poca fe!”. Al oírla, aunque dentro de mí me avergonzase de mi imperfección, me alegré de su gran virtud y admiré la estabilidad de su fe.

El Pontífice, mientras tanto, había determinado que el viaje de las dos vírgenes no tuviese lugar, y yo no hablé con nadie más de él.

He contado la cosa para que todos los lectores puedan ver el grado de perfección que Catalina había alcanzado.

Después de todo esto, le pareció bien al Sumo Pontífice mandarme a las Galias, creyendo poder conseguir, por medio de sus Legados, alejar del cisma a Carlos, rey de Francia, que había entrado a formar parte de sus instigadores. Pero no se había de conseguir nada, porque Carlos tenía un corazón más duro que el de los faraones.

Conocida la intención del Pontífice, hablé con la virgen y ella, aunque disgustada por tener que renunciar a tenerme a su lado, me convenció para que obedeciera enseguida los deseos del Papa. Entre otras cosas me dijo: “Tenga por cierto, padre, que éste es el verdadero Vicario de Cristo, por más que digan los cismáticos calumniadores; y quiero que usted se exponga a predicar y a defender esta verdad, tal como tiene la obligación de hacerlo por la verdad de la fe católica”. Aunque tenía ya la certeza de esa verdad, sus palabras me reafirmaron en el propósito de trabajar contra los cismáticos que la impugnaban; aún hoy, según mis fuerzas, no dejo de trabajar por la defensa del verdadero pontífice. El recuerdo de sus palabras me es verdaderamente de gran consuelo en la tristeza y en las horas de extravío. Hice pues tal como ella me sugería y me uní al cuello el yugo de la obediencia.

Algunos días antes de mi partida, previendo el futuro, quiso hablar conmigo de las revelaciones y los consuelos que había recibido del Señor y excluyó, no del lugar, pero sí de nuestros coloquios, a cualquier otra persona. Permanecimos juntos varias horas y, acabado el coloquio, me dijo: “Vaya con Dios, porque creo que en esta vida nunca hablaremos entre nosotros tan largamente como lo hemos hecho ahora”. ¡Así exactamente sucedió!.

Yo me fui y ella se quedó y, antes de que yo volviera, ella voló al cielo. ¡En verdad no pude volver a gozar de sus santos razonamientos! Cuando subí a la nave, Catalina vino personalmente hasta allí para acompañarme, ¡pienso que para darme el último saludo!. Cuando nos separamos de la tierra firme, ella se arrodilló para rezar y luego, con lágrimas en los ojos, nos dirigió la señal de la cruz, como si quisiera decir: “Tú, hijo mío, irás seguro bajo la protección del signo de la santa cruz; pero en esta vida no volverás a ver a tu madre”.

Todo fue de maravilla. A través de un mar infestado de piratas, navegamos sin molestias hasta Pisa y, también sin ser molestados, llegamos a Génova a pesar de que habíamos encontrado na-

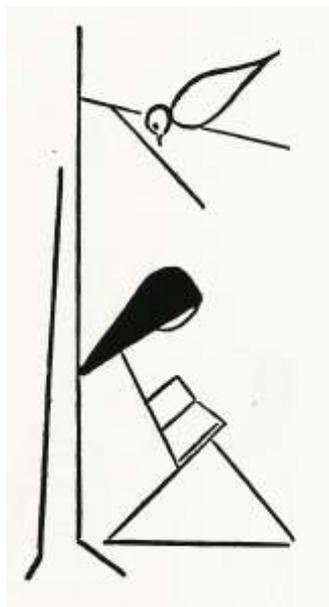


ves de cismáticos que se dirigían a Aviñón. Continuamos el camino por tierra y llegamos a Ventimiglia pero, de haber continuado, hubiéramos caído en las insidias preparadas por los pérfidos cismáticos, los cuales, antes que nada, querían matarme. En cambio, como Dios lo quiso, pues nos entretuvimos un día en Ventimiglia, un fraile de mi Orden, nativo de aquellos lugares, me mandó una carta que decía: "No vayas más allá de Ventimiglia, porque te han preparado trampas; si caes en ellas, nadie te salvará de la muerte". Leída la carta, por consejo del compañero que me había dado el Papa, volví atrás y me detuve en Génova.

Desde allí informé al Pontífice de cuanto sucedía y le pregunté cómo debía comportarme. Me respondió que me quedase y que predicase en Génova la cruzada contra los cismáticos. Por esta razón se retrasó mi retorno, y durante este tiempo la santa virgen terminó felizmente el curso de su vida, coronada, como veremos, con un admirable martirio.

A partir de entonces no pude volver a ser testimonio ocular de lo que sucedió, y lo que escribiré lo recojo de las cartas que en aquel tiempo me mandaba a menudo para tenerme al corriente de su vida; también lo saco de lo que me dijeron hombres y mujeres que estuvieron junto a ella hasta que expiró y que, tras su muerte, vieron los prodigios que el Señor operaba por medio de su esposa; también lo obtengo de los escritos de algunos hijos suyos inteligentes que dejaron escritas en latín y en lengua vulgar algunas cosas notables para que fuesen conocidas de todos.

Pero para que, citando de manera genérica los testimonios, no parezca que quiera engatusar al lector, los nombraré a todos, hombres y mujeres, de uno en uno. ¡A ellos habrá que creer, no a mí!. Yo los conocía; y todos ellos, que imitaron a la perfección el ejemplo de la virgen, son los únicos intérpretes sinceros de sus acciones. Aquí están sus nombres: comienzo por las mujeres, porque ellas no la abandonaron casi nunca.



Alessia de Siena, hermana de la Penitencia de Santo Domingo, que, aun habiéndose puesto bajo su guía más tarde que las demás, en mi opinión fue la primera por la perfección de sus virtudes. Estuvo casada con un noble científico, y se quedó viuda muy pronto; aún joven, despreció los placeres del mundo y de la carne y se aficionó de tal modo a la virgen que no podía vivir sin ella. Vendió todos sus bienes, y por consejo de la virgen misma lo distribuyó todo a los pobres. Imitando a su maestra, ayunaba, velaba, martirizaba su carne con muchas penitencias, y continuamente se entregaba a la plegaria y a la contemplación. Fue tan perseverante y perfecta que, si no me equivoco, la santa virgen, revelándole en sus últimos días sus secretos quiso que, después de su muerte, la pusieran en su lugar y la imitaran.

Apenas volví, la encontré todavía viva en Roma y me contó muchas cosas. Poco después murió y siguió a aquella que había amado tanto en el Señor. Alessia fue mi primera informadora de lo que sucedió durante mi ausencia.

La segunda es Francesca, mujer muy religiosa y unida a Dios y a Catalina con verdadero afecto. Al quedarse viuda, tomó de inmediato los hábitos que también la virgen vestía; también consagró al servicio de Dios, en la Orden de Predicadores, los tres hijos que le habían quedado, que condujo al cielo, soy testigo yo de ello, antes de morir. Llevaron una vida ejemplar, como me es conocido. Volaron al cielo durante la peste, no sin una milagrosa intervención del Altísimo, solicitado por

las plegarias de esa virgen, como recuerdo haberlo escrito en la segunda parte de esta obra, en el capítulo que habla de los milagros operados a propósito de la salvación de las almas. También Francesca, junto con las demás, me puso al corriente de muchas cosas y murió poco después de Alessia.

La tercera compañera de santa Catalina es Lisa, que sigue en vida. Todos la conocen en Roma, especialmente en el barrio donde vive. De ella no digo nada, porque vive aún y porque que la esposa de un hermano de Catalina. No quisiera que los incrédulos consideraran sospechoso su testimonio, aunque siempre he encontrado que Lisa es una mujer que no dice mentiras.

Tras la muerte de Catalina he conocido a muchos hombres que estuvieron presentes en su tránsito, pero sólo nombraré a cuatro, porque los considero insignes y llenos de virtud. Dos están ya en el cielo con ella; los otros dos siguen en vida. Los nombro para confundir a los incrédulos y también para decir de cada uno de ellos algo en particular.

El primero de ellos fue un cierto Santi, santo de nombre y de hechos, tanto que lo llamábamos fray Santo. Era de Teramo, y por el Señor abandonó a sus parientes y su ciudad, y se fue a Siena donde, durante treinta años o más, si no me equivoco, con el consejo de bravos y devotos religiosos, llevó una vida irreprochable de anacoreta. Era ya viejo cuando se encontró con esa perla preciosa, esto es, con la virgen Catalina y, abandonando la tranquilidad de la celda y su primer modo de vivir, la siguió no sólo para favorecerse a sí mismo y a los demás, sino también porque le atraían los signos y los milagros que cada día veía llevarse a cabo en sí mismo y en los demás. Él afirmaba que, siguiendo a Catalina y escuchando su doctrina, encontraba mayor tranquilidad y consolación de mente y mayor provecho en la virtud que permaneciendo en la soledad de su celda. Reconocía de un modo especial haber sacado provecho de la virtud de la paciencia porque, como sufría mucho por una penosa enfermedad cardíaca, había aprendido de Catalina a soportarla con paciencia y con alegría; por ello agradecía al Altísimo. Santi me informó de muchas cosas que sucedieron mientras yo estaba lejos. También él, durante una nueva ausencia mía, se fue al cielo a reunirse con su maestra.



El segundo fue un florentino, joven de edad pero viejo de cordura y, a mi juicio, lleno de todas las flores de la virtud. Se llamaba Barduccio. Dejó a sus padres, a sus hermanos y su tierra, y siguió a la santa virgen a Roma, donde permaneció con ella hasta que la vio expirar. Descubrió enseguida que Catalina tenía por él un amor espiritual más fuerte aún que a los demás. Creo que ello sucedió por su pureza, que considero que fue virginal. No ha de maravillarnos que una virgen amase a un hombre virgen. Muerta Catalina, Barduccio se apoyó en mí y se puso bajo mi dirección. Creo que esto lo quería ella, pues sabía que le quedaba poco tiempo de vida. En efecto, poco después de la muerte de Catalina, Barduccio fue atacado por la enfermedad que los médicos llaman tisis y, aunque de tanto en tanto se le veía mejorar, al fin murió. Preocupado porque el aire de Roma le perjudicaba, lo mandé a Siena, pero poco tiempo después entregó el espíritu a Cristo. Me dicen aquellos que estuvieron presentes en su muerte que, al llegar a sus momentos extremos, miró a lo alto y comenzó a sonreír alegremente, y con aquella sonrisa entregó el espíritu. Los signos de aquella sonrisa jubilosa se le quedaron en los labios incluso después de muerto. Esto debió de suceder porque veía venir a su encuentro, alegre y vestida de esplendor, a aquella que en esta vida había amado con sincera pureza de corazón. También él me contó muchas cosas ocurridas

en mi ausencia, y yo le presto toda la fe, como si las hubiese visto por mí mismo, pues sé con certeza que fue un joven de gran virtud.

El tercero está todavía vivo, y es Stefano dei Maconi, de Siena. No hago su panegírico porque sigue en vida y, mientras está en vida, no hay que alabar a nadie. Pero para que se sepa, diré que fue uno de los amanuenses de la virgen, y que escribió bajo su dictado la mayor parte de sus cartas y la mayor parte de su Libro. Era tan entusiasta de Catalina que, abandonando a su padre, a su madre, a sus tres hermanos y su ciudad, la acompañó a todas partes donde iba. La virgen, cuando estaba agonizando, lo llamó y le dijo: "Hijo, es voluntad de Dios que dejes totalmente el mundo y entres en la Orden de los Cartujos". El buen hijo recibió con devoción el mandato y lo ejecutó escrupulosamente por los hechos se sabe, y cada día es más visible, que aquellas palabras salieron de la boca del Altísimo, porque no recuerdo haber visto u oído en ninguna Orden que un religioso novel hubiese sacado un provecho tan claro de las virtudes.

Después de profesar, no tardó mucho en ser prior y se comportó tan bien que lo reelegían constantemente. Hoy es Prior en Milán y Visitador de muchos conventos de su Orden. Su nombre goza de gran estima. Escribió algunas cosas que sucedieron durante el tránsito de la virgen, en el que estuvo presente, y que me repitió de vida voz. Él fu también testigo de casi toda la vida de Catalina, hasta el punto de que puedo decir con Juan Evangelista: "Y él sabe que digo la verdad"; esto es, Stefano, cartujo, sabe que Raimundo, de la Orden de los Predicadores, dice la verdad, y Raimundo, aun indignamente y sin merecerlo, ha escrito la vida de Catalina.

El cuarto y último de los hombres que me lo han contado todo vive aún, es Neri dei Pagliaresi, de Siena, hijo del difundo Landoccio. Después de la muerte de la santa virgen, comenzó una vida anacoreta, en la cual persevera. Con Stefano y Barduccio fue uno de los amanuenses, tanto de las cartas como del Libro; antes que los otros, había dejado a su padre, que vivía aún, y a sus parientes para seguir a Catalina. Puesto que durante largo tiempo conoció las acciones virtuosas de la santa virgen, lo he llamado como testigo de esta vida, junto al hermano Stefano, cartujo.

Éstos y éstas, con la palabra y con los escritos, me informaron sobre las cosas que ocurrieron durante mi ausencia tanto antes de la muerte como durante la agonía y el tránsito de Catalina.

Testamento espiritual y tránsito de santa Catalina

Su concepto primero y fundamental fue que quien se acerca al servicio de Dios y quiere verdaderamente poseer a Dios, debe despojar su corazón de todo amor sensible, no sólo hacia cualquier persona, sino también hacia cualquier criatura, y buscar a Dios creador con un corazón simple e íntegro. El corazón, decía ella, no puede entregarse totalmente a Dios ni no está libre de cualquier otro afecto y si no es franco y simple, sin doblez. Afirmaba también que, desde niña, no había hecho sino trabajar para alcanzar este fin. Dijo también que había conocido que el alma, sin la plegaria, no podía llegar de un modo perfecto al estado en que puede dar completamente su corazón a Dios, y demostró que la oración debe fundamentarse en la humildad, y no provenir de la confianza en alguna virtud de quien reza, que siempre ha de reconocer que por sí mismo no es nada. Añadía que se había esforzado siempre con toda diligencia y solicitud a entregarse al ejercicio de la plegaria para adquirir su virtud continua, pues había visto que por la plegaria las demás virtudes re-



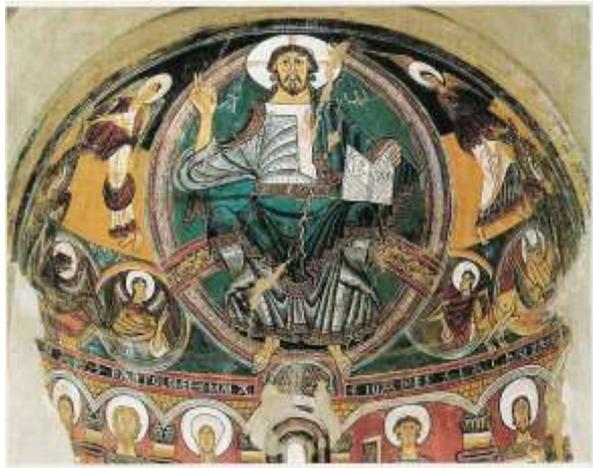
cibían incremento y vigor, mientras que, sin ella, se debilitaban y desaparecían. Por ello persuadía a los oyentes a que perseverasen en la plegaria, y distinguía dos modos de oración, la vocal y la mental, y les enseñaba que atendieran en ciertas horas determinadas a la plegaria vocal, pero a la plegaria mental siempre, bien en acto, bien por costumbre.

Dijo también que con la luz de la fe había intuido claramente y visto que cuanto le ocurría a ella o a los demás, venía todo de Dios, no por odio, sino por el gran amor que Él tiene por sus criaturas. Por esta razón, ella había concebido y adquirido un gran amor y una pronta obediencia a los mandamientos de Dios y a sus ministros, considerando siempre que sus mandatos venían de Dios por la necesidad de su propia salvación o para aumentar de las virtudes de su alma. Añadió que para conseguir pureza de mente es preciso que el hombre se abstenga de juzgar al prójimo y de charlar de las cosas que hace, pues en toda criatura deberíamos ver sólo la voluntad de Dios. Por ello les decía muchas cosas a propósito de no juzgar por cualquier motivo a ninguna criatura; y que no habían de despreciarla o condenarla, aunque con sus propios ojos la viesan cometer pecado. Y si llegaban a conocer una culpa de alguien, debían tener compasión el pecedor, rogara al Señor por él y no considerarlo digno de desprecio y de condena.

*“Amaos los unos a los otros,
hijos míos queridísimos.
¡Queréos mucho!”*

Decía que había tenido siempre una gran fe y esperanza en la divina Providencia, y los animaba a hacer otro tanto, pues ella misma había probado y conocido por experiencia hasta qué punto la divina Providencia era grande y sin medida. A propósito e ello recordaba que, también ellos estando con ella lo habían experimentado alguna vez, cuando el Señor había subvenido milagrosamente a sus necesidades; añadía que la divina Providencia nunca le falta a quien espera en ella, y que de modo especial siempre estaría con ellos.

Estas y otras enseñanzas daba la santa virgen a los suyos; y concluyó sus palabras con el precepto del Salvador, exhortándolos humilde e insistentemente a amarse los unos a los otros. Les



repitió varias veces con acento suave y cálido: “Amaos los unos a los otros, hijos míos queridísimos. ¡Quereos mucho!”. En el amor, decía, demostrarían verdaderamente ser y querer continuar siendo sus hijos espirituales; ella lo tomaría en consideración y haría todo lo posible por mostrarse como su madre. Más aún, amándose mutuamente serían su gloria y su corona y ella, teniéndoles siempre como hijos, rogaría a la divina Bondad que infundiera en sus almas la abundancia de gracias que el Señor se había dignado

infundir en su alma.

Además, con autoridad plena de amor, mandó a todos que sus deseos fuesen siempre ardientes y que los presentaran a Dios con humilde y devota plegaria por la reforma y el buen estado de la santa Iglesia de Dios y por el Vicario de Cristo. Les aseguraba que ella, siempre, pero de un modo especial desde hacía siete años, había llevado esos deseos en el corazón y nunca había olvidado, al menos en este tiempo, ofrecerlos a la Majestad y Bondad divina. Confesaba sin reticencias que para

obtener esa gracia debió sufrir muchas penas y enfermedades, penas todas que volvía a sufrir mientras hablaba de ellas.

Añadía que, tal como Satanás había obtenido el permiso de Dios para someter el cuerpo de Job a muchas penas y enfermedades, así parecía que había obtenido del Señor licencia para atormentar y martirizar el cuerpo de ella con muchas y variadas aflicciones. Tan cierto es que, desde la planta de los pies hasta la parte superior de la cabeza, no había en ella ninguna parte sana, porque cada miembro sufría su pena; algunos miembros, además, eran trabajados por varios tormentos a la vez, como saltaba a la vista de cualquiera que la mirase, aunque ella no decía nada. Dijo también: “Me parece que mi Esposo ha dispuesto absolutamente y quiere que en este y por este fuerte y ardiente deseo, después de las penas que su bondad me ha dado, mi alma, sacada de la cárcel tenebrosa, vuelva al lugar donde tuvo su principio”.

Los mismos testigos contaron en sus escritos que las penas de Catalina les parecían tan horribles e insoportables, que nadie, sin estar sostenido por una gracia especial de Dios, las hubiera soportado; les maravillaba ver cómo ella las podía soportar con un ánimo tan tranquilo y sin dar signos de cansancio.

A los que se maravillaron y lloraban de dolor, añadió: “Hijos queridísimos, no os entristezcáis si me muero; debéis regocijaros y alegraros conmigo, porque dejo un lugar de penas para ir a descansar a un océano de paz en Dios eterno. Os doy mi palabra: después de mi muerte os seré más útil de lo que os he sido mientras estaba con vosotros en esta vida tenebrosa y llena de miserias. No obstante, pongo la vida y la muerte, como todo, en manos de mi Esposo eterno. Si Él ve que yo puedo ser de provecho para alguna criatura y quiere dejarme todavía en las fatigas y las penas, estoy dispuesta, por el honor de su Nombre y por la salvación de las almas, a sufrir los tormentos y, si fuese posible, la muerte cien veces al día. Si en cambio le place que yo muera, tened por seguro que habré dado la vida por la santa Iglesia, y esto lo creo por una gracia excepcional que me concedió el Señor”.

Entonces los llamó junto a sí de uno en uno y ordenó a cada cual de qué manera se había de comportar una vez muerta ella.

Llamó al confesor e hizo confesión general, aunque solía hacerla cada día; pidió luego humildemente la sagrada Eucaristía y los demás Sacramentos, y en las horas y con los modos debidos fue plenamente contentada. Entonces solicitó la indulgencia plenaria que le había sido concedida por los dos Sumos Pontífices Gregorio XI y Urbano VI. Luego entró en agonía y comenzó un combate cerrado con el antiguo adversario. La cosa no escapó tampoco a los presentes: lo vieron por los movimientos que ella hacía y por las palabras que decía. A veces, se callaba; a veces respondía, a veces se reía, como si se divirtiese oyéndolo hablar, y a veces se enfadaba.



Notaron un hecho especial, y me lo contaron; creo que fue voluntad de Dios. Después de haber guardado un cierto silencio, como si hubiese oído un reproche, a la vez que se dibujaba en sus labios una sonrisa, la virgen pronunció estas palabras: “¡La vanagloria no; la verdadera gloria y la alabanza de Dios, sí!”. No sin razón la divina Providencia quiso que se supiese esto, pues muchos hombres y mujeres devotos creían en ella, afable como era, y por el cúmulo de gracias que le había concedido el Señor, buscaba el aplauso de las gentes, o que al menos se complacía con aquellos dones. ¡Esta debía ser la razón por la que siempre buscaba la compañía de los hombres! De ella he

oído decir muchas veces: “¿Cómo va dando vueltas por ahí? ¡Es una mujer! Si tanto quiere servir a Dios, ¿por qué no se queda en casa?” ¡Pero cierta gente ya ha recibido su reprimenda!

Dijo: “¡La vanagloria no; la verdadera gloria y la alabanza de Dios, sí!”. Como si quisiera decir que no había ido dando vueltas por ahí, ni había hecho nada por vanagloria, sino que todo lo había hecho en alabanza y por la gloria del Nombre del Salvador.

Yo, que he oído muy a menudo sus confesiones parciales y generales y he pesado escrupulosamente todas sus acciones, puedo decir y afirmo que todas sus obras fueron hechas por mandato de Dios y por inspiración divina. No sólo Catalina no pensaba en los aplausos de los hombres, sino que ni siquiera en los hombres en particular, excepto cuando rezaba por la salvación de ellos o cuando, con sus trabajos, procuraba su salvación. Quien no la haya conocido en persona seguramente no puede comprender hasta qué punto su alma estaba libre de pasiones humanas, incluso de las que son comunes también a las personas virtuosas. En ella parecía haberse ejecutado el dicho del Apóstol: “Somos ciudadanos del cielo”. La virgen no podía ni por un instante alejarse de su idea fija ni renunciar al fervor de la caridad; por ello no podía haber lugar en su alma para la vanagloria ni para ningún deseo terrenal.

Mientras tanto, Semia vino a pasar casualmente por aquel lugar y, al ver el tumulto, preguntó cuál era la razón. Le respondieron que había muerto Catalina de Siena, y que su cuerpo estaba entonces en aquella iglesia; por ello, el pueblo corría hacia allí.

Oído esto, se echó a llorar muy fuertemente y se precipitó hacia el lugar donde yacía el cuerpo de la santa virgen Catalina y se puso a gritar a sus hijas espirituales, que rodeaban el féretro: “Malas mujeres, ¿por qué me habéis escondido la muerte de mi dulcísima madre? ¿Por qué no me habéis llamado cuando agonizaba?”. Mientras ellas se excusaban, preguntó: “¿A qué hora ha muerto?”. Le respondieron: “Ayer entregó el espíritu al Creador, y era hacia la hora tercera”. Entonces Semia, arañándose la cara, exclamó: “¡Yo la vi! ¡Vi a mi queridísima madre salir de su cuerpo, llevada por los ángeles al cielo, adornada con tres coronas preciosas y resplandecientes y vestida de blanco! Ahora sé que el Señor me ha mandado a un Ángel suyo y me mostró el fin de mi madre, me conservó la misa y, lo que es más, me ayudó milagrosamente en la cocina. ¡Oh, madre! ¡Oh, madre! ¿Por qué no lo comprendí durante aquella visión, que tú pasabas de este mundo?” Entonces contó a los hijos y a las hijas que estaban alrededor del santo cuerpo, guardándolo, la visión que había tenido.





Que entendía Catalina por Iglesia

En expresión de la santa Doctora de la Iglesia se halla “fundada en la sangre”, es decir, en la pasión y muerte redentora de Jesucristo. De manera global, la Iglesia es comunidad, sociedad o congregación de todos los que creen en Cristo.

La Iglesia fue el desvelo constante de su vida, hasta que entregó su alma al Señor. Todas las demás: la paz, el retorno del Papa a Roma, la cruzada y otras más particulares fueron, en cierto modo, preocupaciones transitorias y subsidiarias. El mismo cisma hemos de considerarlo como un percance histórico en el tema general de la Iglesia.

Recordemos lo que entendía Catalina por Cuerpo místico y por Iglesia.

El proemio de *El Diálogo* y la carta 272 nos señalan hasta dónde llegaba en su corazón la preocupación que tenía por la Iglesia. Habla en ambos lugares de una carta recibida de Fray Raimundo de Capua sobre las ofensas a Dios y a su Iglesia. Posiblemente cisma y elección de un anti-papa, realizada apenas hacía quince días, era el tema más candente.

La reforma de la Iglesia era necesaria porque el amor propio, los egoísmos de toda clase, la habían envenenado. De las tribulaciones en que se halla saldrá para gozar de la dulzura de los buenos ministros y pastores, lo que le ha revelado el Señor y le produce gran consuelo.

La faz de la Iglesia, su apariencia externa, es de “leprosa”, afeada por las inmundicias, el amor propio, la inflada soberbia y la codicia. Es como una viña, que tiene una planta que da frutos agrios. Es la bodega en que se guarda la sangre de Cristo, por la que tienen eficacia todos los sacramentos. A la puerta de esta bodega contempla Catalina al Papa, a Cristo en la Tierra, que es el bodeguero, el administrador de esa sangre y de las gracias que de ella se derivan. La reverencia que se debe al Papa y a los ministros de Dios proviene que son los administradores de esa sangre y de esas gracias.

Consecuencia lógica es la independencia de la jurisdicción eclesiástica y la proscripción y condenación de cualquier intervencionismo de los seculares en los asuntos eclesiásticos. Tal intromisión, frecuente en la historia, más aguda que nunca en el famoso conflicto de las investiduras, había dejado secuelas.



En el siglo XIV, en expresión de la Santa, la Iglesia tenía su cara sucia y leprosa. Se hallaba profundamente relajada. En ese mar turbulento flotaban algunas navecillas: personas y grupos de personas que intentaban una vida más conforme con las enseñanzas de Jesucristo. De esas navecillas se tendían marmas de socorro y salvación a la gran nave de la Iglesia, a la que se intentaba salvar y llevar a un puerto de paz.

No pensemos que Catalina se hallaba sola en esta tarea. Su siglo es tiempo de grandes santos que no me detengo en enumerar. Muchas almas sufrían indeciblemente con los abusos que veían en la misma curia pontificia, tanto en Aviñón como después en Roma. “La Esposa (la Iglesia) se halla llena de toda clase de espinas, de muchos y variados pecados” leemos en *El Diálogo*, donde toda una serie de capítulos (del 110 al 134) se hallan dedicados al cuerpo místico de la Iglesia. Aunque en

ellos resalten los vicios, se habla también de los buenos pastores. La exposición de los abusos no es morbosa. Se adivina en ella un sustrato de su amor profundo a la Iglesia como institución.

A la Iglesia la defiende de sus ataques de los príncipes ambiciosos, de los señores y caciques locales, y hasta de las ambiciones y codicia de los mismos clérigos. Por eso encontramos frases y páginas condenatorias de la intromisión de tales personajes en asuntos eclesiásticos, con la disculpa de castigar los abusos de los eclesiásticos. Bernabé Visconti, por ejemplo, encarcelaba con ese pretexto a los sacerdotes y se apoderaba de lo que tuvieran ellos o sus iglesias.



En el vocabulario de Catalina y de los escritores de su tiempo, la palabra “Iglesia” y “cuerpo místico de la Iglesia”, hacían referencia a “la jerarquía eclesiástica”, en nuestro lenguaje de hoy. Los demás fieles, en palabras de Catalina, constituían el “cuerpo grande la religión cristiana” o algo que expresara la misma idea.

Ella sentía como un deber la colaboración con la jerarquía impuesta por la voluntad de Dios. En labios del Señor pone estas palabras: “Vosotros sois trabajadores míos, a quienes he puesto a trabajar en la viña de la santa Iglesia. Trabajad en el campo universal de la religión cristiana...”



Santa Brígida

Suspirando por su reforma

Además de llamar a Catalina de Siena, Dios llamó a muchas más almas a trabajar en la viña del Señor. Recordemos, por ejemplo, a Santa Brígida de Suecia que hizo de la reforma de la Iglesia el tema de sus “*Revelaciones*”. En ellas habla como lo hace Catalina, pero en un estilo muy distinto, de los abusos en la Iglesia, de los deberes de los cardenales, del Papa, de la vida coral, de los sacerdotes y de las monjas y de los superiores, de la caridad, del temor a Dios, de las lacras sociales, de la vuelta del Papa a Roma.

Alguien ha pensado que Catalina en sus 50 cartas a papas, cardenales, etc., exageraba en la exposición de los vicios que se hallaban arraigados en la jerarquía eclesiástica de entonces. Pero ella promovió con toda su alma la reforma, pero de modo bien diferente a otros que, en vez de reformadores, han sido deformadores. Lo intentó desde dentro de la Iglesia, sin lucha contra ella o sus instituciones, presta siempre a obedecer a la autoridad legítimamente constituida. No lo procuró sólo por los medios humanos sino que dio preferencia en su corazón a los espirituales: oración suya, de sus discípulos, de todos aquellos a quienes llegaba su influencia. Bien pronto se diferenció su grupo de otros de espirituales coetáneos, como los “fraticelli” que desobedecían al Papa y hasta eligieron uno a su capricho.

Hasta la actualidad repite cuenta que los pecados de los ministros de la Iglesia no afectan a lo fundamental de su institución, aunque sí la desfiguran y afean. Esos pecados y abusos no deben tener trascendencia en la vida práctica de los cristianos, pues los ministros de la Iglesia son meros administradores de las gracias de Dios y su eficacia no depende de ellos sino de los sacramentos en sí mismos, junto con la preparación en que se halle el alma de quien los recibe. Se duele y apena de esos pecados que hacen perder a la Iglesia su atractivo y eficiencia.

A Pedro, sacerdote de Semignano, le pide que haga las paces con otro sacerdote. La discordia entre ellos, sin duda con escándalo de los fieles, era tan grande que se odiaban a muerte. Le habla de la pureza de espíritu. Le increpa así: “¡Ay, ay! ¿Dónde está la pureza de los ministros del hijo de Dios? Pensad que igual que vos exigís limpieza en el cáliz que se lleva al altar, porque si estuviese sucio lo rechazaríais, así Dios, suma y eterna Verdad, exige vuestra alma limpia de pecado mortal, y singularmente de la inmundicia. En el día de hoy se ve todo lo contrario a la pureza que Dios pide: que sus miembros sean templos de Dios y portadores del fuego de su palabra y no que se conviertan en establos, lugar de puercos y otros animales. Llevan el fuego de la ira, odio, rencor y malevolencia en la casa del alma. Albergan puercos, esto es, inmundicia en que se revuelcan interiormente, como el puerco en el lodo... No quiero que seáis así, sino que con valentía os convirtáis en vaso lleno de dilección y afecto de caridad. No sé cómo vais a celebrar”. Y a continuación le suplica que se libere de la obstinación en ese pecado de odio: “Os pido esto como gracia y misericordia: quiero que hagáis la paz. Pues, ¡qué escándalo ver dos sacerdotes en odio de pecado mortal! Gran milagro es que la tierra no os trague a los dos”.

Al abad Gerardo de Puy, nuncio apostólico, le contestaba en 1375 a unas preguntas sobre la reforma de la Iglesia: “A la primera de las cosas que me preguntabais, creo que nuestro dulce Cristo en la tierra (así me parece en la presencia de Dios) debería desarraigar dos cosas por las que se echa a perder la esposa de Cristo (la Iglesia). Una es la excesiva blandura y cuidado de los parientes, en lo que es preciso que él (Gregorio XI) en todo y por todo se mortifique. La segunda es la excesiva benevolencia en la superabundancia de misericordia. ¡Ay, ay! Esta es la causa de que los miembros de la Iglesia se pudran, o sea, por no corregir. Cristo lleva muy mal en especial tres perversos vicios: la inmundicia, la avaricia y la engreída soberbia que reinan en la esposa de Cristo, es decir, en los prelados, que no se preocupan más que de deleites, cargos y grandísimas riquezas. Ven que los demonios infernales se llevan las almas de sus súbditos y no les da cuidado, porque se han convertido en lobos y revendedores de la sangre de Cristo (simoníacos). Se necesitaría una justicia para corregirlos, porque la demasía en piedad es grandísima crueldad. Se debería corregir, sin embargo, con justicia y misericordia. De veras os digo, padre, que por la bondad de Dios confío en el pecado de la blandura con los parientes se comenzará a evitar en razón de las muchas oraciones y estímulos que tendrá de los servidores de Dios”. Estas frases indican el estado de la Iglesia y de la curia pontificia de Gregorio XI, así como la libertad con que se permitía hablar de sus vicios y defectos. Me pregunto si podríamos hacerlo hoy así.

En la carta a Andrés Vitroni hace el cotejo entre los buenos y malos ministros. Los buenos administran la sangre de Cristo con manos limpias y “saborean los frutos de la virtud, que dan la vida de la gracia y proceden del verdadero y perfecto amor. Lo contrario hacen los que tienen el árbol del amor a sí mismos, el egoísmo o amor propio. Su vida está corrompida por estarlo la raíz principal, el afecto de su alma. Son indignos de ser llamados hombres, por haber abandonado la dignidad de la razón. Son como animales que se revuelven en el lodo de la inmundicia, yendo en pos de toda miseria, conforme les guía su bestial apetito. Si son religiosos o clérigos, no llevan la vida de ángel ni de hombre, sino de bestia: con frecuencia más miserablemente que lo hará un seglar... Tienen un oficio semejante a los demonios, cuyo intento es apartar a las almas de Dios para conducir las a su mismo fin, la condenación... No son guardianes de las almas sino sus devoradores, pues las ponen en manos del lobo infernal”.

A pesar de tan graves denuncias y de rechazar la corrupción, al inicuo Bernabé Visconti le recuerda el deber de respetar a los ministros de Dios: “Es necio el que se demora en el arrepentimiento u obra contra el vicario que tiene las llaves de la sangre de Cristo crucificado. Aun cuando el vicario fuera un demonio hecho carne, no debo yo levantar la cabeza contra él, sino humillarme siempre, pedir la gracia por misericordia, pues de otra manera no podéis tener ni participar del fruto de la sangre. Por amor a Cristo crucificado os suplico que no actúes más contra vuestra cabeza, el Papa”.

La podredumbre y relajación, comenzando por la corte papal, no era exageración de personas timoratas. Al Nuncio, cuyas maquinaciones políticas estaban en boca de todos, le decía: “Cuando os pedí que trabajaseis en la santa Iglesia, no quise referirme ni hablar de los trabajos que tengáis por las cosas temporales, aunque buenas, sino que principalmente con el Padre Santo debéis hacer lo que podáis para apartar de él a los lobos y demonios hechos carne, los pastores, esos que no atienden a otra cosa que a comer, a hermosos palacios y a los grandes caballos. ¡Ay, que lo que se adquiere en el madero de la cruz se malvierte en meretrices! Os ruego que, aun con peligro de vuestra vida, habléis de esto al Padre Santo para que ponga remedio a tanta maldad y que, cuando llegue el momento de nombrar pastores, no se hagan los nombramientos por lisonjas, por dinero o por simonía. Pedidle, en cuanto podáis, que preste atención y mire si el candidato tiene virtudes y santa fama, y que no aprecie más al noble que al que se gana el pan, porque la virtud hace al hombre noble y grato a Dios”.



El anhelo de reforma de la jerarquía eclesiástica no le fue dado verlo satisfecho. Soñó con una Iglesia gobernada por “servidores de Dios”. Así se lo pidió a Gregorio XI de manera un tanto velada y después a Urbano VI, al que, la llegada de la santa a Roma a fines de 1378, convenció de su ideal. En consecuencia, el Papa envió el 15 de diciembre un breve al prior de Gorgona, amigo de Catalina, para que invitase a ir a Roma a numerosos siervos de Dios. Algunos, tres o cuatro, aceptaron la invitación, otros la dieron por no recibida y otros la consideraron imprudente e inspirada por el demonio. Entre los que pensaban de esta manera se hallaba un discípulo de Catalina: Fray Guillermo Flete.



Siena

Murió entregada espiritualmente a su ideal de ver una Iglesia sin mancha alguna. A sí lo debemos apreciar por las palabras siguientes: “Creciendo el dolor y el fuego del deseo, gritaba yo, escribe Catalina, ante Dios diciendo: “¿Qué puedo hacer? ¡Oh fuego inestimable!”. Y su benignidad respondía: “Que de nuevo ofrezcas tu vida y no te des reposo. Para eso te he designado a ti y a todos los que te siguen y seguirán. Procurad, pues, no desmayar en vuestros deseos, porque yo me ocupo de ayudaros con mi gracia corporal y espiritual, con amoroso afecto.

Para que vuestros espíritus no estén ocupados en otra cosa, he dispuesto muchos proyectos y modos en la autoridad designada para gobernaros, por lo cual ella sirve a la Iglesia con bienes temporales y vosotros lo haréis con la continua, humilde y fiel oración y con las prácticas necesarias que te serán impuestas a ti y a ellos, los discípulos, por mi bondad, a cada uno según su grado”.

Esta carta a Urbano VI no tuvo eco alguno. El Papa no podía proveer a las necesidades materiales de toda una serie de siervos de Dios en Roma. Catalina olvidaba que las finanzas del Vaticano se hallaban totalmente arruinadas, porque había tenido que pagar a compañías de soldados para

defender los Estados Pontificios y porque habían arramplado con todo lo que pudieron de valor a su salida de Roma, como lo prueba que el arzobispo de Amiens se llevó hasta la tiara del Pontífice. La misma Catalina dedicó buenos ratos e influencias para que las ciudades de Siena, Florencia, etc., ayudaran al Papa económicamente.

El último intento de congregar “siervos de Dios” en Roma para rezar por el Pontífice y estar a su entera disposición no sería tenido en cuenta. La reforma se haría, y ya se comenzaba con el general deseo de realizarla.

Traslado del Papa a Roma



Esta es la faceta más estudiada por historiadores y biógrafos de Catalina: señalo aquí solo las líneas generales.

La necesidad de que los papas volvieran a su sede propia, a la ciudad de Roma, de la que son obispos, no era idea nueva en la cristiandad. Anteriormente la había llevado a cabo Urbano V, pero las añoranzas de las tierras de Aviñón, y las dificultades, tiraron por él y lo volvieron a tierras francesas tres años después, muriendo el 10 de diciembre de 1370. No es de extrañar que aquel regreso se recordara aún. Su sucesor Gregorio XI anunció en diversas ocasiones a los embajadores de Roma, a los cardenales y a los príncipes cristianos, su determinación de volver a Roma. El anuncio oficial último fue hecho el

6 de enero del año 1376. Pero la decisión se difería por diversas circunstancias.

Catalina se unió al clamor de Italia que reclamaba la vuelta del Papa a su sede romana. Se trataba no sólo de una cuestión religiosa, sino política. Ésta tuvo mucho peso en la determinación, al estar en peligro la permanencia en la posesión por la Santa Sede de los Estados Pontificios. Por otra parte, Gregorio XI era muy sensible a las “revelaciones”, de moda por aquellos años, en las que santa Brígida le exigía en nombre de Jesucristo el abandono de Aviñón por Roma. Así, en el Libro de las *Revelaciones* de Santa Brígida leemos: “Dijo Nuestro Señor: Aunque este Papa duda si debe venir a Roma para la reforma de la Iglesia y para la paz, quiero que venga este otoño próximo y que sepa que no puede hacerme cosa más agradable que venir a Italia”.

A la embajada de los florentinos, no dirigida por Catalina sino por reconocidos varones como Fray Raimundo de Capua y los agustinos Félix de Massa y Juan Tercero, entre otros, se unió ella quince días después. Llegó cuando el ambiente de traslado a Roma estaba hecho en Aviñón. Ella se esforzó directa e indirectamente por que se llevara a la realidad con un Papa que tantas veces había mostrado su indecisión. No quedó satisfecha hasta que el Papa salió de la ciudad. Ella también lo hizo, pero por distinto camino. Él viajó con todo boato, en naves que le esperaban en Marsella; Catalina fue por tierra. Quedaron citados para una entrevista en Génova. En esta ciudad se señala la casa adonde acudió Gregorio XI y donde recibió nuevamente ánimos, después de un viaje por mar lleno de peripecias. De este viaje tenemos una carta de Catalina, dirigida al Papa que estaba en Corneto, ciudad que ya pertenecía a los Esta-



Aviñón

dos Pontificios. Le pide que no demore su viaje a Roma y que convoque a los florentinos para arreglar con ellos la paz. Así concluyó la etapa más gloriosa de Catalina en el servicio a la Iglesia. Terminaba el año 1376.

Catalina de Siena, amante de la paz

Catalina de Siena, una humilde religiosa, no dejó de alentar la paz en los convulsos tiempos en los que la Santa Sede regresó a Roma desde Aviñón.

A continuación podemos leer un fragmento de *Historia de los papas*, de Ludwig Pastor.

Nadie sintió por esto más acerba pena, que una joven y humilde religiosa, como ángel de todos los pobres de cuerpo y espíritu, como heroica enfermera en tiempo de peste, y como eficaz predicadora de la penitencia, ejerció en los corazones de sus contemporáneos un influjo incalculable: **Catalina de Sena**. Con penetrante mirada reconoció aquella humilde doncella (que ha de ser considerada como uno de los más admirables prodigios de la Historia del mundo), las culpas que se cometían *por una y otra parte*, y animaba de incomparable libertad de espíritu, manifestó su persuasión á todos, aun á los más encumbrados, con una elocuencia que conmovía y ganaba los corazones. Como verdadera esposa de Aquél, que vino al mundo para traerle la paz, predicaba ella incesantemente á los contendientes la paz y la reconciliación. «¿Qué cosa hay más dulce que la paz?»; escribía á Niccolò Soderini, uno de los ciudadanos más influyentes de Florencia; «no fue otro el testamento y la última exhortación que dejó Jesucristo á sus discípulos, cuando les dijo: «No se conocerá que sois discípulos míos por los milagros que hiciereis, ó si descubriereis las cosas futuras, ó si alardeareis en vuestras acciones de una gran santidad; sino en que os tengáis amor y viváis en paz los unos con los otros». Mi dolor sobre esta guerra, que á tantos de vosotros arruina los cuerpos y las almas, es tan grande, que de buena gana, si fuera posible, sacrificaría mil veces mi vida».



La leyenda dorada, obra del religioso dominico italiano Santiago de la Vorágine (c. 1228-1298), está integrada por una extensa serie de relatos acerca de la vida de santos cristianos. En el fragmento que sigue se puede leer la dedicada a santa Catalina de Siena:

Santa Catalina, a la que el papa Pío II llamó virgen gloriosa y esposa amantísima de Nuestro Señor Jesucristo, fue hija de Jácomo y de Lapa, cónyuges muy conocidos en la ciudad de Siena por su fe y por sus virtudes.

A los once años de edad, Catalina, movida por sus deseos de imitar a la Virgen Bendita Santa María, hizo voto de virginidad, rogando encarecidamente a Nuestra Señora que se dignase darle por esposo a su Hijo Jesús, Señor nuestro, y, cuando cumplió los doce, al enterarse de que sus padres, desconocedores del voto que ella había hecho, andaban pensando en casarla, se cortó sus cabellos al rape y descubrió a Jácomo y a Lapa la promesa que secretamente había pronunciado. A partir de este momento la santa doncella se entregó por completo, de día y de noche, a la práctica

de la oración, de las vigiliyas y de los ayunos, y a la realización de infinidad de obras buenas; y con tal intensidad que muy pronto la fama de sus virtudes se extendió por la ciudad y fuera de ella.



Cierto día, cuando no contaba más que quince años, estando un poco adormecida, apareciósele santo Domingo, fundador e ínclito Padre de la Orden de Predicadores, y le propuso que tomara el hábito de su religión; es decir, que ingresara en la llamada Orden de Penitencia del referido Padre Santo Domingo, y que viviese conforme al espíritu y a las reglas de la susodicha orden. De muy buena gana accedió ella a esto, por lo cual, enseguida pidió el hábito y lo recibió con suma devoción, y desde entonces hasta su muerte perseveró en el camino emprendido, siendo admirable ejemplo para todos de rigurosa penitencia, de abstinencia y de austeridad.

Este modo de vida, que cuenta con la aprobación del sumo pontífice, es seguido actualmente por muchas personas nobles y devotas, con gran provecho espiritual para sus almas.

Desde que esta santa lo abrazó, no hubo para ella actividad más digna ni más santa en el mundo que la de tratar de convencer a todos de que deberían esforzarse en conseguir la salvación eterna, amando a Nuestro Señor Jesucristo y cumpliendo fielmente sus mandamientos.

Su frugalidad en las comidas era tanta, y tanta y tan rigurosa su abstinencia que pasaba varios meses seguidos privada de cualquier género de alimentos y sustentándose únicamente con la comunión del Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo.

Las durísimas disciplinas que a sí misma se daba hacían brotar la sangre de su carne. Prodigaba sus servicios a los enfermos con inmensa caridad. Varias veces se despojó de sus ropas personales para darlas a los pobres. En esto se conducía con tan extrema generosidad, que en distintas ocasiones el Señor cubrió la desnudez de su sierva con vestidos milagrosos. Un día entregó a un necesitado la capa de su hábito, y como sus familiares la reprendieran y trataran de hacerle ver que no había procedido correctamente privándose de una prenda de abrigo que le era tan necesaria, ella les respondió:

—Entended bien esto: sin capa puedo vivir; sin misericordia, no.

Resulta difícil admitir la maravillosa paciencia y profundísima humildad con que sirvió y soportó a una enferma, religiosa de su orden, que además de ser muy exigente y de tener un genio insoportable, correspondía a sus desvelos murmurando continuamente de ella y levantándole infames calumnias.

Algunas de sus innumerables obras buenas prueban con especial claridad y hasta con evidencia meridiana el celo y amor con que procuraba la salvación de las almas. He aquí un ejemplo: Un joven perteneciente a una ilustre familia de Perusa, al conocer que había sido condenado a muerte por el senado de Siena, hundióse en tal estado de rabia y desesperación que renegó de la fe en Jesucristo, se obstinó en rechazar el sacramento de la confesión y se negó a hablar con quienes trataban de aconsejarle que se arrepintiese de sus pecados y tornase al seno de la Iglesia. Súpolo Catalina, fue inmediatamente a ver al desesperado y renegado prisionero, soportó pacientemente sus repulsas e injurias, habló con él y acertó a decirle tales palabras que lo tranquilizó, lo convirtió y consiguió que el mencionado joven, encomendándose a Jesucristo, aceptara la muerte y muriera como un buen cristiano.

Estuvo santa Catalina dotada de altísima sabiduría, como lo acreditan los ingeniosísimos escritos que de ella se conservan. Iluminada por el Espíritu Santo interpretaba las sentencias de los santos Padres con mayor acierto y profundidad que los más famosos teólogos de su tiempo. En cierta ocasión mantuvo un debate público con dos eminentísimos maestros en teología, uno de ellos perteneciente a la Orden de los Menores y el otro a la de los Ermitaños, y, a pesar de la reconocida ciencia de estos dos ilustres doctores, ambos quedaron públicamente derrotados. Y tanto el uno como el otro, al final de la disputa, profundamente impresionados por la agudeza de los razonamientos de la santa, por la rapidez con que respondía a las objeciones, y por la claridad y firmeza de las proposiciones que sustentaba, comentaban entre sí y con la gente:

—Esta religiosa no es una criatura humana; es un ser divino.

A partir de entonces los dos teólogos se entregaron a una vida de altísima perfección espiritual, perseveraron en ella y, cuando les llegó la hora de salir de este mundo, emigraron santamente al cielo.

Con elocuencia y energía habló a los papas Gregorio XI y Urbano VI y sin arredrarse dijo a uno y a otro cuanto en conciencia creyó que tenía la obligación de decirles.

Esta virtuosísima virgen, entre otros carismas muy notables, poseyó en grado eminente el espíritu de profecía y recibió de Dios la gracia singular de obrar muchísimos milagros, por ejemplo, éstos que nos limitaremos a enumerar: con sus oraciones consiguió que su propia madre, que había muerto sin confesarse, tornara a la vida y recibiera los sacramentos; en numerosas ocasiones obligó



a los demonios a salir de los cuerpos de los posesos y fue instrumento de Dios para la realización de infinidad de obras maravillosas.

Finalmente, estando en Roma a donde había ido llamada por el Señor, sabiendo por divina revelación que en breve iba a morir, congregó a sus discípulos, los consoló, oró con ellos largo rato, exhortolos a que vivieran santamente y luego, pronunciando estas palabras «en tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu», dulcemente expiró y su alma inocentísima emigró al cielo. Santa Catalina murió en 1380 a los treinta y tres años de edad. Cuantos enfermos se acercaron a venerar su cuerpo quedaron curados, fuese cual fuese su enfermedad. Sus restos mortales fueron enterrados con sumo honor en la iglesia de Santa María de la Minerva. En 1461 el papa Pío II inscribió el nombre de esta gloriosa santa en el catálogo de las vírgenes.

Virgen Catalina, esposa de Cristo: acoge y muestra a los moradores del Empíreo estos homenajes de alabanza que todos nosotros de común acuerdo, llenos de alegría, ofrecemos en tu honor. Rogámoste que nos perdones si no somos capaces de ponderar debidamente tus méritos. Reconocemos, oh esclarecida virgen, que carecemos del ingenio necesario para alabarte como mereces. ¿Quién podrá, jamás, cantar dignamente adecuadas alabanzas en tu honor? ¿Quién en todo el mundo tendrá inspiración suficiente para honrarte con elogios que no se queden cortos? Tú, Catalina, fuente abundante de luminosos ejemplos, modelo de costumbres, asombrosamente sabia, equilibrada, fuerte, piadosa, justa, prudente, ya estás colocada en lo más alto del cielo. ¿Quién descono-

ce tus virtudes y tus gloriosas acciones, tan portentosas que no hay en la tierra quien posea elocuencia bastante para ponderarlas? Tan identificada estuviste con Cristo que hasta llevaste en tu cuerpo sus gloriosas llagas. Tú despreciaste enérgicamente las cosas de esta vida que es por naturaleza breve, triste y miserable; tú soportaste valientemente todo género de penalidades; por eso conseguiste los bienes eternos y preciosos del cielo; por eso también, cuando llegó el momento en que tu alma iba a salir de este mundo y tus sagrados miembros a convertirse en cenizas bajo tu sepulcro, hiciste saber a los que lloraban que no había por qué llorar, puesto que emigrabas al cielo. De ese modo, mientras adorabas el cuerpo sagrado de Cristo y recibías en comunión la Santa Hostia, diste una última y magnífica lección enseñando, a cuantos con sus ojos arrasados de lágrimas te rodeaban, cuál es el verdadero sentido que tiene la vida.

Que la virgen santa Catalina interponga en nuestro favor sus méritos y nos ayude a llegar a las estancias del reino eterno. Amén.



Reflexión sobre la justicia

Actual y enjundiosa resulta la reflexión que sobre la justicia hace la santa al senador de Siena Andrés Cavalcabuoi.

“Creo que nadie puede poseer esta virtud si antes no vive santamente, apartándose del amor propio, del amor a sí mismo, y de todo placer humano. Por eso procura agradar a los mundanos y no se preocupa de agradar a Dios. En él no puede existir la justicia por no poseerla él, como queda dicho. Por tanto injustamente, llega a ser devorador de la carne del prójimo por avaricia, deseo de dinero o por ruego de los hombres. Por eso vemos muchas veces que éstos observan la justicia solamente con los pobres, lo cual frecuentemente es injusticia, pero no con los grandes, o sea, con los que tienen algún poder. Todo viene del amor propio y de agradarse a sí mismo. Por no ser justo, no posee la verdadera y santa justicia. No pone la mirada en la ciudad de su alma sino sólo en el cuerpo miserable, buscando únicamente cómo puede gozar, empleando el tiempo lascivamente, lleno de soberbia, pompa y vanidad, todo lo cual le causa la muerte. Pero a la pobrecita alma que debe ser templo en el que Dios more por la gracia, la ha convertido en templo del demonio a cuyas manos la entrega y la ha entregado y sometido por el pecado, que es la nada.

Como no pone la mirada en sí, nunca la pondrá sobre la ciudad temporal de la que fuese señor. Por eso no atiende al bien universal sino únicamente a sí mismo o al bien particular, que es su propio placer o el provecho que le proporcione.”

Carta sobre la familia

A mediados del siglo XIV, y de una gran familia (eran veintitrés hermanos) surge la señera figura de nuestra Santa seglar, miembro de la Tercera Orden Dominicana. Es pues natural que pueda hablarnos de la vida de familia, así lo hace en su carta a la Señora Pantasilea, esposa de Ranuccio da Farnesse.



“Elevad del mundo vuestro afecto y deseo poniéndolo en Cristo crucificado, que es firme y estable, que nunca falla ni os puede ser quitado si vosotros no queréis. No digo con esto que no permanezcáis en el mundo o en el estado de matrimonio todo lo que queráis, que

no gobernéis a vuestros hijos y demás familia en conformidad con las exigencias de vuestra posición, sino que viváis con orden y no desordenadamente.

Dad honor y gloria a Dios poseyendo las cosas del mundo, marido, hijos, riquezas y todo placer, como algo prestado y no como propio, porque, como queda dicho, eso falla y no lo podéis poseer a vuestro gusto sino prestado, según plazca a la Bondad divina. Obrando así, no haréis de los hijos ni de otra cosa un dios, sino que todo lo amaréis en razón de Dios, y consideraréis lo demás como una nada; despreciaréis el pecado y amaréis la virtud.

A los hijos alimentadlos en las virtudes y en los dulces mandamientos de Dios, porque no basta que la madre y el padre los alimenten en cuento al cuerpo; eso lo hacen también los animales. Deben alimentar el alma con la gracia de su poder, reprendiéndoles y castigándolos por los defectos que cometieren, Haced que con frecuencia se confiesen, oigan la misa cada mañana, o por lo menos los días preceptuados por la Santa Iglesia. Así seréis madre del cuerpo y del alma. Estoy cierta de que, si tenéis verdadero conocimiento de Dios lo haréis; pero que sin ese conocimiento, no lo conseguiréis.”



Bondadosa familiaridad de Dios con las almas santas como Catalina

Otros autores hablan de ella, así en las Adiciones al Memorial de la vida cristiana de fray Luis de Granada, presbítero, podemos leer:

Pues qué grande sea la bondad que se nos descubre por estas obras de gracia, las historias y vidas de los santos en gran parte le declaran. Los favores y muestras de amor que descubrió a la virgen santa Catalina de Siena no se pueden explicar con pocas palabras, sino leyendo toda la historia de su vida, que escribió su confesor, varón religiosísimo, que después fue Maestro de toda nuestra Orden, el cual supo mucho de lo que escribió de la boca de la misma virgen y después de esto él afirma con solemne juramento la verdad de todo lo que escribe.

Muchos son los argumentos de la divina bondad y el mayor de todos es haberse hecho Dios hombre por amor de los hombres, y padecido muerte por ellos; y unos mueven más con unos y otros con otros, según la disposición y devoción de cada uno. Mas yo confieso que uno de los que hasta ahora más me han espantado y mayor conocimiento me han dado de esta soberana bondad y del gran amor que este Señor tiene a las almas puras y limpias, es ver lo que hizo con esta santa, y las invenciones cotidianas de favores y regalos con que la visitaba y trataba.

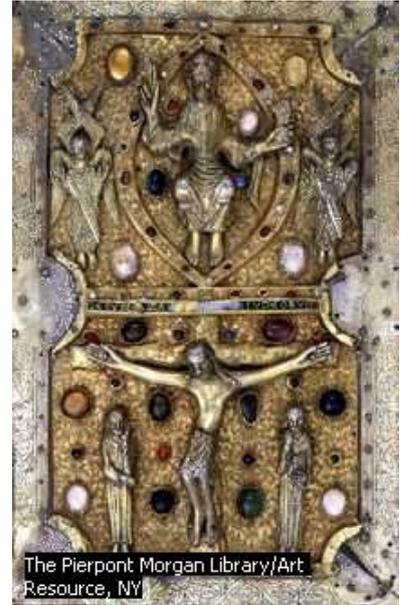
Porque una vez le sacó el corazón del cuerpo y lo tuvo tres días en su poder, y después se lo puso en su lugar; otra se desposó con ella en presencia de la sacratísima Madre suya y de los otros santos; otra, por haber bebido brebaje amarguísimo sirviendo a una enferma, le apareció y le dio a beber un licor celestial de la llaga de su sacratísimo lado; otra vez, por haberse ella desnudado de una túnica para dar a un pobre, le trajo el mismo Señor otra túnica con que nunca sintiese frío ni calor, invierno ni verano; otras veles le dio a sentir parte de todos los dolores y tormentos que había padecido en su sacratísimo cuerpo; y lo que excede toda admiración: el mismo Señor rezaba las Horas canónicas con ella, como un clérigo con otro, lo cual es cosa que, si la misma virgen no dijera, parece que le faltara la fe humana para creer cosa tan nueva y tan admirable y de tanta familiaridad con Dios.

Pues, ¿qué diré de sus grandes revelaciones y de la eficacia de sus oraciones? ¿Qué de los pecadores obstinados que ella convirtió? ¿Qué de pasar tanto tiempo sin comer otro majar que el santísimo Sacramento, como el papa Pío II da testimonio en la bula de su canonización? ¿Qué de los éxtasis y alienaciones de sentidos que padecía todas las veces que comulgaba, donde no faltó una persona malvada que le hincó una aguja por la planta del pie, lo cual ella no sintió más que si fuera de piedra mármol?

Pues los milagros que se hicieron tres días que estuvo su santo cuerpo sin sepultar, ¿quién los contará? Porque en la bula sobredicha, entre otras cosas se cuenta que no pudiendo una doliente llegar a su santo cuerpo, por la mucha gente que allí estaba, tomando una toca de ella y levándola de mano en mano a tocar el cuerpo, y volviéndola a la doliente, fue luego sana.

Pues quienquiera que tuviera ojos para saber mirar estas maravillas, luego entenderá cuán incomprensible sea el amor que nuestro Señor tiene a las almas puras y limpias, pues así las trata, así las honra, así las abraza y regala, así las purifica y santifica, así las levanta sobre los cielos, así oye sus oraciones, así trata tan familiarmente con ellas, y les da parte de sus secretos y les hace en todo la voluntad.

Pues quien esto considerare por una parte se maravillará de ver cómo aquella soberana Majestad se inclina tan familiarmente a una cosa tan baja como el hombre, y por otra parte dejará de maravillarse, considerando que no se podía esperar menos de aquella infinita, inmensa e incomprensible bondad, sino que tal como éste, sea el amor que tiene a los buenos y tal el trato y comunicación que tiene con ellos.



La Orden dominicana



Desde su fundación en 1216 constituye una parte importante de miembros de la Iglesia dedicados a perfeccionar su vida y ayudar a los demás, por medio de la predicación, a conseguir el mismo fin. Se halla constituida por tres ramas. En el ambiente cataliniano las tenemos representadas por el convento de Santo Domingo, a unos trescientos metros de su casa natal, y por la Tercera Orden, en la que Catalina ingresó siendo muy joven. Estaba incardinada en este citado convento dominicano. En su iglesia y locales tenían sus reuniones. Hasta tenía la Orden Tercera un hospitalito o albergue, al que se alude en las cartas. La segunda Orden, la primera por la cronología de la fundación, tenía para la Santa su mejor exponente en el convento de monjas dominicas de Santa Inés, en Montepulciano, donde ella pasaba temporadas. En aquella comunidad tenía dos sobrinas.

Como terciaria dominica estaba obligada a determinados actos y reuniones con los demás miembros de la Tercera Orden, masculinos y femeninos, y a realizar actos de caridad y atención a los pobres y enfermos.

Asistía en Santo Domingo no sólo a la misa sino a muchos otros actos litúrgicos y a la oración privada. Ordinariamente iba acompañada de otras hermanas y hermanos devotos. Eso se deduce de la lectura de la biografía de Catalina escrita por Fray Raimundo de Capua y de sus cartas y soliloquios.

Su correspondencia epistolar nos enseña que tuvo también relación con muchos conventos y monasterios de otras Ordenes de varones y de mujeres.

Los dominicos eran su familia religiosa desde la niñez. En su casa veía con frecuencia hábitos blancos, sobre todo, a su pariente Fray Tomás della Fonte. No imaginemos, sin embargo, que ella encontró en los hermanos de su Orden apoyo en todo. Más bien podríamos asegurar que la mayor parte de ellos la miraban con indiferencia, como a una terciaria más, y que muchos de ellos estaban en desacuerdo con lo que en ella veían, o de ella se contaba entre las demás terciarias, y hasta por buena parte de la ciudad.

Sus mismos confesores Fray Tomás y Fray Raimundo de Capua se vieron también afectados profundamente por una división procedente del modo distinto de llevar la dirección espiritual de Catalina. En Siena, y sobre todo, los discípulos de Catalina, la conocían y comentaban, siendo motivo de escándalo.

Ninguna de estas incidencias significó para ella motivo de desvío. En el tratado "de la obediencia", en que estudia la vida religiosa, habla de diversas Ordenes, deteniéndose más en la de San Francisco y mucho más aún en la de Santo Domingo, señalando además del santo fundador a santo Tomás y a San Pedro de Verona, mártir, como glorias y modelos.

Por desgracia, en su tiempo, la Orden había caído en una gran relajación, que venía ya de fines del siglo XIII y se agudizó con la peste negra de 1348. De la relajación de los religiosos en general, aludiendo especialmente a los dominicos, dice así: "Pero los miserables, los relajados, no obser-

van la obediencia sino que son sus transgresores, han dejado convertirse a la Orden en jardín salvaje, la han ampliado poco con el perfume de la virtud y la luz de la ciencia de que se nutrían a los pe-



chos de la Orden. No digo “por culpa de la Orden”, que en sí tiene toda la delicia. Pero al principio no era así; cuando se hallaba en flor, había hombres de gran perfección. Se parecían a san Pablo; con tal claridad en su entendimiento, que no se les ponían delante errores que no disipasen”

En el epistolario cataliniano hay 41 cartas dirigidas a dominicos, pero están dirigidas a seis, pues la séptima es la carta de congratulación por el ingreso en la Orden de un sacerdote en Pisa. Esto no quiere decir que no tuviera relación con más o que no haya escrito a más. Así, podemos, a continuación leer la que envía a los novicios de Santa María de Monte Oliveto:

“Queridísimos hijos míos en Cristo, dulce Jesús. Yo, Catalina, servidora y esclava de los siervos de Jesucristo, os escribo en su preciosa sangre, deseando veros como hijos obedientes hasta la muerte, aprendiendo del Cordero inmaculado que fue obediente al Padre incluso hasta la ignominiosa muerte de cruz.

Pensad que Él es el camino y norma que vosotros, como todas las criaturas, debéis seguir. Quiero que lo pongáis como modelo a imitar ante los ojos de vuestro espíritu. ¡Mirad hasta que extremo llegó la obediencia del Verbo! No esquivó la fatiga que debió soportar por el gran peso con que el Padre lo cargó, sino que corre con grandísimo deseo. Esto lo manifestó en la cena del jueves santo cuando dijo: *He deseado enormemente comer esta comida pascual con vosotros antes de padecer*. (Lc 22, 14). Es decir, quería celebrar la pascua, cumplir por tanto la voluntad del Padre y obedecerle, y porque veía ya casi cumplido su tiempo, pues ya veía su final cuando debía ofrecer por nosotros su cuerpo al Padre, goza y exulta por ello y con alegría dice: *He deseado enormemente*.

Esta es la pascua a la que ser refería: darse a sí mismo en alimento y por obediencia al Padre hacer el sacrificio de su propio cuerpo. Había ya frecuentemente celebrado otras pascuas comiendo con sus discípulos, pero nunca ésta de ahora. ¡Oh inestimable, dulcísimo, ardentísimo amor! Pues no pensáis en tus penas ni en tu ignominiosa muerte. Ve el Verbo que el Padre lo ha enviado y le ha dado por esposa la humanidad; ve que por obediencia le mandó que nos dé su sangre para que mediante ella se cumpla su voluntad con nosotros y para que así seamos santificados por la eficacia de su sangre.

Por esto os ruego, dulces hijos míos en Cristo, dulce Jesús, que nunca tengáis miedo, sino que pongáis vuestra confianza en la sangre de Cristo crucificado. Nunca os separéis de él ni por tentaciones ni por ilusiones; no os separéis de él tampoco por temor a no poder perseverar, ni por miedo a sufrimientos que podáis imaginar que os sobrevendrán por la obediencia en vuestra Orden; por nada de lo que pueda suceder deberéis temer.

Así, pues, quiero que nunca tengáis temor; apartad de vosotros todo temor servil y decid como decía el dulce y enamorado Pablo: “Aguanta hoy alma mía. En Cristo crucificado lo podré todo, ya que por el deseo y por el amor está en mí quien me conforta” (Cf. Flp 4, 13) ¡Tened amor! ¡Amad, amad!.

Los que viven en el mundo navegan por este mar ayudados solamente de la fuerza de sus propios brazos, pero los que viven en una santa religión navegan ayudados por los brazos de los otros, es decir, los de su Orden.

¡Tened confianza! Encontraréis esta fuente de amor en el costado de Cristo crucificado y quiero que allí busquéis sitio para vosotros y allí dispongáis vuestra morada. Poneos, por tanto, en pie llenos de ardiente deseo, caminad y entrad y quedaos en esa dulce morada. No

existe demonio ni criatura alguna que os pueda arrebatat la gracia, ni que os pueda impedir alcanzar vuestra meta: el ver y gustar de Dios. No os digo más. Permaneced en el santo y dulce amor de Dios. Amaos, amaos unos a otros”.

El círculo espiritual de dominicos alrededor de Catalina era muy reducido, pero no podemos menos de confesar que, a través de él, influyó en la Orden, sobre todo por su relación con Fray Raimundo de Capua, prior en la Minerva, en Roma, provincial después en Lombardía y después General de la Orden de la fracción urbanista, elegido poco después de haber muerto ella. De entre sus discípulos destacan también Fray Bartolomé Dominici, profesor de Sagrada Escritura en Florencia y Fray Tomás de Antonio Caffarini que promovió después su culto y el proceso de canonización.



En las cartas se hace alusión a sus relaciones con la Orden en muy contadas ocasiones: cuando encomienda a su madre al cuidado del prior dominicano de Siena, la intervención con el obispo de Pisa que no reconocía el privilegio del convento de dominicos para tiempo de entredicho, y cuatro cartas sobre asuntos internos de la Orden.

Tres cartas tienen el mismo tema: nombramiento de un vicario para la Orden. Con esa finalidad escribió a Gregorio XI a principios de 1376 estas palabras: “He oído que al Maestro de la Orden lo queréis promover a otro cargo. Por el amor a Cristo crucificado os pido que, si es así, procuréis darnos un vicario bueno y virtuoso, porque la Orden tiene necesidad de ello por hallarse demasiado relajada. Podéis informaros de micer Nicolás de Osimo y del arzobispo de Otranto”. Efectivamente, ella deseaba extender su ideal de reforma a la Orden dominicana. Cuando decía al Papa que se informara de los dos anteriormente citados es que, probablemente ya, en un correo anterior, acababan de salir cartas para ambos con el mismo texto.

Al arzobispo de Otranto le decía: “He oído que al Maestro General de la Orden lo quiere promover el Papa. Por amor a Cristo crucificado os ruego que pongáis interés por la Orden y roguéis a Cristo en la tierra que nos dé un buen vicario. Quisiera que le informaseis sobre el Maestro Esteban della Cumba, que fue procurador de la Orden en Aviñón de la provincia de Tolosa. Creo que si el Papa nos lo diera, serviría para honra de Dios y la reforma de la Orden, pues me parece hombre decidido y sin temor humano. Ahora tenemos necesidad de médico que no sea tímido, porque hasta el presente se ha usado tanto unguento que los miembros de la Orden se hallan casi podridos. Sobre esto he escrito al Santo Padre. No le he dicho a quién nos debe dar, pero le he pedido que sea bueno y que sobre ello se informe de vos y monseñor Nicolás de Osimo. Si vierais que por esto, o por otra razón, fuera de utilidad o necesidad que vaya allí Fray Raimundo, escribidlo, porque inmediatamente cumplirá lo que mandéis”.



La carta a Nicolás de Osimo, protonotario del Papa, es gemela a ésta. Había en la Orden dos tendencias bien claras. El P. Esteban della Cumba se destacaba entre los reformadores o rigoristas. El P. General, más por la política monástica, era excesivamente condescendiente. La efectiva reforma se retrasó notablemente a causa del cisma. Cuando fue elegido Fray Raimundo de Capua como General por la facción urbanista, promovió cuanto pudo la observancia que aflora en las cartas de Catalina, pero el éxito fue relativamente escaso.

No parece sino que nos encontramos ante una maniobra política conjunta de Raimundo y Catalina, que no debían hallarse de acuerdo con el General y pensaban que otro, sobre todo el señalado, haría más por la observancia. La presteza de ir a tratar el asunto Fray Raimundo, si para ello era de necesidad, parece que nos lo confirma. Cuando el Papa recibiera la carta de Catalina, sino había pensado promover al tolosano a algún cargo, siguiendo el antiguo principio práctico del *promoveatur ut amoveatur* se encontraba con que se lo sugerían. Eso lo había hecho su antecesor Urbano V con el General Fray Simón de Langrés, nombrándole obispo de Nantes en 1366, acaso porque tenía descuidada la Orden por negocios que nada tenían que ver con ella. No hubo entonces elección que pedía la legislación y el espíritu dominicano, sino la injerencia del Papa nombrado precisamente a este que ahora parece que pensaban sustituir: Fray Elias Raymond de Toulouse. También se salían, en su petición, del espíritu dominicano, pues pedían no elección sino nombramiento por el Papa. ¿Será muy aventurada esta suposición? Reconozcamos que también los sanos llevan su política y sus estratagemas.



Nuevamente aparece la preocupación por la Orden en cuanto a la reforma y a la excisión que se estaba ya comenzado en la misma. Una parte seguía a Urbano VI y otra al antipapa Clemente VII. Éste era un fenómeno que se estaba produciendo en todas las órdenes, como se estaba consolidando en la cristiandad. Por lo general, las Órdenes obedecieron a la facción religioso – política que imperaba en el país. El texto es el siguiente: “Pedís que encomiende a nuestra Orden y yo os lo pido a vos, porque, oyendo cómo andan las cosas, se me estalla el corazón en el cuerpo. Nuestra provincia se muestra, en general, obediente al Papa Urbano VI y al vicario de la Orden, el cual os digo que de veras se porta muy bien y con prudente parecer, según los tiempos que hoy corren, contra los que malvadamente contradicción la verdad (legitimidad de Urbano VI). Nuestro Santísimo Padre le ha encomendado y dado plena autoridad para que destituya a todos los provinciales rebeldes a la verdad. No es tiempo de dormir, sino de rogar con solicitud al dulce Español, el fundador santo Domingo, que estuvo siempre para exaltación de la fe y ahora se ha convertido en contaminadora. Me lamento hasta la muerte. Ya no puedo sino terminar mi vida en llanto y grandísima aflicción. Catalina escribía

esto desde Roma y conocía cómo día a día los curiales de la Orden, y con ellos el General, abandonaban a Urbano VI y se ponían del lado del antipapa.



La pobre Catalina, tan amante de su Orden y de su Iglesia, preveía y vía la división de la Orden, pero tenía aun la esperanza en el General. Pero éste se puso de parte de Clemente VII en 1379, debiendo nombrar el Papa un vicario general para la parte de la Orden que le siguió fiel, en la persona del Fray Tomás de Bosso, provincial de Lombardia. Catalina murió con el corazón destrozado. Su Orden, y la Iglesia entera, estaban en cisma, división que duraría casi 50 años. En 1380 se reunió en Bolina el capítulo general de la parte urbanista y eligió a Raimundo de Capua como General. Por el mismo tiempo, se celebraba otro capítulo general en Lausanne, donde los seguidores del antipapa condenaban a los con-

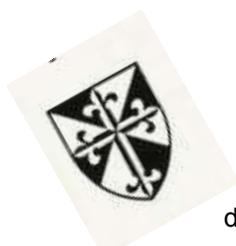
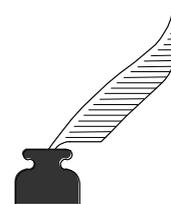
gregados en Bolonia.



Ofrecimiento de su vida por la Iglesia

Catalina siguió a disposición del Papa en todo momento. Todo el año 1377 lo pasó entre sus ocupaciones en Belcaro, Siena y Val d'Orcia. Hacia finales del año, Raimundo había convencido al Papa de lo conveniente que sería la presencia de la santa en Florencia para establecer la paz con el Pontífice. A ella le comunicó que era deseo del Papa que fuera a aquella ciudad y allí se dirigió después de algún retraso que molestó a Gregorio XI. Ella se excusa en carta a Fray Raimundo, diciéndole que pida perdón al Papa por no haberle obedecido prontamente. En Florencia estuvo desde fines de enero, poco más o menos, hasta que, acordada la paz en julio de 1378, regresó a Siena. El 22 de junio tuvo lugar el tumulto organizado por los que querían impedir la paz. En él se buscó a Catalina y estuvo a punto de morir asesinada por la causa de la Iglesia.

El ofrecimiento de su vida por la Iglesia es una idea que repite en sus cartas. Numerosas son las que nos hablan de sus oraciones, sudores y lagrimas por ella. Se siente llamada a una entrega total al servicio de la Iglesia como lo manifiesta en una comunicación del Señor que ella narra así: "Vino después a mí la presencia del humilde Cordero diciendo: No dudes, cumpliré tus deseos y los de los otros servidores míos. Quiero que veas que soy maestro bueno que, como alfarero, deshace y rehace las vasijas según le parece. Por eso Yo tomo el vaso de tu cuerpo y lo rehago en el jardín de la santa Iglesia de modo distinto al del tiempo pasado". Y abrazándome la Verdad, con modos y palabras atrayentes que omito, el cuerpo comenzó a respirar un poco y manifestar que el alma había vuelto a su receptáculo". Sigue narrando sus favores celestiales y corporales y añade: "De esta y de otras muchas maneras, que no puedo narrar, se consume y agota mi vida en esta dulce esposa, la Iglesia: y o de esta manera, y lo gloriosos mártires con su sangre..." Esta carta, del 15 de febrero de 1380, a Raimundo de Capua fue la última que dictó.



Admirable embajadora

La antigua Sinagoga, al ver la ascensión de la Iglesia y el vuelo de un alma desposada a Cristo Señor, pregunta estupefacta: "¿Quién es ésta, que sube del desierto colmada de delicias, apoyada sobre su dialecto?" Esta pregunta que nosotros aplicamos a la última parte de la historia de la vida de Catalina, demostrará claramente que el fruto y el fin mencionados en los votos expresados en las anteriores partes de esta historia, han sido perfectamente alcanzados en esta parte.

Según el profeta, una cosa es buena si es bueno su fin. El Señor, además, nos enseña a juzgar los buenos frutos por el árbol bueno. El último de los frutos tiene la primacía, porque lo que es último en el efecto, es primero en la intención del agente, siendo el fin el que mueve al agente mismo a actuar. Con todo esto, la persona inteligente comprende que esta parte, que contiene el bienaventu-

rado fin y el último buen fruto de nuestra santa virgen Catalina, confirma y embellece las primeras partes.

No hay duda de que con las palabras citadas se muestra la belleza de todas las virtudes de Catalina y su excelencia extraordinaria, cuando, con maravilla, nos pregunta: “¿Quién es ésta?” Se da también a conocer que, por el vigor de su espíritu, era en el vuelo más ligera que las aves, mientras que se añade: “que sube del desierto colmada de delicias”.

Estando cerca de ella experimenté que, apenas se encontraba libre de las ocupaciones necesarias a las almas, inmediatamente, casi diría que siguiendo un curso natural, su mente era arrebatada a las cosas celestiales; lo cual demostraba con qué velocidad su alma volaba continuamente cada vez más arriba. No hay que maravillarse de ello, porque aquel movimiento lo causaba el fuego que siempre se mueve hacia las cosas superiores; quiero decir aquel fuego que el Salvador divino vino a poner en la tierra y quiso que ardiese con fuerza. Esto ha aparecido más claro que la luz cuando, he contado que el corazón de Catalina se partió de arriba abajo por la vehemencia del divino amor y su alma fue separada del cuerpo; lo cual no recuerdo haber leído que nunca sucediese a otros.

En esta parte, se puede ver claramente como Catalina, a punto de llegar al término de esta su vida, convertida en semejante a su Esposo por los sufrimientos, unida a Él y apoyada sobre Él, habiendo vencido a este siglo malvado, del todo contenta y gloriosa subió al cielo.

Si bien a los ojos de los necios puede parecer que ella murió, tampoco el hombre de mundo llegaría a comprender ahora su gloria; de todos modos, mientras descansa en paz con el Esposo que amó de todo corazón, Catalina muestra con signos y milagros, la gloria con que fue acogida en el cielo.

Mi buen lector, debo decirte que cuando el Papa Gregorio, de feliz memoria, mandó a esa santa virgen a la ciudad de Florencia, que se había rebelado contra la Iglesia, en consecuencia de lo cual había caído sobre ella el interdicto, para tratar la paz entre el Pastor y las ovejas, hubo de sufrir muchas persecuciones. Se llegó al punto de que un esbirro del diablo se arrojó contra ella, furioso y con la espada desenvainada; ciertamente la hubiera matado si el Señor no lo hubiese retenido. A pesar de ello, Catalina no quiso alejarse de allí hasta que, muerto Gregorio, su sucesor Urbano VI hizo las paces con los florentinos.

Sólo cuando fueron hechos públicos los pactos de paz volvió Catalina a su casa y atendió con toda diligencia a la compilación del *Libro*, que dictó en lengua vulgar bajo la inspiración del Espíritu Santo. Había rogado a los amanuenses que solían poner por escrito las cartas que mandaba a diversos lugares, que estuvieran atentos y no dejaran escapar nada cuando, según costumbre, era arrebatada en éxtasis, y que escribieran atentamente lo que ella dictase. Ellos obedecieron fielmente, y resultó un libro rebosante de profundos y saludables pensamientos revelados por el Señor, y que ella dictó en lengua vulgar. Lo extraordinario es que la virgen dictaba sólo cuando, por la fuerza del arrebató, sus sentidos parecían como muertos.

Mientras estaba en éxtasis, sus ojos no veían, sus oídos no oían, su nariz no sentía los olores ni el paladar los sabores, y su tacto no percibía los objetos. Sin embargo, aun en este estado, pudo dictar el libro para dar a entender que fue compuesto no por ninguna virtud natural, sino por la virtud



9-03030-7



del Espíritu Santo que actuaba en ella. Creo que esta deberá ser la opinión de cualquiera que lea el libro con atención y considere seriamente las cosas que se manifiestan en él.

CATALINA DE SIENA DOCTORA DE LA IGLESIA UNIVERSAL



Ofrecemos aquí, el texto íntegro de la homilía pronunciada por el Papa Pablo VI en la basílica de San Pedro el domingo 4 de octubre de 1970 en el acto de la proclamación de Santa Catalina de Siena como Doctora de la Iglesia Universal (Texto de L'Observatore Romano del 11 de octubre de 1970):

La alegría espiritual que ha inundado nuestra alma al proclamar doctora de la Iglesia a la humilde y sabia virgen dominica Catalina de Siena, encuentra su explicación más profunda, y hasta podíamos decir sus justificación, en la alegría purísima experimentada por el Señor Jesús cuando, como nos narra el evangelista San Lucas, *“se sintió inundado de gozo en el Espíritu Santo y dijo: Yo te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las revelaste a los pequeños. Sí, Padre, porque tal ha sido tu beneplácito”* (Lc 10, 21; cfr. Mt 11, 25 – 26)

El Señor elige a los humildes y sencillos.

En realidad, cuando daba gracias al Padre por haber revelado los secretos de su divina sabiduría a los humildes, Jesús no tenía presentes en su espíritu solamente a los doce, que Él mismo había elegido de entre el pueblo inculto, y que habría de mandar un día, en calidad de apóstoles suyos, a instruir a todas las gentes y a enseñarles todo lo que les había encomendado (cfr. Mt 28, 19 – 20), sino que tenía también presentes a todos los que habían de creer en Él, muchos de los cuales se contarían entre los menos dotados a los ojos del mundo.

El Apóstol de las Gentes se complacía en observar precisamente este hecho cuando escribía a la comunidad griega de Corinto, ciudad en la que pululaba gente inflada de humana sabiduría:

“Y si no, mirad, hermanos, vuestra vocación; pues no hay entre vosotros muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles. Antes eligió Dios la necesidad del mundo para confundir a los sabios y eligió Dios la flaqueza del mundo para confundir a los fuertes; y lo plebeyo, el desecho del mundo, lo que es nada, lo eligió Dios para destruir lo que es, para que nadie pueda gloriarse ante Dios” (1 Cor 1, 26 – 29)

Este elección de Dios, que prefiere lo que es irrelevante e incluso despreciable a los ojos del mundo, había sido ya preanunciada por el Maestro cuando, en clara antítesis con las valoraciones terrenas, había llamado bienaventurados y predestinados a su reino a los pobres, a los que sufren, a los mansos, a los que padecen hambre y sed de justicia, a los puros de corazón, a los constructores de la paz (cfr. Mt 5, 3 – 10).

Testimonio de las bienaventuranzas evangélicas

Queremos poner inmediatamente de relieve cómo en la vida y en la actividad externa de Catalina las bienaventuranzas evangélicas han tenido un modelo de extraordinaria verdad y belleza. Por otra parte, todos vosotros sabéis hasta que punto estuvo su espíritu libre de toda codicia terrena;

cómo amó la virginidad consagrada al Esposo celeste, Cristo Jesús; cómo sintió el hambre de justicia y qué entrañas de misericordia demostró al tratar de restablecer la paz en las familias y en las ciudades, desgarradas por la rivalidad y por odios atroces; cómo se prodigó para reconciliar la República de Florencia con el Sumo Pontífice Gregorio XI, hasta el punto de exponer la vida a la venganza de los rebeldes. Tampoco nos detendremos a admirar las excepcionales gracias místicas con que quiso regalarla el Señor, entre las que se cuentan el místico matrimonio y los sagrados estigmas.

Los carismas de Santa Catalina

¿Qué diremos, por tanto, de la eminencia de la doctrina de Santa Catalina? Nosotros ciertamente no encontramos en los escritos de la Santa, es decir, en sus Cartas, conservadas en gran número; en el Diálogo de la Divina Providencia o Libro de la Divina Doctrina y en sus Oraciones el valor apologético y la audacia teológica que caracterizan las obras de las grandes lumbreras de la Iglesia antigua, tanto en Oriente como en Occidente; ni podemos pretender de la virgen de Fontabranda, que no poseía cultura especial, las altas especulaciones propias de la Teología sistemática que han inmortalizado a los doctores del medioevo escolástico. Y es cierto que en sus escritos se refleja de una manera sorprendente la teología del Doctor Angélico, en cambio, se nos presenta carente de toda referencia de toda referencia científica. Pero lo que más sorprende en la Santa es la sabiduría infusa, es decir, la luminosa y profunda y extraña asimilación de las verdades divinas y de los misterios de la fe contenidos en los Libros Sagrados del Antiguo y Nuevo Testamento. Es la asimilación que se ve ciertamente favorecida por dotes naturales del todo singulares, pero que es evidentemente prodigiosa, causada por el carisma de sabiduría del Espíritu Santo, un carisma místico.



Santa Catalina de Siena ofrece en sus escritos uno de los más luminosos modelos de los carismas de *consejo, de palabra, de sabiduría y de palabra de ciencia*, que San Pablo testimonia que actuaron en algunos fieles de las comunidades cristianas muy primitivas y cuyo uso se esforzó por disciplinar convenientemente, advirtiendo que tales dones no son tanto para provecho de los que los poseen, sino más bien para provecho de todo el Cuerpo de la Iglesia. En efecto, explica el Apóstol, *“todas las cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno según quiere”* (1 Cor 12, 11), de forma que sobre todos los miembros del místico organismo de Cristo debe redundar el beneficio de los tesoros espirituales que su Espíritu distribuye (cfr. 1 Cor 11, 5; Rom 12, 8; 1 Tim 6, 2; Tit 2, 15).

“Su doctrina no fue adquirida; hay que considerarla como maestra antes que como discípula”, así declaró el mismo Pío II en la bula de canonización. Y, ciertamente, ¡cuántos rayos de sabiduría sobrehumana, cuántas urgentes llamadas a la imitación de Cristo en todos los misterios de su vida y de su Pasión, cuántos eficaces consejos para el ejercicio de las virtudes propias para los diversos estados de vida se encuentran esparcidos en las obras de la Santa!. Sus Cartas son otras tantas chispas de un fuego misterioso, encendido en su corazón ardiente por el Amor infinito que es el Espíritu Santo.

¿Cuáles son las líneas características y los temas dominantes de su magisterio ascético y místico? Nos parece que, a imitación del glorioso Pablo, del que toma incluso el estilo robusto e impe-

tuoso, Catalina es la mística del Verbo Encarnado y, sobre todo, de Cristo crucificado. Catalina de Siena fue la pregonera de la virtud redentora de la sangre adorable del Hijo de Dios, derramada sobre el leño de la cruz con amor desbordante para la salvación de todas las generaciones humanas. La Santa veía fluir continuamente esta sangre del Salvador en el sacrificio de la Misa y en los Sacramen-



tos, por medio de la acción ministerial de los ministros sagrados, para purificación y embellecimiento de todo el Cuerpo Místico de Cristo. Por lo cual podemos llamar a Catalina la mística del Cuerpo Místico de Cristo, es decir, de la Iglesia.

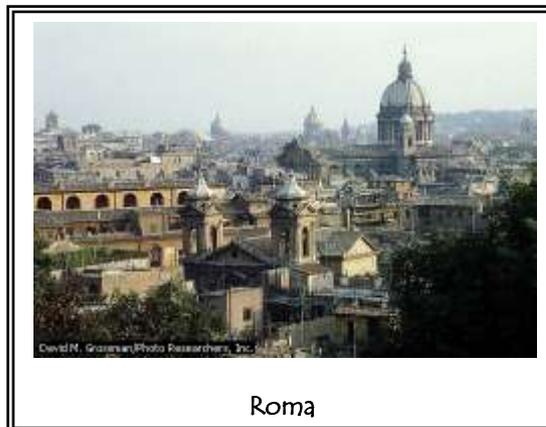
Por otra parte, la Iglesia es para ella una auténtica madre, a la que uno debe someterse, reverenciar y prestar asistencia. “La Iglesia no es otra cosa que el mismo Cristo”, se atreve a decir la Santa. ¡Qué respeto y apasionado amor nutrió santa Catalina hacia el Romano Pontífice!. Nosotros, personalmente, el más pequeño siervo de los siervos de Dios, nos sentimos hoy muy agradecidos a Santa Catalina, no precisamente por el honor que pueda redundar en nuestra humilde persona, sino por la mística apología que ella hizo de la misión apostólica del sucesor de Pedro.

El amor al Papa y a la Iglesia

Todo lo saben. Ella contemplaba en el Papa al “dulce Cristo en la tierra”, a quien se debe afecto filial y obediencia, porque “quien se muestre desobediente a Cristo, que está en el cielo, no participa del fruto de la sangre del Hijo de Dios”.

Y, como anticipándose no sólo a la doctrina, sino incluso al lenguaje del Concilio Vaticano II, la santa escribe al Papa Urbano VI: “Santísimo Padre: Tened presente la gran urgencia, que os corresponde a vos y a la santa Iglesia, de conservar este pueblo (Florencia) en la obediencia y en la reverencia a Vuestra Santidad, dado que sois para nosotros el jefe y el principio de nuestra fe”. Se dirige, además, a cardenales y a muchos obispos y sacerdotes con insistentes exhortaciones, y no escatima fuertes reproches, haciéndolo siempre con perfecta humildad y con el respeto debido a su dignidad de ministros de la sangre de Cristo.

Tampoco olvida Catalina que era hija de una Orden religiosa de las más gloriosas y activas de la Iglesia. Así, pues, ella nutre una estima singular por las que llama las “santas religiones”, a las cuales considera como vínculos de unión en el cuerpo místico, constituido por los representantes de Cristo (según una concepción suya propia) y el cuerpo universal de la religión cristiana, es decir, los simples fieles. Exige de los religiosos fidelidad a su excelsa vocación por medio del ejercicio generoso de las virtudes y de la observancia de las reglas respectivas. Tampoco olvida, en su maternal solicitud, a los laicos, a quienes dirige encendidas y numerosas cartas, pidiéndoles prontitud en la práctica de las virtudes cristianas y de los deberes del propio estado y una ardiente caridad para con Dios y para con el prójimo, porque también ellos son miembros vivos del Cuerpo místico; ahora bien, dice la santa “La Iglesia está fundada en el amor y ella misma es amor”.



Roma

Espíritu renovador y servicio al bien común

¿Cómo no recordar, además, la actividad desarrollada por la santa a favor de la reforma de la Iglesia? Dirige sus exhortaciones principalmente a los sagrados pastores, indignada con santo enojo por la pereza de no pocos de ellos, preocupada por su silencio, mientras que la grey a ellos confiada andaba dispersa y sin dirección. “Ay de mí no puedo callar. Gritemos con cien mil lenguas, escribe a un alto prelado. Creo que, por callar, el mundo está corrompido, la esposa de Cristo ha empalidecido, ha perdido el color, porque le están chupando la propia sangre, es decir, la sangre de Cristo”.



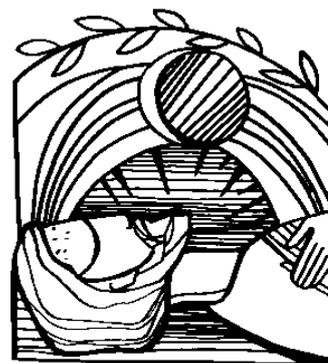
¿Qué entendía ella por renovación y reforma de la Iglesia? No ciertamente la subversión de las estructuras esenciales, la rebelión contra los pastores, la vía libre a los carismas personales, las arbitrarias innovaciones del culto de y de la disciplina, como algunos querrían en nuestros días. Por el contrario, Catalina afirma repetidamente que le será devuelta la belleza a la esposa de Cristo y se deberá hacer la reforma “no con guerra, sino con paz y tranquilidad, con humildes y continuas oraciones, sudores y lágrimas de los siervos de Dios”. Se trata, por tanto, para ella, de una reforma ante todo interior y después externa, pero siempre en la comunión y en la obediencia filial a los legítimos representantes de Cristo.

¿Fue también política nuestra devotísima virgen? Ciertamente lo fue, y de una manera excepcional, pero en el sentido espiritual de la palabra. Santa Catalina rechaza indignada la acusación el politizante que le lanzan algunos de sus contemporáneos, escribiendo a uno de ellos: “...Mis paisanos creen que, gracias a mí y a las personas que me rodean, se hacen tratados; dicen la verdad, pero no saben de qué se trata y, sin embargo, aciertan en sus juicios, porque no pretendo otra cosa ni quiero que los que me rodean se ocupen si no es de vencer al demonio y arrebatarle el señorío que ha adquirido sobre el hombre por medio del pecado mortal, en extraer el odio del corazón del hombre y en pacificarlo con Cristo crucificado y con su prójimo”.

Por tanto, la lección de esta mujer política *sui generis* conserva todavía su significado y valor, aunque hoy se siente la necesidad de hacer la debida distinción entre las cosas del Cesar y las de Dios, entre la Iglesia y el Estado. El magisterio político de la Santa encuentra la más genuina y perfecta expresión en esta sentencia lapidaria debida a su pluma: “Ningún Estado puede observar la ley civil y la ley divina en estado de gracia si no observa la santa justicia”.

Entrega total a Cristo.

No contenta con haber desarrollado un intenso y enorme magisterio de verdad y bondad con su palabra y sus escritos, Catalina quiso sellarlos con la ofrenda final de su vida al Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia, en la edad todavía joven de treinta y tres años. Desde su lecho de muerte, rodeada de sus fieles discípulos en una celda junto a la Iglesia de Santa María sopra Minerva, en Roma, dirigió al Señor esta conmovedora oración, verdadero testamento de fe y de agradecido y ardiente amor: “Dios eterno, recibe el sacrificio de mi vida a favor del Cuerpo místico de la santa Iglesia. No tengo otra cosa que darte si no es lo que tú me has dado a mí. Toma mi corazón y estrújalo sobre la faz de esta santa esposa”



El mensaje que nos transmite es, por tanto, de una fe purísima, de un amor ardiente, de una entrega humilde y generosa a la Iglesia Católica. Cuerpo Místico y Esposa del divino Redentor. Este es el mensaje específico de la nueva Doctora de la Iglesia, Catalina de Siena, para que sea luz y ejemplo de cuantos se glorían de pertenecer a ella. Acojámoslo con ánimo agradecido y generoso, para que sea luz de nuestra vida terrena y prenda segura de la definitiva pertenencia a la Iglesia triunfante en el cielo.

Catalina fue canonizada por el papa Pío II en 1461, nombrada Doctora de la Iglesia en 1970 por Pablo VI, y proclamada copatrona de Europa (junto con santa Brígida de Suecia y santa Teresa Benedicta de la Cruz) en 1999 por Juan Pablo II. Su festividad se celebra el día 29 de abril.



III. VALORES DOMINICANOS EN SANTA CATALINA

La Fortaleza

Una de las más destacadas características que encuentro en la vida de Catalina es su fortaleza de espíritu en un cuerpo débil y enfermo desde su niñez. Su energía resulta incomprensible. Los que la conocieron y trataron personalmente nos declaran muchas veces: “cuando llegué se encontraba en el lecho” o algo semejante. Desde él impartía muchas veces sus consejos y creo que dictó algunos soliloquios y cartas.

Tuvo que usar de su fortaleza espiritual para vencer las dificultades con sus familiares, cuando jovencita; después con los malos tratos que de palabra y de obra de daban (algún dominico hasta puntapiés), las murmuraciones entre las terciarias, algunas de las cuales le levantaron calumnias, los abandonos de discípulos suyos queridos, etc.

Tan pacientemente lo sufrió todo que, muerta en Roma, bien pronto comenzaron sus discípulos a trabajar por su canonización. Con esa finalidad, pidieron a Fray Raimundo de Capua que escribiera su vida. Éste tiene, al final de su obra, un capítulo muy significativo sobre la paciencia de los sufrimientos, para concluir que la santa, si no había muerto mártir, en la realidad había sufrido durante su vida un verdadero martirio, razón por la que podía y debía ser canonizada.

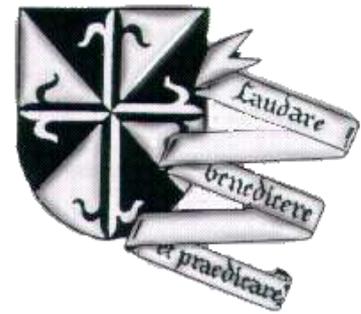
A sus discípulos les pedía ella fortaleza en el Señor, que obraran como varones, espoleando a fray Raimundo con esa expresión: “No me resultéis mujer”.

En nuestra conducta en el mundo hay más cosas aun que ordenar en las relaciones con el prójimo, objeto de la justicia. Se nos pueden presentar ocasiones en que se nos haga mal, se nos persiga, o nos pueden venir contradicciones y enfermedades. Todos los peligros que acechan nuestra vida son contemplados por la virtud de la fortaleza para hacerles frente y no caer en el desánimo ni en la desesperación. Fortaleza es firmeza y ésta nos es necesaria para practicar unas virtudes, que no deben ser ocasionales, sino acompañarnos toda nuestra vida, como hábitos y modos buenos que son.

En el sentido estricto fortaleza es virtud que da robustez a la voluntad contra los peligros de la vida corporal y espiritual para que el alma no desista cuando algo nos quiera apartar de nuestro fin, que es Dios.

Catalina piensa que no es sencillo cultivar la viña de nuestra alma. Pero Dios no nos deja de dar facilidades y para ello ha infundido en nosotros el germen de la fortaleza que debemos ir desarrollando. Ella afirma. “Mientras se vive se puede trabajar en la vida a la que le he enviado. El trabajador del alma ha recibido tanta fortaleza que ni el demonio ni criatura alguna puede arrebatarla si no quiere, porque al recibir el santo bautismo se fortaleció y se le dio el cuchillo del amor a la virtud y aborrecimiento del pecado”.

El cardenal Jacobo Orsini le escribía a finales de 1374: “No debéis ser débil, sino fuerte, porque a lo débil lo haría caer cualquier viento, sea tribulación... Quiero que seáis fuerte, una vez que Dios os ha constituido en columna de la santa Iglesia. ¿Tenemos modo de fortalecer esta debilidad?

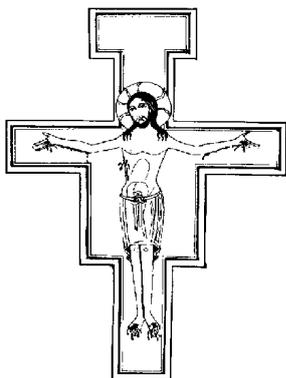


Ciertamente, con el amor. Pero no todo amor es capaz de hacernos fuertes, como el de la posición social, la riqueza, la soberbia, la ira, el odio contra alguno que se halle fuera de la relación con Dios... Por tanto, no debe sino poner su afecto y deseo en algo más fuerte en su pensamiento. La sangre es la que da la fortaleza. La sangre simboliza la presencia de Cristo Redentor. Siempre se siente ánimo y fortaleza cuando hay a nuestro lado alguien que nos puede echar una mano”.

La meditación sobre la sangre de Cristo la hace exclamar en carta a su queridísimo Maconi: “¡Oh dulce sangre! Tú despojas al alma del amor propio sensitivo, amor que debilita a quien se viste de él; ¡sangre!: la has vestido del fuego de la caridad para que no pueda gustarte, sin que tú la vistas de fuego uniéndote al alma, ya que fuiste derramada con fuego de amor. Como no hay amor sin fortaleza, ni existe ésta sin perseverancia, por eso fortaleces y animas en toda adversidad”.

Del alma fortalecida por la sangre habla a su primer confesor, fray Tomás della Fonte y al citado Manconi cuando le dice: “Te respondo y declaro que eres débil y frágil, según los sentidos, pero no en cuanto a la razón y fortaleza de espíritu, porque somos fuertes por la sangre de Cristo y la debilidad se halla en los sentidos”.

El cultivo y desarrollo de esta virtud da una gran seguridad al alma, no apoyada en sí mismo, sino en la fuerza, en la fortaleza de Dios, que nunca le faltará. La fortaleza depende de la voluntad, previo, ciertamente, el conocimiento. Así se lo escribe a Bartolomé della Pace: “El dulce Dios nos ha dado la fortaleza de la voluntad, que es el castillo del alma, de modo que ni el demonio ni criatura alguna me la puede arrebatar. Quiero que vuestra firmeza se funde en Cristo Jesús, crucificado”.



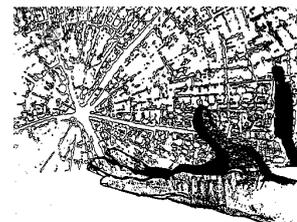
En otro lugar dice que la fortaleza se basa en la fe y en el amor y que de ella depende. A Fray Mateo Tolomei le señala la relación entre la fortaleza y la caridad.

Insiste Catalina en que cultivemos la fortaleza. Para ello debemos poner nuestra confianza en Dios y acudir a Él. Así se lo pide a Luis Gallerani: “Si sentís cansancio al perseverar en el combate, carísimo hermano en Cristo Jesús, tomad la enseña de la santa cruz, que es una columna fortísima en que descansa el Cordero degollado por nosotros. Es tan fuerte que nos quita toda debilidad y de tal manera fortalece el corazón del hombre, que ni el demonio ni criatura alguna puede moverla, si él mismo no lo quiere”.

Contemplar la cruz es un buen remedio para ayudarnos a luchar contra las dificultades materiales y espirituales. Sufrir con perseverancia y fortaleza de ánimo es el más claro signo de una vida espiritual intensa y de que el amor a Dios actúa en el alma desinteresadamente, sin pensar en recompensas, sino únicamente en el cumplimiento de la voluntad de Dios. El sufrimiento en esta vida termina convirtiéndose en alegría de espíritu.

El sufrimiento y su valor espiritual

Abro este capítulo con unas palabras que tuvieron siempre vigencia en la vida de Catalina de Siena: “Esta perfección no la podemos alcanzar sin sufrir mucho, pues esta vida no pasa sin trabajos y quien quisiere escapar de ellos se alejaría del fruto y, aun con todo, no lo habría conseguido, ya que tenemos que sufrir en cualquier estado en que nos hallemos”.



El sufrimiento permite que nos conozcamos mejor.

A Don Cristóbal, cartujo en San Martín de Nápoles, que le había escrito sobre sus tribulaciones interiores y exteriores, tan grandes que le hacían pensar en cambio de monasterio, le asegura que Dios las permite para que aumente en gracia y para poner a prueba sus virtudes de fortaleza, paciencia y perseverancia. Los sufrimientos nos dan un conocimiento práctico de lo nada que somos y de que nuestra voluntad, que es libre, es la causa de la mayor parte de ellos.

Si consideramos las tribulaciones, de cualquier clase que sean, hallaremos en primer lugar que están permitidas o enviadas por Dios para nuestro progreso en la vida espiritual y con ello recibiremos valor y paciencia para aceptarlas con buen espíritu. Por ellas se humilla el hombre y las acepta, en última instancia, porque entran en los designios divinos. Esta madura reflexión hace que no caigamos en turbación interior, sino que las recibamos convencidos de que han de redundar en nuestro bien. Tanto la tempestad con la paz son procuradas o permitidas por Dios para nuestro bien.

De la utilidad de las tentaciones habla constantemente la santa Doctora. A Fray Raimundo de Capua le aconseja "no huir ni lamentar el tiempo de la oscuridad, porque de ella nace la luz" y lo que parece contrario a la virtud permite que éste crezca más en el alma aunque "no se da cuenta de ello; pero en las tentaciones y tempestades descubre que es imperfecta; de otro modo no se consigue la perfección".



Semblanza Espiritual

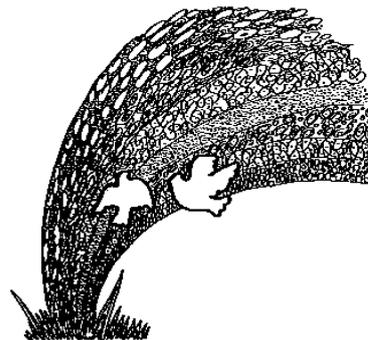
Por inspiración divina, a los siete años ofreció a Dios su virginidad y ya en 1363, superada la oposición de la familia, inicia la vida entre las Hermanas de la Penitencia de Santo Domingo, dedicadas con gran austeridad a la oración, penitencia y ayunos.

Dada la contemplación de la "dulce primero verdad" busca conocer la presencia de Dios en ella y de ella en Dios. Vive en su propia casa una vida de sacrificio hasta el año 1370: A los veintitrés años, en una visión de su esposo celestial, recibe la misión de dedicarse a la vida de apostolado.

Desde ahora, reforzada por las gracias del Espíritu Santo, a las que ella responde con docilidad, conseguirá unir una enorme actividad apostólica con la altísima contemplación de las verdades divinas dentro de la "celda del corazón". Logra la pacificación entre las ciudades toscanas y se preocupa de la cruzada de liberación de Tierra Santa. Se dedicó, con eficacia, a llevar el bien, la virtud y la paz a los hombres y mujeres de todas las clases sociales. Inflamada del amor de Cristo crucificado buscó conformarse en todo a Él. El primero de abril de 1375 recibe los estigmas de la pasión, aunque su aspecto es de luz, no de sangre.

Su misión fue eficazísima en la reforma de la Iglesia, dividida por el cisma, y en la reforma de la Orden de Predicadores, apoyando la obra del Beato Raimundo de Capua. La familia dominicana la considera como su madre.

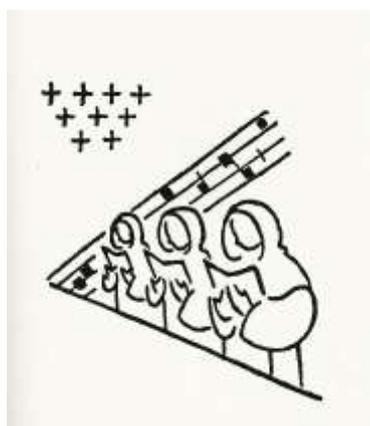
Catalina de Siena, Amante de la PAZ



Catalina de Siena, una humilde religiosa, no dejó de alentar la paz en los convulsos tiempos en los que la Santa Sede regresó a Roma desde Aviñón (Pastor, Ludwig. *Historia de los papas*. Barcelona, 1910)

Nadie sintió por esto más acerba pena, que una joven y humilde religiosa, como ángel de todos los pobres de cuerpo y espíritu, como heroica enfermera en tiempo de peste, y como eficaz predicadora de la penitencia, ejerció en los corazones de sus contemporáneos un influjo incalculable: Catalina de Sena.

Con penetrante mirada reconoció aquella humilde doncella (que ha de ser considerada como uno de los más admirables prodigios de la Historia del mundo), las culpas que se cometían *por una y otra parte*, y animaba de incomparable libertad de espíritu, manifestó su persuasión á todos, aun á los más encumbrados, con una elocuencia que conmovía y ganaba los corazones. Como verdadera esposa de Aquél, que vino al mundo para traerle la paz, predicaba ella incesantemente á los contendientes la paz y la reconciliación. «¿Qué cosa hay más dulce que la paz?»; escribía á Niccolò Soderini, uno de los ciudadanos más influyentes de Florencia; «no fue otro el testamento y la última exhortación que dejó Jesucristo á sus discípulos, cuando les dijo: «No se conocerá que sois discípulos míos por los milagros que hicieréis, ó si descubriereis las cosas futuras, ó si alardeareis en vuestras acciones de una gran santidad; sino en que os tengáis amor y viváis en paz los unos con los otros». Mi dolor sobre esta guerra, que á tantos de vosotros arruina los cuerpos y las almas, es tan grande, que de buena gana, si fuera posible, sacrificaría mil veces mi vida».



Santa Catalina de Siena, Laica dominica

Como “protectora” de nuestra Congregación, Catalina de Siena ofrece matices a nuestra espiritualidad dominica. Mujer italiana del siglo XIV, Catalina se presenta a nosotras como una persona moldeada por una experiencia profunda y novedosa de Dios y de su tiempo. La época en que vivió Catalina de Sie-

na es una de las más oscuras de la historia de la Iglesia. Finaliza el mundo de la Edad Media, afectado por profundos cambios: fragmentación del poder en gran número de príncipes que pasan su tiempo en luchas intestinas, involucrando en ellas a las ciudades de Italia:

- Época de las grandes pestes que llegan a matar hasta la tercera parte de la población europea.
- Época de corrupción tanto en el exterior como en el interior de la Iglesia. Relajamiento de la disciplina, desórdenes, empezando por los papas que han abandonado Roma por la atractiva ciudad de Aviñón al sur de Francia.
- Los últimos años de la vida de Catalina están marcados por un cisma que destruye la unidad de la Iglesia, con la presencia de dos papas, uno en Roma y otro en Aviñón.

Catalina Benincasa nace en Siena en 1347, la penúltima de 25 hijos:

A los 6 años, vive una decisiva experiencia espiritual de encuentro con Jesús. En este encuentro místico, Catalina experimenta de manera radical cómo la entrada en el conocimiento del Dios que salva en Jesucristo es un don gratuito, puro regalo de misericordia.

Entre los 15 y 16 años, vive recluida en la casa de sus padres, dedicada en la soledad, a la oración y penitencia. Pensaba dedicar a la contemplación del rostro de Dios todas sus fuerzas. Jesús le hace entender, sin embargo, que lo podrá encontrar mucho mejor en la vida ordinaria, en el quehacer cotidiano al servicio de sus hermanos. De esta práctica, nace su amor al mundo, su amor a la Iglesia, que se expresan en una verdadera pasión por los seres humanos.



A los 18 años, entra en el grupo de las *Mantelatas*, mujeres dominicas laicas dedicadas a las obras de servicio al prójimo.

Empujada por el celo por el Evangelio, comienza su ministerio profético en la Iglesia y sus faenas de “embajadora de la paz” entre ciudades rivales. Lo vive, como Santo Domingo, en la itinerancia y la pobreza.

Descubre en su pecado y en el pecado del mundo del siglo XIV, sobre todo en la división de la Iglesia, el mayor obstáculo a la construcción del Reino.

Su sensibilidad ante todo sufrimiento, su compasión, se expresan en una increíble ambición por la salvación de toda la humanidad.

Logra el retorno del papa Gregorio XI a Roma el 17 de enero de 1377. Su conversación familiar con Dios la empuja a entablar este mismo diálogo con los hombres y mujeres de su tiempo. Nos invita así a ser mujeres de diálogo, haciéndonos, como ella, caja de resonancia de los gritos y aspiraciones de nuestros contemporáneos.

El 29 de abril de 1380, muere Catalina en Roma. “La única razón de muerte es el amor por la Iglesia que me quema y me consume” repite una y otra vez.



SANTA CATALINA DE SIENA

UNA MUJER DE AYER Y DE HOY

Catalina nació del matrimonio formado por Jacobo y Lapa. De su padre heredó la piedad sincera y la dulzura y de su madre, la energía y el tesón:

PERFIL ESPIRITUAL DE SANTA CATALINA

ALMA HECHA LUZ

Inteligencia intuitiva. Apasionada de la Verdad. Abierta a la iluminación del Espíritu. Esto la lleva a ser asidua oyente de la predicación y, por fin, a ingresar en la Orden, cuyo lema es la Verdad.

NATURALEZA DE FUEGO

“Mi naturaleza es fuego”, nos dice. Corazón hecho para amar. Sensible para contemplar y amar la belleza y la bondad, sobre todo, de Dios. Pero también para detectar la miseria humana y abrirse a la compasión.

CORAZÓN MATERNAL

Hija de familia numerosa y rodeada de sobrinos, la maternidad se refleja en su psicología. La ternura, la protección y la entrega con niños y necesitados son signos de su corazón maternal. Maternidad espiritual que engendrará una familia, la de los “caterinianos”.

NADA Y TODO

La humildad, fruto del propio conocimiento, la hace sentirse “la que no es” y, a la vez, identificada con “El que es”. Por eso, su “Voglio” (quiero), nada en si mismo, se hace “todo” al fundirse con el Cristo. De ahí su temple magnánimo y valiente y no menos humilde.

ENAMORADA DE JESÚS

Hizo vida suya la sugerencia de Jesús “Catalina, piensa siempre en Mi, que Yo pensaré siempre en ti”. No tiene otro norte. Solo y todo Él. Jesús le corresponde con el cambio de corazones. Los encuentros asiduos y confidenciales de Cristo con ella son expresión de su matrimonio místico.

AMOR A LA IGLESIA

Revela viva conciencia de ser Iglesia. Esta vibración eclesial la empuja a denunciar fallos y a promover la reforma espiritual en la Iglesia. Está atenta y pronta a las órdenes del Papa. Lucha por la superación del Cisma. Su vida es servicio a la Iglesia. Su muerte, una ofrenda por la Santa Iglesia.

MODELO DE PROMOCIÓN FEMENINA

Siempre muy mujer. Y, como mujer, sensible a los valores humanos y espirituales. Sabe poner, por imperativo de la caridad, su vida y sus fuerzas a disposición de los demás. Su inserción en las tareas eclesiales y sociales de su tiempo la hacen modelo y estímulo del compromiso apostólico y temporal que la mujer debe asumir en cada época.



CARTA DE UN MAESTRO GENERAL A LA ORDEN



SANTA CATALINA DE SIENA (1347 - 1380)

PATRONA DE EUROPA

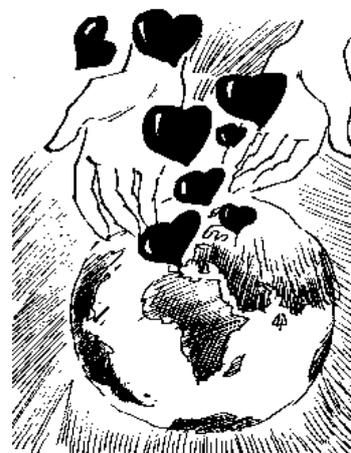
Queridos hermanos y hermanas:

Durante la misa de apertura del Segundo Sínodo para Europa, con mi sorpresa y satisfacción, el Papa proclamó a Santa Catalina de Siena copatrona de Europa, junto a Santa Teresa Benedicta de la Cruz y Santa Brígida de Suecia. Catalina fue una prodigiosa escritora de cartas a sus hermanos y hermanas, por eso es apropiado honrarla con una breve carta a la Orden.

La Europa de Catalina, como nuestro mundo de hoy, estuvo marcada por la violencia y por un futuro incierto: el Papado había huido a Aviñón, desgarrando la Iglesia y dividiendo países, ciudades y Órdenes religiosas, incluida la nuestra; las ciudades habían quedado diezmadas por la peste bubónica, conocida como la Peste Negra, había un declive de vitalidad en la Iglesia y una pérdida de identidad, así como una crisis en la vida religiosa.

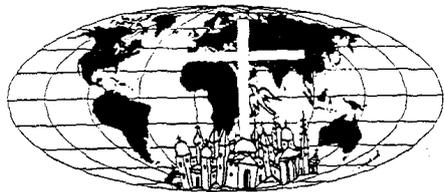
Catalina se negó a resignarse ante este sufrimiento y esta división. En palabras del Papa Juan Pablo II, entró "con paso firme y palabras ardientes en el corazón de los problemas eclesiales y sociales de su época". Se dirigió a los gobernantes políticos y religiosos, personalmente o por cartas, y les señaló claramente sus fallos y cuál era su deber como cristianos. No tuvo reparo en decir incluso al Papa que debían tener valentía y regresar a Roma. Visitó cárceles, cuidó de los pobres y de los enfermos. La devoraba la urgencia de llevar a todos el amor y la misericordia de Dios.

Sobre todo Catalina luchó por la paz. Estaba convencida de que "ni con espada ni con guerras ni con crueldad" se podía lograr el bien, sino "con la paz y la humilde y continua oración". Pero nunca sacrificó la verdad o la justicia por una paz fácil o a bajo precio. Recordó a los soberanos de Bolonia que buscar la paz sin la justicia era como poner bálsamo en una llaga que debería ser cauterizada. Sabía que ser pacificador significaba seguir los pasos de Cristo, que hizo la paz entre Dios y la humanidad. Por esta razón, el pacificador debe a menudo compartir el mismo destino de Cristo y sufrir el rechazo. El pacificador es "otro Cristo crucificado". Nuestro propio mundo está lacerado por la violencia: violencia étnica o tribal en África y en los Balcanes; amenaza de una guerra nuclear; violencia en nuestras ciudades y familias. Catalina nos invita a tener el coraje



de ser pacificadores, aunque esto conlleve que nosotros mismos tengamos que sufrir persecución y rechazo.

La paz, para Catalina, significaba por encima de todo la paz en la Iglesia, la curación del Gran Cisma. Y, al mismo tiempo, percibimos su intenso amor por la Iglesia, que para ella no era



"otra cosa que el mismo Cristo", junto a su coraje y libertad. Amó tanto a la Iglesia que no dudó en denunciar los fallos de los clérigos y obispos en su búsqueda de riqueza y posición social, y le exigió que fuera el misterio de Cristo en el mundo, la servidora humilde de todos. Incluso se

atrevió a decir a Dios lo que tenía que hacer, cuando rogó:

*Te apremio, pues, puesto que Tú sabes, puedes y quieres,
que tengas misericordia del mundo,
y envíes el calor de la caridad con la paz
y unión a la santa Iglesia.
No quiero que tardes más"*

La Iglesia de nuestro tiempo sufre también divisiones, causadas por incomprendiones, intolerancia y una pérdida del "calor de la caridad y la paz". Hoy el amor por la Iglesia se entiende a veces como un silencio falto de sentido crítico. ¡No se debe "agitar la barca"! Pero Catalina nunca pudo permanecer en silencio. Escribió a un importante prelado: "No os quedéis más en silencio. Gritad con cien mil lenguas. Veo que el mundo está perdido por callar. La esposa de Cristo está descolorida, ha perdido el color". Que Santa Catalina nos enseñe su amor profundo al Cuerpo de Cristo, y su sabiduría y coraje para decir con verdad y abiertamente palabras que unen en lugar de dividir, que iluminan en vez de oscurecer, y que curan en lugar de herir.

Las relaciones de Catalina con sus amigos, y en especial con sus hermanos y hermanas dominicas, estuvieron marcadas por la misma combinación de amor y audacia de hablar. Ella consideraba a cada amigo como un don de Dios, que debía amarse "muy cercanamente, con un amor particular". Creía que la amistad mutua era una oportunidad "para engendrarse mutuamente en la presencia dulce de Dios", y una proclamación de "la gloria y alabanza del nombre de Dios en el prójimo". Pero este amor no le impidió hablar con toda franqueza a sus amigos, y decir a sus hermanos exactamente lo que debían hacer, incluso a su querido Raimundo de Capua, que llegó a ser Maestro de la Orden el año de su muerte. No puede haber amor sin verdad, ni verdad sin amor. Así rezaba por sus amigos:

*Dios eterno,
te pido con singular solicitud
por todos los que me has dado
para que los ame con singular amor.
Que sean plenamente iluminados con tu luz*

*y que se quite de ellos toda imperfección,
para que en verdad puedan trabajar en tu jardín,
donde Tú los has destinado"*

Si la Familia Dominicana tiene que ser, en palabras de Catalina, "amplia toda gozosa y perfumada, jardín agradabilísimo", debemos aprender su capacidad de amistad recíproca junto con la plena verdad. Nuestra amistad como hombres y mujeres, religiosos y laicos, es un gran don para la Orden y para la Iglesia, pero a veces está marcada por heridas de las que apenas nos atrevemos a hablar. Para trabajar juntos como predicadores del evangelio, tenemos que hablarnos mutuamente con la franqueza y confianza de Catalina, para que "en la verdad puedan trabajar en tu jardín".

Catalina fue una mujer apasionada, con profundos deseos: la unión con Dios, la difusión del evangelio y el bien de toda la familia humana. El deseo ensancha nuestros corazones. Ella dijo a Dios: "Tú haces grande el corazón, no estrecho, tan grande que tiene cabida para todos en su caridad amorosa". Y Dios dijo a Catalina: "Yo que soy Dios infinito, quiero ser servido por vosotros con cosa infinita, e infinito no tenéis más que el afecto y el deseo de vuestro espíritu".



¿Cómo podemos crecer como hombres y mujeres tocados por la pasión de Catalina por Dios? ¿Cómo podemos liberarnos de la pequeñez de corazón y de la complacencia en las pequeñas satisfacciones? Quizá descubriendo, como hizo Catalina, que Dios está presente en el fondo mismo de nuestro ser. La pasión por Dios no es algo a lo que se cobra gusto, como la afición al fútbol. Está en la esencia de mi ser esperando a que se descubra. Nuestro mundo está marcado por un hambre profunda de identidad. Para mucha gente de hoy la pregunta es: ¿Quién soy yo?. Esta fue la pregunta de Catalina. La búsqueda contemporánea del conocimiento de uno mismo es, con frecuencia, una preocupación narcisista, una concentración introvertida en el propio bienestar y realización. Pero para Catalina, "cuando al fin me veo como soy, no descubro una pequeña brizna de mi yo egoísta y solitario". En lo que Catalina llamaba "la celda del conocimiento de sí" yo me descubro amado en mi propio existir. Ella se describió como "concentrada en la celda interior para conocer mejor en sí la bondad de Dios". Si me atrevo a hacer este viaje hacia el conocimiento de mí mismo, entonces descubriré que pequeño, imperfecto y limitado soy, pero veré también que soy profundamente amado y valorado. Dios dijo a Catalina: "Con providencia te creé, y al contemplarla en mí mismo, me enamoré de la belleza de mi criatura".

Por eso Catalina nos ofrece una respuesta liberadora a la búsqueda contemporánea de la identidad. Nos lleva más allá de una falsa identidad basada en la posición o en la riqueza o en el poder. Porque en la entraña de nuestro ser está Dios, cuyo amor nos mantiene en el ser. Este es el lugar de la oración contemplativa, donde uno se encuentra con Dios que se complace en amar y en perdonar, y cuya propia bondad saboreamos. Aquí descubrimos el secreto de la paz de Catalina y de su dinamismo, de su confianza y de su humildad. Esto es lo que hizo de esta jovencita, con poca educación formal, una gran predicadora. Esto es lo que le dio la libertad de hablar y de escuchar. Esto es lo que le dio la valentía para afrontar los grandes problemas de su tiempo sumergiéndose en ellos. Con la ayuda de sus plegarias nosotros podemos hacer lo mismo.

Vuestro hermano en Santo Domingo,

Fr. Timothy Radcliffe, OP

Maestro de la Orden

Abril 2000

